EN NUESTRAS MANOS, LAS ESTRELLAS
Harry Harrison



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicado
A Svend Dragsted

Librodot

1 - *Tel-Aviv*

La explosión que voló la pared oeste del Laboratorio de Física de la Universidad de Tel-Aviv, causó poco daño al profesor Arnie Klein, que estaba trabajando en él en aquellos momentos. Un sólido banco de trabajo de acero le protegió del estallido y de los cascotes proyectados, si bien fue derribado, hiriéndose en la mejilla al caer. Se hallaba aún conmocionado cuando se puso en pie de nuevo, pestañeando asombrado al ver sangre en sus dedos después de pasarse la mano por la cara. El lado extremo del laboratorio era sólo un montón de escombros y hierros retorcidos, entre nubes de polvo y humo remolineando sobre ellos.

¡Fuego! El pensar en un incendio le agitó despabilándole. La instalaci6n había sido destruida, pero sus registros del experimento podían aún ser salvados. Tiró violentamente del cajón atrancado por la explosión, hasta lograr abrirlo. Allá estaba su carpeta que contenía unas cuantas semanas de labor... ¡pero cuán importante! Junto a ella, otra, mucho más gruesa, incluyendo seis años de concentrado trabajo. Las sacó ambas, y puesto que la abertura causada por la explosión en la pared era la salida más próxima, salió por ella. Primeramente, había de poner a salvo sus archivos; eso era lo más importante.

Raramente era utilizado el sendero de la parte posterior del edificio, y se hallaba ahora desierto en el sofocante calor de la tarde. Era un atajo que antes había sido fisicamente imposible alcanzar desde el laboratorio, pero que conducía directamente al dormitorio anexo de la Facultad.

Las carpetas estarían a salvo en su habitación.. esa era una excelente idea. Se dirigió, pues, a ella tan rápidamente como podía permitírselo el soplo del ardiente viento, y, debido a hallarse profundamente sumido en sus pensArnientos, no se fijó en si eran observados sus movimientos; que por lo demás, fueron totalmente inadvertidos.

Arnie Klein parecía de cortos alcances a mucha gente, pero ello era debido tan sólo a su incapacidad constitucional de seguir el curso de una idea de una vez; tenía que ponderarla y meditarla con metódico examen, hasta extraer la última sustancia de su contenido. Su mente funcionaba con meticulosa precisión y tamizaba de manera increíblemente fina. Sólo esta facultad única le había mantenido firme durante seis años en una línea de razonArniento que implicaba un enrevesado eslabonado de conjetura matemática, basada únicamente en una gravimétrica anomalía y una posible ambigüedad en una de las ecuaciones einstenianas básicas.

Ahora, su mente estaba ocupada en una nueva ilación especulativa, que ya antes considerara, pero que con la explosión había mostrado ser una firme posibilidad. Como de costumbre cuando se hallaba embargado mentalmente, su cuerpo efectuaba las operaciones rutinarias sin que en verdad se diera perfecta cuenta de ellas. Tenía la ropa polvorienta de haber pasado por entre los escombros, así como sangre en las manos y en la cara. Se desnudó automáticamente, tomó una ducha, se limpió la herida y le aplicó una venda. Sólo cuando empezó a vestirse de nuevo intervino su mente consciente. En vez de ponerse unos s*horts* nuevos, tomó los pantalones de su traje de entretiempo, se los embutió, y poniendo una corbata en el bolsillo de la correspondiente americana, colocó ésta en una silla. Luego se detuvo, quedando en silencio durante unos minutos, mientras

determinaba las conclusiones de su nueva idea. Era un hombre pulcro, de cabello gris, próximo ala cincuentena, y de aspecto corriente. Tras diez minutos sin pestañar ni moverse, pareció llegar a la conclusión buscada.

Arnie no estaba aún seguro de que fuese la más acertada, pero sabía qué posibles alternativas existían. Por consiguiente, abrió su cartera-maletín, semejante al usado por los funcionarios oficiales, y que estaba aún sobre la mesa-escritorio, donde la había colocado a su regreso, la semana anterior, del Congreso de Física, de Belfast. Contenía una libreta de cheques de viaje de Thomas Cook & Sons, muy repleta porque pensó que tendría que pagar su estancia y el billete del avión de regreso; pero todo ello había sido abonado de antemano. Puso en el maletín sus carpetas y el pasaporte que tenía los visados todavía vigentes, y nada más. Luego, con su chaqueta plegada sobre un brazo y portando su cartera-maletín, bajó las escaleras y fue en dirección al terreno ribereño. Menos de un minuto después, dos excitados estudiantes, sudorosos y jadeantes, llamaban a la puerta de su habitación.

El caluroso viento soplaba implacablemente cuando estuvo fuera ya de la protecci6n de los edificios del campus, extrayéndole la humedad del cuerpo. Al principio, Arnie no se percató de ello, pero al pasar ante los cafés de la calle Dizenzoff, notó la boca seca y entró en la siguiente puerta. Era el Casit, un local bohemio, donde nadie de su abigarrada clientela reparó en él cuando se sentó ante una mesita y tomó su *gazos.*

Fue allí que se desató en toda su extensión la cadena de su pensArniento, y que adoptó una decisi6n. Al hacerlo, no tomaba en absoluto en cuenta alguna influencia exterior, ni tenía la menor idea de que se estaba efectuando una alarmada búsqueda de su persona; de que ondas de consternación se iban extendiendo desde el epicentro de la Universidad. Al principio, se pensó en que había sido enterrado bajo los escombros de la misteriosa explosión, pero al apartarlos rápidamente, se desechó la idea. Luego se descubrió que había estado en su habitación; se encontró su ropa sucia y huellas de sangre. Nadie sabía qué pensar. ¿Había resultado herido y erraba al azar, conmocionado? ¿Había sido raptado? Se amplió la búsqueda, si bien no llegó a las proximidades del café Casit. En él, Arnie se puso en pie, contó sus monedas de *prutot* para pagar su consumición, y abandonó el local.

De nuevo volvió a acompañarle la suerte. Un taxi estaba dispuesto a partir frente al Rowal, el sofisticado café siguiente, y Arnie subió a él cuando la portezuela estaba aún abierta.

-Al aeropuerto Lydda -dijo escuetamente. Se armó de paciencia para escuchar al conductor que ya iba de retiro, que necesitaría más gasolina, y comentar luego sobre el tiempo y otras cuestiones; pero le convenció rápidamente porque, una vez tomada una decisión, Arnie se daba cuenta de que el llevarla inmediatamente a cabo le evitaría muchos disgustos. Al enfilar la carretera de Jerusalén, se cruzaron con dos coches de la policía, que iban en dirección opuesta a gran velocidad.

2 - *Copenhague*

La azafata tuvo que darle una palmada en el brazo para llamar la atención.

-Señor, abróchese su cinturón, por favor. Aterrizaremos dentro de pocos minutos.

-Sí, desde luego -dijo Arnie, tanteando la hebilla, y saliendo de su abstracción.

El vuelo había resultado rapidísimo. Tenía un vago recuerdo de habérsele servido de comer, aunque no podía precisar qué fue. Pues desde el despegue del aeropuerto Lydda, había estado absorbido por cálculos y *cómputos* de aquel último y trascendental experimento. En verdad que el tiempo había pasado como un soplo para él.

El gran 707 giró majestuosamente cuneando sobre un ala, y la luna se movió como un fanal en el firmamento. Las nubes abajo fueron iluminadas, apareciendo como un sólido aunque irreal paisaje. El navío aéreo descendió, atravesándolo, y gotas de lluvia se aplastaron en sus ventanillas. Fue emergiendo el suelo de Dinamarca, con la oscuridad punteada de luces y rezumante de humedad. Arnie vio que ante él estaba su cuaderno de notas sobre la mesita plegable, cubierta su página abierta con fórmulas y ecuaciones. Lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta y plegó la mesita. Fueron aumentando las luces, a través de la lluvia, y aparecieron las aguas del Oresund. Momentos después surgió la pista de aterrizaje, y se encontraron sanos y salvos en el aeródromo Kastrup.

Arnie esperó pacientemente a que desembarcasen los de- más pasajeros. Eran daneses en su mayoría, que regresaban de soleadas vacaciones, exhibiendo enrojecidos rostros como cangrejos; congestionados ya punto de estallar algunos. Portaban sacos de paja trenzada y *souvenirs* orientales camellos de madera, bandejas de metal, alfombras- y, todos sin excepción, la minúscula botella de licor alcohólico que su atento gobierno les permitía introducir libre de impuestos. Arnie salió el último. La puerta de la cabina del piloto estaba abierta, mostrando el interior increíblemente atestado de esferas de relojes, indicadores, registradores, y cuadros conmutadores. El capitán, un hombretón rubio de prominente mandíbula que inspiraba respeto, le sonrió a su paso. «Capt. Nils Hansen» rezaba la plaquita sobre el distintivo de sus alas doradas.

-Espeto haya disfrutado del vuelo -dijo en inglés, el lenguaje internacional de las líneas aéreas.

-Sí, ciertamente, muchas gracias. -Arnie tenía un magnífico acento universitario, que no correspondía en absoluto a su aspecto. Pero había pasado los años de la guerra en Winchester, y su habla estaba marcada ya pata toda la vida.

Todos los demás pasajeros se habían puesto en cola ante las ventanillas de aduanas, con sus pasaportes en mano. Arnie iba también a situarse, cuando recordó que su visado estaba extendido pata Belfast, y no tenía el danés. Fue por el pasillo encristalado a la sala de tránsito, y se sentó en uno de los cromados sillones de cuero negro, colocando su maletín entre las piernas y pensando, con la mirada ausente, qué debía hacer. En breves minutos tomó una decisión, y miró parpadeando a su alrededor. Un oficial de policía, sólido y marcial, atravesaba la sala. Arnie se aproximó a él, y posó su mirada al nivel de la plaquita del policía.

-Desearía ver al jefe de seguridad de aquí, si me hace el favor.

El oficial bajó la vista, frunciendo profesionalmente el ceño.

-Si quiere decirme de qué se trata... Arnie repitió la solicitud en perfecto danés, lo cual pareció sobresaltar al oficial.

-¿Es usted danés? -preguntó.

-No importa cual sea mi nacionalidad -respondió Arnie, en el mismo idioma-. Sólo puedo decirle a usted que se trata de un asunto de seguridad nacional, y lo mejor que puede hacer es llevarme ante el responsable de estas cuestiones.

El oficial pareció pensar. Había algo en las palabras de aquel hombrecillo que sonaba a verdad.

-Acompáñeme, pues -dijo, echando a andar e internándose en una estrecha galería sobre la sala principal del aeropuerto. No dejo de vigilar al desconocido para que no intentase escapar a la libertad de la lluviosa noche de Kastrup.

-Siéntese, por favor -invitió a Arnie el jefe de seguridad, cuando su subordinado le hubo explicado las circunstancias. Se encontraba sentado tras su mesa de despacho, examinando a Arnie atenta y fijamente tras sus gruesas gafas de montura metálica, mientras escuchaba al policía.

-Teniente J'órgensen -dijo, una vez se cerró la puerta y quedaron ambos solos.

-Arnie Klein.

-¿Su pasaporte, me hace el favor?

Arnie le tendió el pasaporte, y J'órgensen levantó sorprendido la vista, al ver que no era danés. -Es usted pues israelí. Tal como habla el danés, supuse...-Al no responder Arnie, hojeó el pasaporte y lo dejó luego abierto sobre su mesa-. Todo parece estar en orden, profesor. ¿En qué puedo servirle?

-Deseo entrar en el país. Ahora.

-Eso no es posible. Usted está aquí sólo en tránsito. No tiene visado. Le sugiero que continúe a su destino y acuda al cónsul danés en Belfast. Un visado le llevará un día; dos cuando más.

-Deseo entrar ahora en el país, y es por eso precisamente que he acudido a usted. Tenga la amabilidad de arreglármelo. Yo nací en Copenhague, y fui criado a no más de diez millas de aquí. No debería pues haber ningún problema.

-Estoy seguro de que no lo habrá -respondió el jefe de seguridad, devolviéndole el pasaporte-. Pero no puede hacerse nada aquí, ahora. En Belfast...

-No parece entenderme usted. -La voz de Arnie era tan impasible como su rostro, aunque sus palabras parecían cargadas de intención-. Es imperativo que entre ahora, esta misma noche, en el país. Debe usted arreglarlo. Llame a sus superiores. Hay la cuestión de la doble nacionalidad.

Yo soy tan danés como usted.

-Quizá. -Hubo ahora un asomo de exasperación en la voz del teniente-... Pero yo no soy ciudadano israelí, y usted sí. Lamento que tenga que embarcar en el siguiente avión.

Sus palabras se escurrieron en el silencio al percatarse de que su interlocutor no estaba escuchando. Arnie había colocado su cartera-maletín sobre las rodillas, y la abrió. Sacó de ella un cuadernito de direcciones y lo hojeó.

-No deseo ser melodramático, pero mi presencia aquí, puede decirse que es de importancia nacional. ¿Me haría usted por lo tanto el favor de llamar

por teléfono a este número y pedir por el profesor Ove Rude Rasmussen? ¿Ha oído hablar de él?. Desde luego, ¿y quién no? Un premio Nóbel. Pero, no pretenderá molestarle a esta hora.

-Somos viejos amigos. No le importará, y las circunstancias son lo suficientemente graves para hacerlo.

Era ya más de la una de la madrugada, y Rasmussen gruñó en el teléfono como un oso despertado en su invernada.

-¿Quién es? ¿Qué sucede... pero ¡Por Satanás! eres tú realmente, Arnie? ¿De donde diablos llamas... Kastrup? -Acto seguido escuchó un breve resumen de la situación.

-¿Me ayudarás pues? -preguntó Arnie.

-Desde luego. Aunque no sé lo que pueda yo posiblemente hacer. Espérame, que iré tan pronto como me ponga algo encima.

Pasaron cuarenta y cinco minutos, durante los cuales Jorgensen halló incómodo el silencio, y Arnie Klein tuvo la mirada posada, sin ver, en el calendario de la pared. El teniente hizo un poco de ruido al abrir una lata de tabaco, llenar la pipa y encenderla. Arnie no dio señal alguna de haberse dado cuenta de ello. El teniente suspiró con alivio cuando llamaron a la puerta, y abrió ésta sin más,

-¡Arnie!... ¿eres realmente tú?

Rasmussen era igual a sus fotografías en los periódicos flaco y desgarbado, con el rostro enmarcado por una pequeña barba ensortijada, pero sin bigote, Ambos se estrecharon efusivamente las manos, casi abrazándose, y con las sonrisas mutuamente reflejadas.

-Y ahora, dime qué es lo que estás haciendo aquí, y cuál es el motivo de que me sacaras de la cama en una noche de perros como ésta.

-Tendré que hacerlo en privado.

-Desde luego. -Ove miro en derredor, reparando por primera vez en el teniente-, ¿Dónde podemos hablar? ¿Hay algún lugar seguro?

-Pueden utilizar este despacho, si lo desean. Yo garantizo su seguridad.

Ambos amigos asintieron, sin aparentar darse cuenta del tono irónico de las palabras del teniente.

Saliendo de su propio despacho, ¿qué diablos pasaba allí?, el teniente permaneció en el vestíbulo, fumando enojado su pipa y apretando el contenido con su encallecido pulgar, hasta que diez minutos después se abrió la puerta, Se topó con Rasmussen, quien tenía el cuello de la camisa desabrochado y una expresi6n excitada en los ojos -¡Pase! ¡Pase!- invitó, casi empujando adentro al teniente, y cerrando luego la puerta-. ¡Hemos de ver enseguida al Primer Ministro! -Pero antes de que el pasmado teniente pudiera responder, se contradijo él mismo-, No; eso no puede ser... a esta hora de la noche, -Comenzó a pasearse por la habitación cogiéndose y soltándose las manos a la espalda-. Mañana lo haremos, Ahora hemos de salir de aquí e ir en primer lugar a mi casa. -Se detuvo, y clavó la mirada en el teniente.

-¿Quien es su superior?

El inspector Anders Krarup, pero.

-No le conozco, no sirve. Espere... el jefe de su departamento.

-*Herr* Andersen.

-¡Pues claro!... Svend Andersen... ¿lo recuerdas, Arnie?

Klein meditó un momento, y luego movió negativamente la cabeza.

-El «pequeño» Anders... debe tener casi dos metros de estatura. Estaba en plena forma cuando íbamos al Colegio Krens. ¡Aquella famosa proeza suya en los hielos...!

-Yo no acabé el curso. Fue cuando me trasladé a Inglaterra.

-Claro, los canallas nazis... Pero él te recordará, y dada la importancia del asunto me atenderá. Bueno, te sacaremos de aquí dentro de una hora, y luego tomarás unas copas de snaps (aguardiente)

Pasó lentamente más de una hora, y fue precisa la visita del jefe Andersen en compañía de un secretario, despertado también a toda prisa, antes de que quedase todo solucionado. El pequeño despacho se llenó de funcionarios y del olor de lana húmeda y de humo de tabaco antes de que fuera sellado y firmado el último documento. Finalmente, el teniente Jorgensen se quedó solo, sintiéndose cansado y más que un tanto perplejo por los acontecimientos de la noche. Iba dando vueltas en su cabeza al consejo que con voz gruñona le diera el jefe superior, llevándolo aparte un momento:

-Lo que tiene que hacer ahora, es olvidarse por completo de todo lo sucedido. Usted no oyó nunca nada del profesor Klein y, a su conocimiento, jamás entró en el país. ¿Entendido? Esto es lo que usted tiene que decir a quien sea que se lo pregunte.

-¿Quién podría preguntárselo? ¿Qué era todo movimiento y toda aquella agitación?

3

-De veras que no quiero verlos -dijo Arnie, quien se hallaba en pie junto al amplio ventanal contemplando el parque anexo a la universidad. Los robles estaban ya comenzando a cambiar de color, pues el otoño aparece pronto en Dinamarca, con la pincelada de las hojas amarillas y pardos troncos recortándose contra el pálido firmamento nórdico. Vaharadas de pequeñas nubes blancas recorrían con sublime gracia los rojos rejados de la ciudad, y los estudiantes apresuraban su paso por los senderos dirigiéndose a las aulas.

-Las cosas serán más fáciles para todos si lo quisieras -dijo el profesor Ove Rasmussen, quien se hallaba sentado tras la mesa-escritorio en su despacho, atestadas las paredes de libros bien alineados en sus estanterías, salvo en la que estaba a su espalda, en la que aparecían enmarcados sus diversos títulos y premios, como estandartes heráldicos. lnclinóse en su butaca de grueso cuero, y se volvió a un lado para contemplar a su amigo apoyado en la ventana.

-¿Tiene ello tanta importancia? -preguntó Arnie, volviéndose, con las manos profundamente hundidas en el blanco uniforme de laboratorio, en una de cuyas mangas aparecían salpicaduras de grasa y un agujero con los bordes oscuros, producido por la quemadura de un aparato de soldar.

-Lo siento, pero así es. Tus compañeros israelíes están muy ansiosos por saber qué te sucede. Por un conductor de taxi descubrieron que embarcaste en un avión de la SAS para Belfast... pero también supieron que no llegaste allí. Y puesto que la única escala era ésta de Copenhague, resultaba difícil ocultar tu paradero. Aunque oí que los del aeropuerto les pusieron todas las dificultades imaginables.

-Ese teniente Jorgensen debe haberse ganado su sueldo.

-Y tanto. Se mantuvo en sus trece a tal extremo que casi se produjo un incidente internacional antes de que el Ministro de Asuntos Exteriores admitiese que estabas aquí. Ahora insisten en que quieren hablar contigo.

-¿Por qué? Soy un hombre libre. Puedo ir donde me plazca.

-Díselo eso a ellos. Han sido lanzadas sospechas de secuestro...

-¡Qué! ¿Es que se piensan que los daneses son *árabes* o algo por el estilo?

No, nada de eso dijo riendo Ove, girando su butaca cuando Arnie se lanzó adelante, situándose ante la mesa-. Saben, de manera extraoficial desde luego, que viniste voluntariamente y que estás sano y salvo. Pero sienten curiosidad sobre el *porqué* de tu venida aquí, y no se marcharán antes de obtener algunas respuestas. En el Hotel Royal se encuentra ahora una delegación oficial, la cual manifiesta que hará una declaración ala Prensa si no logra verte.

-No deseo que suceda eso -dijo Arnie, preocupado ahora.

-Ni nadie de nosotros. Por ello es que se desea que te entrevistes con los israelíes y les digas que estás magníficamente y que pueden marcharse en el próximo avión. No tienes que decirles nada más que eso.

-Ni yo *quiero* decirles más. ¿A quienes han enviado?

-A cuatro personas, pero pienso que tres de ellos son meros comparsas. Estuve en su compañía la mayor parte de la mañana, y el único que realmente llevaba la voz cantante era un tal general Gev...

-¡Santo Dios! ¡El no!

-¿Le conoces?

.-Demasiado bien y él también a mí. Preferiría hablar con cualquier otro.

-Lamento que no puedas tener esa suerte. Gev se encuentra ya haciendo antesala, en espera de verte. Dice que si no habla contigo, irá directamente a la Prensa.

-Puedes creerle. Aprendió a luchar en el desierto.

La mejor defensa es un buen ataque. Harás mejor en hacerle pasar aquí, y acabemos. Pero no me dejes a solas con él más de quince minutos. Pasado este tiempo, puede ser que me haya convencido que vuelva con él.

-Lo dudo. -Ove se lamentó y señaló su butaca-. Siéntate aquí, con la mesa por delante. Ello da una sensación de poder. El tendrá que sentarse en esta silla de estudiante, pues es tan dura como el pedernal.

-No le importaría aunque fuese un cacto -dijo desanimado Arnie-. No le conoces como yo.

Al cerrarse la puerta, quedó la habitación en silencio, rasgado sólo débilmente por el vocerío de los estudiantes del exterior, apagado por la ventana de cristal doble, pero se oía distintamente el tic-tac del gran reloj Borholm. Arnie quedó con la mirada ausente y las manos plegadas sobre la mesa, preguntándose qué debía hacer con Gev. Tenía que decirle tan poco como le fuera posible.

-Hay una buena distancia a Tel-Aviv -dijo una voz en gutural hebreo, y Arnie alzó la vista, pestañeando al ver que Gev estaba ya en la habitación y había vuelto a cerrar la puerta tras si. Vestía de paisano, pero llevaba el traje tan correcto como si fuese un uniforme. Tenía el rostro curtido, terso y del color del nogal, pero la larga cicatriz que lo atravesaba desde la frente plegaba la comisura de su boca en una perpetua semimueca sonriente.

-Pase, Avri, pase. Siéntese. Gev no hizo caso de la invitación, atravesando la estancia con paso marcial, hasta llegar a donde estaba Arnie, mirándole con el ceño fruncido como si le hallase deficiente en una inspección.

-He venido para llevarle a casa, Arnie. Usted es uno de nuestros principales científicos, y su país le necesita.

No hubo ninguna vacilación, ninguna llamada a los sentimientos de Arnie, ni mención a sus amigos o parientes. El general Gev había dado una orden con la misma voz que enviaba tanques, aviones y soldados al combate. Tenía que ser obedecido. Arnie casi se levantó de la butaca para seguirle, tan perentoria era la orden. Pero se limitó a agitarse con desasosiego en su asiento. Había tomado una decisión, y nadie podría torcerla.

-Lo siento, Avri. Estoy aquí y voy a quedarme. Gev se irguió con ojos centelleantes y con las manos crispadas como dispuestas a asir a Arnie y ponerle en pie. Pero, casi al instante, pareció cambiar de idea y se sentó en la silla que le esperaba, cruzando las piernas. Su ataque frontal había sido rechazado; cambió al flanco y se preparó a acometer un punto más vulnerable. Sin apartar la vista fija en Arnie, sacó una pitillera de oro de su bolsillo y la abrió. En su interior tenía esmaltada la bandera de la República Arabe Unida, las dos estrellas verdes incrustadas en esmeraldas. Un boquete de bala atravesaba limpiamente la pitillera.

-Hubo una explosión en su laboratorio -dijo Gev-. Nos inquietamos al principio, pensando que había resultado usted muerto, luego herido... y después, que fue usted raptado. Sus amigos han estado muy preocupados...

-No tuve la intención de que lo estuvieran.

-Y no sólo sus amigos, sino su gobierno. Usted es israelí, y el trabajo que hace es para Israel. Faltan unas carpetas. Su trabajo ha sido robado al país.

Gev encendió un pitillo y lo aspiró profundamente, tapando el extremo encendido con la concavidad de la mano, a la manera militar. Seguía mirando fijamente al rostro de Arnie, y el suyo propio estaba tan inexpresivo como una máscara, destacando sólo unos ojos escrutadores. Arnie levantó las manos en fútil gesto, y luego las volvió a plegar sobre la mesa.

-El trabajo no ha sido robado -dijo-. Es mi trabajo, y lo llevé conmigo cuando me marché. Cuando me marché voluntariamente para venir aquí. Siento que usted piense mal de mí. Pero, hice lo que tenía que hacer.

-¿Qué era ese trabajo? -la pregunta era fría, seca y perentoria.

-Era mi trabajo. -Arnie se sintió superado en táctica maniobrera, batido, y sólo le cabía la retirada al silencio.

-Vamos, Arnie. Esto no está nada bien. Usted es un físico, y su trabajo tiene que ver con la física. Usted no tenía explosivos, y sin embargo consiguió volar unas miles de libras de equipo. ¿Qué es lo que ha inventado?

El silencio se prolongó, no consiguiendo Arnie sino mirar fija y desamparadamente a sus manos apretadas, cuyos nudillos blanqueaban por la presión. Las palabras de Gev le asaltaban implacablemente.

-¿Qué significa ese silencio? No puede usted tener miedo. No ha de temer nada de Israel, su patria. Sus amigos, su trabajo, su misma vida está allí. Allí enterró usted a su mujer. Díganos lo que le parece mal, y le ayudaremos a enmendarlo. Venga con nosotros. y quedará satisfecho; atenderemos sus deseos.

Las palabras de respuesta de Arnie cayeron como frías piedras en el silencio.

-No... no puedo.

-Lo ha de hacer. No tiene otra elección. Usted es un israelí, y su trabajo es israelí. Estamos rodeados por una nube de enemigos, y cada hombre, cada brizna de material es de vital importancia para nuestra existencia. ¿Es que

quiere usted ocultar su invento y vernos a todos perecer... las ciudades y las sinagogas arrasadas hasta convertir de nuevo el país en un desierto? ¿Es eso lo que desea?

-¡Ya sabe usted que no, Gev, déjeme!, váyase de aquí y vuelva...

-Eso *no* lo haré. No le dejaré. Si soy la voz de su conciencia, sea. Venga a su país. Le recibiremos con los brazos abiertos. Ayúdenos como nosotros le ayudaremos.

-¡No! ¡Eso es algo que no puedo hacer! -Las palabras salieron como arrancadas de su cuerpo, entreveradas de pena, y siguió rápidamente, como si el dique de sus sentimientos hubiese sido destruido y no pudiese ya contener su flujo. He descubierto algo... no le diré cómo, por qué, y lo que es... una fuerza. Llámela una fuerza, algo que es quizá más poderoso, o que podría ser más poderoso de cuanto conocemos hoy: Una fuerza que puede ser utilizada para el bien o para el mal, porque es por naturaleza de esa especie, y si puedo desarrollarla, y creo que lo puedo, quiero emplearla para el bien...

-¿Se atreve usted a sugerir que Israel representa el mal?

-No es eso, escúcheme, yo no dije eso. Quiero decir que Israel es el peón del mundo, sin nadie a su lado. Petróleo. Los árabes tienen el petróleo, y los soviéticos y americanos lo quieren, y jugarán un juego sucio para obtenerlo. A nadie le importa Israel, excepto a los árabes que quieren verla destruida, y a las potencias mundiales que desearían encontrar un medio de destruirla calladamente, sacarse la espina de sus costados. Petróleo. La guerra llegará, algo sucederá, y si ustedes tuviesen mi.. si tuviesen *esto* de lo que estamos hablando, sería utilizado para la destrucción. Lo emplearían, con lágrimas en los ojos quizá, pero lo emplearían... y eso sería la maldad absoluta.

-¿Así pues -dijo el general Gev, con voz tan baja que apenas era audible- que por orgullo y ambición personal quiere usted retener esa fuerza y ver perecer a su país? En su supremo egocentrismo se cree usted más apto a tomar capitales decisiones políticas que los representantes electos de un pueblo. Usted se coloca en un pedestal. Se considera único. Más capaz de decidir sobre los problemas importantes que todos los inferiores mortales del mundo...» Debe usted creer en la tiranía absoluta.. en *su* tiranía particular. En su arrogancia, usted se convierte en un pequeño Hitler.

-¡Cállese! -vociferó roncamente Arme, levantándose a medias en su butaca. Se produjo un silencio. Volvió a sentarse lentamente, dándose cuenta de que tenía la cara congestionada, y notando latir sus sienes. Le costó gran esfuerzo volver a hablar sosegadamente-. Está bien. Tiene usted razón. Si quiere decir que ya no Creo en la democracia, dígalo. En este asunto, no. He tomado una decisión, y la responsabilidad es sólo mía. Para mí mismo, y quizá como una excusa, prefiero pensar en ella como en un acto humanitario...

-El matar por piedad es también humanitario -dijo Gev, con voz apagada.

-Tiene usted razón, desde luego. No tengo ninguna excusa. He actuado voluntariamente, y acepto la responsabilidad.

-¿Hasta si es destruido Israel por su arrogancia?

Arnie abrió la boca para responder, pero no encontró palabras. ¿Qué podría decirse? Gev le había cercado por todos lados; su retirada estaba cortada, y destruidas sus defensas. ¿Qué otra cosa podía hacer, sino rendirse? Todo lo que quedaba era la persistente convicción de que, a la

larga, estaba haciendo lo debido. Una convicci6n que temía probar o examinar, no fuese que se demostrase igualmente falsa. El silencio se hizo más denso, y Arnie sintió invadirle una gran melancolía que le derrumbó en su butaca.

-Hago lo que tengo que hacer -dijo finalmente con voz quebrada por la emoción-. No volveré. He abandonado Israel igual que fui voluntariamente. Usted no tiene ningún derecho sobre mí, Gev, ningún derecho...

El general Gev se puso en pie, mirando a la inclinada cabeza, y con voz pausada y profunda, en la que había el eco de tres mil años de persecución, de muerte, de llanto y de una grande e inmensa tristeza, dijo:

-¿Podía usted, un judío, hacer esto..?

No había ninguna respuesta posible, y Arnie quedó callado. Gev era lo bastante soldado como para ver la derrota, aunque no pudiese comprenderla. Volvió la espalda sin decir nada, ¿qué más podía hacer que volver la espalda y marcharse? Empujó la puerta semientornada con las yemas de los dedos, y no volvió a tocarla. ni para cerrarla o dar un portazo, si no que salió erguido y marcial, como hombre que ha perdido una batalla, pero que nunca perdería una guerra, sin morir primero.

Entró Ove y anduvo lentamente y en silencio por la habitación durante unos minutos, amontonando revistas y tomando algún libro y volviéndolo a poner en su sitio de nuevo, sin abrirlo. Cuando finalmente habló, fue de algo distinto.

-Escucha, hace un día magnífico. Luce el sol, el cielo está despejado, y se puede ver a millas de distancia. y a las muchachas con sus minifaldas en sus bicicletas. Ya estoy harto de la insulsa comida de la cafetería. Estoy atiborrado de su *rugbrod.*

(Pan de centeno)*.* Vayamos a comer al Pabellón del Puerto. A contemplar los barcos. ¿Qué dices a ello?

Una mirada desconcertada apareció en los ojos de Arnie al alzar la cabeza. No era hombre normalmente acostumbrado a emociones fuertes de ningún género, y no tenía defensas, ningún medio de contender con lo que ahora sentía. En su rostro estaba escrita tan claramente la angustia, que Ove tuvo que volverse y revolver las revistas tan recientemente ordenadas.

-Bueno, si así lo quieres. Podríamos ir a comer fuera -respondió Arnie con voz vacía de entusiasmo.

Ove condujo el coche en silencio por la Avenida Norre y a través del parque. Como había dicho, pasaban muchachas montadas en bicicletas, como pinceladas de color por los carriles destinados a su circulación a ambos lados de la ancha calle, y exhibiendo generosamente sus largas piernas. Era una tarde deliciosa, excepto por el recuerdo de una gran desgracia que asaeteaba a Arnie. Ove giró en un cruce y enfiló al terreno ribereño, hasta detenerse ante el restaurante del Pabellón del Puerto. Llegaban lo bastante temprano para conseguir una mesa junto al gran ventanal que ocupaba casi toda una pared. Ove llamó al camarero y, antes aún de que estuvieran sentados, apareció con una botella de *akvavif (*Aguardiente semejante al *snaps,* que se toma también como aperitivo y como reconfortante) en hielo, y otras varias de excelente cerveza de Tuborg también en un cubo con hielo.

-Bien -dijo Ove, al llenar el camarero dos copitas como dedales de enfriado *snaps-.* Bebe esto. Puedo apostarte a que no verías mucho de ello en Tel-Aviv.

-*Skó'l* -brindaron ambos, bebiendo. Arnie sorbió luego cerveza y miró a través del ventanal pesadamente el ferry blanco y negro que transbordaba a Suecia. Más allá, blancas velas de pequeños yates recorrían la pequeña dársena. El mar. No tenía una extensión de más de cuarenta millas en Dinamarca, una singladura en una nación marinera. Los blancos triángulos de las velas estaban minimizados por un gran buque de línea atracado al muelle. Banderas y gallardetes le prestaban un aire festivo, y una vaharada de vapor brotaba de su chimenea delantera. Momentos después se oyó el mugir de su bocina.

-Un barco-, dijo Arnie, pareciendo haberse despejado de él toda huella de lo que había estado sintiendo, al considerar ahora de nuevo su trabajo científico-. Necesitamos un barco, si queremos experimentarlo en mayor escala... -Vaciló, y ambos miraron en derredor sin mover la cabeza, como conspiradores. Bajando más la voz, Arnie añadió-. Una unidad más grande para asentar la teoría y comprobar si logramos algo más que una estúpida demostración de laboratorio que vuela el equipo.

-Funcionará. Se que funcionará. Arnie contrajo los labios en torcido gesto y tendió la mano a la botella.

-Voy a tomar más *snaps* dijo.

4

-Es cuestión de seguridad dijo Skou. Se apellidaba Langkilde, pero nunca lo mencionaba, quizá por alguna buena razón-. Skou -insistió-. Llámeme sólo Skou.

-Pero, a pesar de este deseo de ser tan sencillamente tratado, era por su parte de la mayor corrección con los demás. Debemos tomar siempre en la mayor seriedad la seguridad *Herr Professor* Rasmussen -precisó, mirando con ojos escrutadores todas las cosas mientras hablaba-. Ustedes tienen algo que requiere seguridad, y por lo tanto deben tenerla en todo momento.

-Lo que aquí tenemos...

-No me lo diga, hago hincapié en ello. Cuanto menos sepa uno, menos puede contarlo. Permítame tan sólo que tome mis disposiciones de seguridad, y puedan efectuar su tarea sin preocupaciones.

-¡Por Dios, hombre, no hay ninguna preocupación! Hace poco que hemos empezado el trabajo, y nadie sabe nada aún sobre el proyecto.

-y así es precisamente como debe ser. Prefiero que sean adoptadas las debidas precauciones desde el mismo comienzo, o aún antes. Si no se enteran de una cosa, no se enterarán de nada.

Tenía el hábito de montar seudo coloquios que le hacían aparecer un tanto bobalicón, lo cual decididamente no lo era en absoluto. Cuando estaba de pie, con las manos hundidas en los bolsillos de su usada chaqueta de lanilla, se inclinaba en un ángulo como el de un perpetuo semi-beodo. Su rostro de vaga expresión y su ralo cabello abonaban a la impresión. Pero Ove sabía que se trataba tan sólo de una mera impresi6n falsamente superficial. Skou había sido durante años oficial de policía, su dominio del alemán era perfecto, y fue un colaborador más bien despreciado y un compañero de partidas de juegos de naipes con los alemanes ocupantes de Helsingor durante la guerra. También había sido jefe de la resistencia clandestina en aquella zona, y el ángulo de su postura tenía algo que ver con haber sido alcanzado por los disparos de sus anteriores compañeros de bebida y juego,

ya haberse fugado luego saltando por la ventana del segundo piso de un hospital antes de que fuesen a interrogarle demasiado estrechamente. Ahora estaba relacionado con algún departamento del gobierno, sobre el cual nunca se explicaba con claridad, pero ello abonaba a la confianza, y actuaba como le parecía más conveniente. Había estado en los laboratorios durante más de un mes, reforzando algunas normas y procedimientos, de forma que lo que debía mantenerse secreto lo fuese efectivamente.

-Todo esto parece muy peliculesco, *Herr* Skou -dijo Arnie-. Tan sólo con que pongamos el aparato en un camión y lo cubramos, nadie se daría cuenta.

-Skou a secas, por favor. Lo irreal copia a lo real, el cine ala vida. y quizá podamos aprender una o dos cosas de ambos. Es mejor adoptar precauciones. Cuestión de seguridad. No procedía discutir con Skou, por lo que esperaron sin ser vistos en el interior del edificio del Instituto Nils Bohr, mientras que el camión de Correos, negro y blanco, subía la rampa exterior. Se oyeron voces preventivas cuando fue casi a chocar contra un montón de canastas llenas de botellas de leche, pero, enmendada la situación, dos carteros, voluminosos en sus chaquetones rojizos y calzados con los clásicos *traesko* (Zuecos) de suela de madera, metieron en él brazadas de paquetes. Que eran más que. carteros se apreciaba porque no hicieron el menor caso de las tres personas que contemplaban su actividad, pues ningún cartero danés normal hubiese desechado la oportunidad para una charla. Skou les señaló las cajas que contenían los elementos del aparato, y ellos, silenciosamente también, las cargaron en el camión, cerradas cuyas puertas, y atrancadas las mismas con el gran candado, se puso en marcha el motor y salió a la calle.

Lo contemplaron hasta que se perdió en el trafico mañanero, diciendo luego Skou. -Los camiones de Correos no son invisibles, pero sí lo más parecido. Irán a la oficina central, con otros muchos de la misma forma y color, y pocos minutos después, el nuestro partirá para el muelle, con otros. Sugiero, caballeros, que nos traslademos allí para recibirle.

Skou les llevó en su coche, un anticuado opel de incierta edad, e hizo una serie de maniobres a través del tráfico y por varias callejuelas, antes de estar seguro de que no eran seguidos, aparcando finalmente junto ala dársena de los yates, y yendo a buscar un teléfono mientras sus acompañantes seguían adelante. Un viento cortante recorría el agua, procedente de Suecia y del Ártico. El cielo era plomizo.

-Parece que va a nevar -dijo Ove.

-¿Es ese el barco? -preguntó Arnie, apuntando al final del muelle, donde estaba atracado uno.

-Sí, el *Isbjorn.* Me pareció el más idóneo a nuestras necesidades. Después de todo, no podemos estar demasiado seguros sobre la tensión y, viejo como es, sirve todavía como rompehielos. Lo vi mediado el invierno pasado despejando el canal.

Dos policías embutidos en sus largos capotes miraban en dirección a Suecia, y no les hicieron caso al pasar, al igual que dos hombrones corpulentos que se hallaban en un coche en. medio del muelle.

-Skou tiene a sus fieles guardianes apostados comentó Ove.

-Dudo que tengan mucho que hacer. Con este tiempo, no serán muchos los que quieran andar por aquí.

El barco estaba ante ellos como un negro muro tachonado por hileras de abultados remaches. Estaba echada la pasarela, pero no se veía a nadie en cubierta. Subieron lentamente la crujiente pasarela.

-Una antigualla -dijo Ove, en cuanto pusieron pie en la cubierta-. y su nombre de «Oso Polar» no parece corresponder con el hollín que lo cubre. - Una tenue voluta de humo de carbón se elevaba de su chimenea.

-Viejo, pero sólido -dijo Arnie, apuntando al macizo refuerzo de proa y amuras-. La nueva generación de rompehielos se desliza cortando el hielo con su peso. Este veterano lo hace quebrantándolo. Fue una buena elección. Pero, ¿dónde está aquí la gente?

Como atendiendo a sus palabras, se abrió la puerta de un camarote y apareció un oficial, tan oscuro y silencioso como el barco, de negro chaquetón y altas botas, y una gran barba de pirata ocultando la parte baja de su rostro. Se acercó a ellos e hizo un esbozo de saludo.

.-Supongo que son ustedes los caballeros que me dijeron esperase. Soy el capitán Hougaard, al mando de este buque -manifestó con voz insulsa carente de cordialidad,

como ausentes de simpatía eran también sus modales. Estrecharon la mano del capitán, embarazados por las instrucciones de Skou de no dar sus nombres.

-Gracias por recibirnos a bordo, Capitán. Fue muy amable de su parte el hacer disponible su barco -dijo- Ove, tratando de ser conciliador.

-No tuve más remedio -replicó el Capitán, que no parecía de humor acomodaticio. Recibí órdenes de mis superiores. Mis hombres están abajo, como también se les ordenó.

-Muy amable -manifestó Ove, esforzándose por desterrar cualquier acento sarcástico de sus palabras. Se produjo un tenue chirrido de frenos del camión de Correos en el muelle, interrupción muy bienvenida por Ove, quien añadió-: ¿Nos haría el favor de disponer que algunos de sus hombres subieran a bordo los bártulos que vienen en ese camión?

La única respuesta del capitán Hougaard fue bramar por una escotilla unas órdenes que trajeron a la carrera a media docena de marineros, quienes parecían mucho más interesados que el Capitán en lo que estaba sucediendo, y quizá agradecidos por salir de la rutina.

-Manipulen las cajas con cuidado al transportarlas -les previno Arnie-. No las dejan caer ni las muevan mucho.

-Las trataremos como si estuviesen nuestras propias madres dentro contestó un marinero gigantesco y rubio, cuyas anchas patillas se unían aun marcial mostacho, guiñándoles el ojo a escondidas del Capitán.

Tras examinar los planos del barco, eligieron el cuarto de máquinas como más ajustado a sus necesidades. El extremo a proa del espacio estaba dividido por un mamparo para estancia del electricista, con sus accesorios y banco de trabajo. El tablero de energía y generador estaban allí y, cosa igualmente importante, contra el forro de acero exterior del casco del barco. Fueron llevadas allí las cajas y, bajo la mirada vigilante de los dos físicos, suavemente posadas. Una vez idos todos los hombres, el Capitán se adelantó.

-Se me ha advertido que su trabajo ha de ser hecho en absoluto aislArniento. Sin embargo, puesto que debe ser encendida una caldera, ha de apostarse aquí fuera un maquinista.

-Absolutamente de acuerdo -interrumpió Arnie. y cuando se cambie la guardia, yo mismo haré el relevo. Estaré en mi camarote por si desean algo.

-Magnífico, gracias por su ayuda, Capitán. -Le miraron marcharse-. Me parece que no le gusta todo esto -dijo Arnie.

-No podemos preocuparnos por ello. Vamos a desempacar estas cosas.

Les llevó la mayor parte del día la instalación. Había cuatro aparatos básicos, equipo electrónico de alguna clase, no identificable en sus negros estuches metálicos tachonados de cuadrantes. Entre ellos serpeaban gruesos cables con múltiples púas conectoras, y un cable más grueso aún iba a la toma de energía. Mientras Arnie se ocupaba de los enlaces, contactos, y ajuste del equipo, Ove Rasmussen, provisto de unos guantes de obrero examinaba el casco del barco.

-Aquí mismo -dijo, golpeando con su martillo una protuberante cuaderna. Se puso al trabajo manejando con firme precisión el martillo y el escoplo, quitando las gruesas capas de pintura que cubrían el acero. Cuando hubo dejado por completo al desnudo una buena parte, la restregó enérgicamente con un cepillo metálico.

-Listo -anunció con satisfacción, quitándose los guantes y encendiendo un pitillo-. Pulido como un silbato. Positivo contacto aquí ya través de todo el casco. -Así lo espero. Esta conexión es de importancia vital. Un inductor de onda rectangular y de sección cruzada sobresalía de lo que parecía ser la unidad final en la interconexión y terminaba en un artefacto dotado de empalmes. Tras cierto tanteo del metal, lanzando maldiciones sobre lo intratable de la materia inerte, consiguieron sujetarlo a la preparada sección de metal. Arnie hizo varios engarces y conectó el equipo.

-Un poco de energía -dijo-. Sólo la suficiente para ver si estamos completando nuestro circuito.

Hubo una súbita llamada a la puerta. Fue a ella Ove y entreabrió un resquicio. Un sargento uniformado, de charolado correaje, botones dorados, y lustradas botas altas portaba el estuche de cuero de un teléfono de campaña, cuyo cable se perdía de vista por la pasarela.

-Me encargaron se lo trajera, señor. La otra unidad está en el muelle.

-Gracias, sargento. Déjelo aquí.

Se abrió la puerta de la cámara de electricista y asomó Arnie.

-¿Puedo hablarle, Capitán? -preguntó. El Capitán señaló al sargento.

-Espere un momento.

Quedó silencioso hasta que aquél se marchó, y dijo luego. ¿De qué se trata?

-Necesitamos un especialista. ¿Tiene usted por acaso algún buen soldador a bordo? Llevaría mucho tiempo el mandarlo a buscar fuera. Este es asunto de interés nacional -añadió al ver que el Capitán permanecía callado, pareciendo reacio a contestar.

-Sí, me doy buena cuenta de ello. El Ministro de Comercio quiere un informe mío completo sobre este asunto. Bien... tengo a Jens, que fue soldador en el Arsenal. Se lo enviaré. -y se marchó denotando fastidio hasta por el ruido de sus pasos. Jens resultó ser el mostachudo gigante rubio que había ayudado a traer los cajones de material. Apareció balanceando como juguetes los pesados componentes de un aparato soldador de gas, y sonriendo, inocentemente.

-Vamos a echar ahora un vistazo a la caja de los trucos, ¿eh? No hay secretos para Jens; él lo ve todo y no dice nada. Grandes secretos

misteriosos, Ejército, Armada, Marina. hasta del Instituto Nils Bohr, como el *Herr Professor* Rasmussen, aquí presente.

Ambos científicos parecieron desconcertados cuando el hombretón rubio guiñó un ojo y puso sus artefactos en el suelo.

-Quizá haríamos mejor en avisar. -empezó Arnie, siendo interrumpido por la olímpica carcajada de Jens.

-¡No se preocupe! Veo todo, no digo nada. Jens ha estado en el Ejército, en Groenlandia, en el Arsenal, en Sudamérica. Vi en la televisión al profesor recibir el Premio Nóbel. Caballeros, lo repito, no se preocupe, soy tan buen danés como cualquiera, aunque nací en Jutlandia, y hasta llevo la bandera tatuada en mi pecho... ¿les gustaría verla? y suponiendo que lo desearían, antes aún de que tuviesen la oportunidad de responder, abrió su chaquetón y camisa para mostrar la bandera roja con la cruz blanca de Dinamarca tatuada bajo la pelambrera de su pecho.

-Eso está muy bien -dijo Arnie, encogiéndose de hombros-. Me parece que no tenemos mucho que escoger, y que por supuesto no dirá nada de Cuanto aquí vea.

-Ni media palabra. Ya podrían los torturadores arrancarme las uñas de manos y pies, que me reiría de ellos y les escupirla a la cara sin decir esta boca es mía.

-Estoy absolutamente seguro de que lo haría. Puede pasar aquí dentro. -Permanecieron aun lado mientras el hombretón entraba con su equipo-. Este es el contacto con el casco. No está aún en las debidas condiciones. La señal no pasa. Tenemos que soldar el acoplArniento del conducto de la onda eléctrica. Jens asintió con la cabeza mientras ellos explicaban exactamente lo que había de hacerse, ajustando luego su soplete y haciéndolo funcionar. Conocía muy bien su trabajo; el Capitán no se había equivocado.

-Tienen ustedes aquí radios de aspecto raro -dijo, lanzando una ojeada al equipo. Pero desde luego no es radio... sé tanto como eso, pues actué algo como operador en Indonesia. La física es cosa muy complicada.

-¿No le dijo a usted nunca alguien que hablaba demasiado, Jens? -preguntó Ove.

-Alguna vez, pero no lo repitió -respondió mostrando un enorme puño que parecía un trozo de roca. Rió luego. Hablo mucho, pero digo muy poco. Sólo algo a los amigos. -Cogió su pesado equipo como si fuese una pluma, y se dispuso a marchar-. Ha sido muy agradable hablar con ustedes, caballeros. No olviden llamar a Jens Cuando necesiten algo... -y dicho esto se fue.

-un personaje realmente interesante comentó Arnie. ¿Crees que contará a alguien sobre esto?

-Espero que no, y lo dudo. Pero pienso mencionárselo a Skou, por si acaso.

-Se te ha contagiado su manía de la seguridad.

-Quizá. Pero si todo va esta noche de acuerdo con el plan, vamos a tener algo que deseamos al máximo mantener oculto.

-La señal es ya magnífica -dijo Arnie, manipulando la llave de paso de la energía, y cerrándola luego-. Es todo cuanto podemos hacer por el momento. ¿Qué es lo que sigue?

Ove consultó su reloj. -Son las seis y voy sintiendo apetito. Se dispuso que comeríamos abordo.

-El capitán se alegrará mucho de tenernos por comensales -ironizó Arnie-. Pescado hervido, patatas hervidas, y cerveza sin alcohol, supongo.

Debiéramos comer por turnos. ¿Por qué no lo haces tú primero? Yo no tengo mucha hambre.

-Después de tu indudablemente exacta descripción del menú, tampoco yo. Pero, puesto que fue mi idea, voy a hacerlo. Ya serán las once antes de que alguien aparezca, de modo que tenemos tiempo suficiente.

Arnie siguió ocupado con el equipo, realizando un cálculo del campo de energía a la potencia máxima, de forma que le pasó el tiempo rápidamente hasta que Ove llamó y abrió la puerta.

-Ni la mitad tan mal como esperábamos. Cerdo asado, con coles, muy sustancioso y nutritivo, a la marinera. A menos que hayas adquirido ciertos prejuicios dietéticos desde que nos vimos...

-Apenas. El judaísmo moderno es más un estado de espíritu y una herencia cultural que una religión. Aunque admito que es más fácil encontrar volatería que porcino en Tel-Aviv. Me gusta esa cena.

Poco antes de las once sonó el teléfono con apremiante repiqueteo militar. Ove se puso al aparato.

-Aquí Skou. Se están reuniendo los observadores, y desean saber cuándo comenzará la demostración.

-Dígales que en seguida se procederá a la misma. -Colgó y se volvió a Arnie-. ¿Listo?

-Tanto como jamás lo estaremos, creo. -Respiró hondamente-. Harás mejor en situarte al extremo de ese teléfono, de forma que podamos estar en contacto permanente. Mantenerme informado constantemente.

-Así lo haré. y esto va a funcionar, puedes estar seguro.

-Lo espero. Apareceremos como unos bobos si no lo hace.

-Los resultados del laboratorio...

-No son una prueba concluyente. Ahora es cuando vamos a intentarla. Comunícame cuándo he de comenzar.

Ove siguió el cable telefónico a través del barco, recibiendo en el rostro al abrir la puerta exterior un suave latigazo de fina nieve que impulsada por un viento cortante, hizo que abrochara su abrigo y alzara el cuello del mismo. Desde lo alto de la pasarela podía ver el grupo de oscuras figuras apoyadas contra el muro externo del muelle. Skou le estaba esperando cuando llegó.

-Si ustedes están dispuestos, a los recién llegados les agradaría que comenzaran. El almirante Sander-Lange anda ya por la setentena y tenemos dos generales no mucho más jóvenes.

-El Primer Ministro...

-Decidió en el último instante no venir, pero está su representante. También los hay de las Fuerzas Aéreas; todos los de la lista, en fin.

-Estamos pues preparados. Si me pasa el teléfono, daré la señal del comienzo.

-Desearía alguna explicación previa -dijo el almirante a Ove, con un tono que era aún como un eco de mando en su vieja voz.

-Con mucho gusto, señor. Lo que esperamos hacer aquí es demostrar el efecto Daleth.

-¿Daleth? -preguntó un general.

-Es la cuarta letra del alfabeto hebreo. El símbolo que el profesor Klein ha asignado al factor en la ecuación que condujo al descubrimiento.

-¿Qué descubrimiento? -preguntó alguien, perplejo.

Ove sonrió, siendo sus facciones apenas visibles ala luz del farol cubierto de nieve.

-El que vamos a observar aquí. El efecto Daleth ha sido demostrado teóricamente y en limitados experimentos de laboratorio. Es la primera vez que se intenta en escala lo suficientemente amplia para probar si puede o no ser aplicable universalmente. Puesto que había tanta dificultad física y se quería seguridad para efectuar esta prueba, se decidió que estuvieran presentes algunos observadores, aunque hubiese una probabilidad de fracaso.

-¿Fracaso de *qué?* -preguntó una voz irritada.

-Eso se evidenciará dentro de pocos minutos... -Sonó el timbre del teléfono y Ove descolgó-. ¿Sí?

-¿Están dispuestos para el comienzo?

-Sí. ¿Potencia mínima para empezar?

-Potencia mínima. Comienzo.

-Hagan el favor de contemplar el barco dijo Ove, tapando con la mano la boquilla del teléfono.

La visibilidad era poca. Ráfagas de fina nieve barrían los conos de luz a lo largo del muelle. Había sido retirada la pasarela del *Isbjorn,* y había tripulantes junto a los cables de proa y popa que habían sido largados. La marea había apartado el buque del muelle, pudiendo apreciarse un espacio de oscura agua que chapoteaba entre el casco y la pétrea pared del muelle.

-Nada aún -dijo Ove por teléfono.

-Aumento la potencia.

Los observadores se movían acuciados por el frío y murmuraban descontentos. Uno de ellos se volvió hacia Ove, con la queja a flor de labios, cuando una especie de estridente gemido llenó el aire. Parecía provenir de todas direcciones, exasperante, haciéndoles sentir como si vibrasen los huesos de sus cráneos. Este penoso aspecto del sonido pasó rápidamente, aunque subsistió la vibración en diapasón más reducido, al igual que el de la cuerda de un celeste violoncelo sonando tras el telón de foro del mundo.

El apagarse de este sonido fue sustituido por un crujido del *Isbjorn,* primero en una parte del casco, y luego en la otra. Hubo gritos excitados en cubierta. Algo semejante a un estremecimiento recorrió al buque, y un leve oleaje rompió en torno suyo, lArniendo el casco.

-¡Santo Cristo, mirad! -jadeó alguien. Todos aguzaron la vista. Era increíble.

Como si estuviese montado sobre un émbolo submarino, la masa entera del voluminoso rompehielos se estaba elevando lentamente sobre el agua. Apareció primero la línea de flotación, y luego la base pintada de minio, encostrada aquí y allá de madejas de algas y crustáceos. A popa apareció el timón y luego la hélice hasta asomar todas las chorreantes palas. Los marineros que estaban en la orilla largaron más amarra.

-¿Qué está sucediendo? ¿Qué es esto? exclamó uno de los observadores, pero su voz quedó ahogada ante el excitado vocerío de los demás.

Iba aminorando la nieve y las luces del muelle lucían más claras sobre el barco y el mar. El agua formaba continuos remolinos, más intensos que el chocar de las olas contra la piedra.

La quilla del barco se hallaba ahora a cosa de un metro sobre la superficie del canal Iderhaven.

¡Ya está, Arnie! ¡Lo has conseguido! clamó por el teléfono, Ove, contemplando la masa de varios miles de toneladas del barco que flotaban

ante él en el aire-. ¡Está a un metro por lo menos sobre la superficie! Reduce ahora la potencia, redúcela.

-*Ya lo estoy haciendo.* -La voz era tensa-. *Pero hay una interferencia armónica, una onda constante.*

Sus palabras fueron ahogadas por un gemido metálico del *Isbjorn,* que pareció estremecerse. Luego, y de manera espantosamente repentina, su popa se precipitó sobre el agua como si se le hubiese quitado algún invisible puntal.

El ruido del choque fue como el de una gigantesca cascada y, al instante, alzándose como un animal al ataque, una ola de agua negra se abatió sobre el borde del muelle, estallando rabiosa y yendo aplastarse en espumeantes ráfagas líquidas contra la parte posterior, barriendo al paso a los observadores, derribándolos y dejándolos como peces arrojados a la orilla.

Los gemidos y los gritos se elevaron tras aquel latigazo, mezclándose con el vocerío a bordo del *Isbjorn.*

-¡Dios mío, aquí, es el almirante! -¡No le toquéis, tiene la pierna rota. acaso algo peor!

-¡Sacadme de aquí...! -¡Que llame alguien a una ambulancia, este hombre está herido!

Se oyó el golpear de pesadas botas sobre la piedra, al acudir los guardias; alguien vociferaba en una radio portátil. A bordo del *Isbjorn* resonaba el metal, en su impresionante balanceo, y se oía la voz del capitán dominando las de los tripulantes.

-¡Achicar el agua de popa, estúpidos...! ¡Si echo el guante a quienes hicieron esto!

Las sirenas de los coches de la policía fueron acercándose y, más a la distancia, el campanilleo de las ambulancias. Los focos recorrieron con sus haces luminosos el muelle, en cuyo borde se escurría el agua en cien pequeñas cascadas.

Ove estaba aturdido, barrido contra el muro, calado hasta los huesos y enredado en el cable de teléfono. Se incorporó, quedándose sentado con la espalda apoyada en el muro, contemplando la frenética escena de los vociferantes hombres del *Isbjorn* que se balanceaba aún acierta distancia. Le sobresaltaba lo súbito del desastre, y los hombres heridos y posiblemente muertos cerca de él. Era terrible; no debía haber sucedido.

Pero al mismo tiempo estaba colmado de tal euforia, que casi gritó: «¡Funciona! ¡La prueba ha resultado positiva!» El efecto Daleth había operado tal como Arnie predijera. Había algo nuevo en el mundo, algo que jamás había existido antes de aquella noche, y, desde aquel momento en adelante, el mundo no sería el mismo. Sonrió en la oscuridad, sin darse cuenta de la sangre que le ensuciaba la barbilla, procedente de cuatro dientes delanteros que le habían saltado.

La nieve seguía cayendo espasmódicamente, tendiendo primero una cortina que no permitía ver, y entreabriéndola luego para un atormentador vislumbre. El hombre del otro lado del canal de Iderhaven se maldecía de continuo con voz gutural. Era lo mejor que podía hacer con tan poca visibilidad.

Estaba sobre el tejado de un almacén del muelle frontero, ante el canal que medía media milla de anchura. Aquella zona estaba casi completamente desierta tras la oscuridad, y no había tenido dificultad en evitar a los escasos vigilantes y policías que por allá rondaban. Sus ante ojos eran buenos, los

mejores Zeiss-Ikon de 200 mm, de amplio campo y nocturnos, pero no se podía ver nada con ellos, si nada había. La nieve había seguido cayendo después de que los coches oficiales llegasen al muelle de enfrente al otro lado del canal.

Eran ellos los que despertaban su interés, la intensa actividad tan adentrada la noche, el concertado movimiento de militares que tenía bajo observación. No tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Habían ido a aquel maldito muelle frontero en una noche de tormenta de nieve, para contemplar a un viejo y anticuado rompehielos. Lanzó otra maldición y escupió en la oscuridad. Era un hombre de cara torva, más torva aún en su cólera, de boca estrecha, cabeza redonda y cuello a plomada; su ralo cabello gris estaba tan rapado, que bien podía haber sido afeitado.

¿Qué se traían entre manos aquellos mazacotes y estúpidos daneses? Algo había sucedido; había habido un accidente quizás al desatracar el barco, siendo derribados algunos hombres. Había habido un remover del agua, pero ningún ruido como el de una explosión. Y ahora aparecía todo el lugar lleno de agitación. Ambulancias y coches de la policía viniendo de todas partes. Fuese lo que fuera que hubiese sucedido, había ocurrido ya; no habría nada más de importancia por verse aquella noche. Lanzó otra maldición al levantarse, helado, con las rodillas envaradas y crujiendo por el esfuerzo.

Algo había ocurrido, eso era seguro. Y él había de descubrir qué. Para ello le pagaban, y le gustaba hacerlo.

Las ambulancias partieron, y se había de tener una vista muy aguda en la oscuridad para ver que el rompehielos hendía ahora el agua.

5

-No es una gran vista que digamos -admitió Bob Baxter-, pero la encuentro inspiradora en cierto modo. Me resulta algo difícil olvidar mi trabajo cuando miro por esa ventana.

Baxter era un hombre delgado y larguirucho que parecía poder plegarse como un metro de carpintero. Tenía un rostro vulgar, que se olvidaba al instante, cuyo rasgo más destacado eran las gafas de gruesa montura negra que llevaba. Sin ellas, no se le reconocería. Por ello quizás era que las portaba. Se hundió al sentarse en la butaca giratoria ante la mesa-escritorio, señalando a la ventana con un lápiz amarillo que llevaba la inscripción *Propiedad del Gobierno USA.*

El otro único hombre que se hallaba sentado con él en el pequeño despacho, enhiesto en el borde de la butaca frontera, asintió estiradamente. No era la primera vez que oía aquel comentario sobre la vista. Era un individuo recio, feo y de labios estrechos, y de cabeza de bola cubierta con un rastrojo de cabello gris. Se le conocía por Horst Schmidt, que es un nombre de registro de hotel, semejante a John Smith.

-Pacífica en cierto modo -añadió Baxter, dirigiendo la punta de su lápiz a las blancas piedras y verdes árboles-. Nada más pacífico que un cementerio, me parece- ¿y sabe lo que es ese edificio de caprichoso tejado, justamente al otro lado del cementerio?

-La Embajada de la Unión de Repúblicas Socialistas -respondió Horst. Su inglés tenía cierto acento foráneo, pero era bueno, con una acusada tendencia a rodar las erres en la garganta.

-Muy simbólico eso de que la Embajada americana esté frente a la rusa separada por un cementerio -dijo- ha sufrido una avería en el casco, probablemente por colisión. He podido determinar que, sea lo que fuera responsable de esa avería, hirió también a los hombres. El obtener solamente esta brizna de información, ha sido inmensamente difícil debido a la cortina de seguridad que ha sido echada sobre todo el mundo. Lo cual es suficiente para inducirme a creer que algo muy importante se cuece.

-Yo opino lo mismo, Horst, lo mismo. -Los ojos de Baxter se plegaron pensativos y sus dedos tocaron uno de los lápices; lo cogió y lo llevó a su boca, mordisqueándolo-. Parece ser una cosa *grande* para los daneses, con todos esos militares implicados, su departamento de Estado y hasta un condenado rompehielos. y esto me hace pensar en el hielo, y en el hielo de Rusia, y me gustaría saber qué diablos está sucediendo -No lo capta, pues. -Horst sonrió con una especie de mueca que reveló una colección de dientes, unos amarillos, otros de acero y hasta el inesperado lujo de uno de oro. En mi opinión, debería haber alguna información a través de la NATO, ¿no cree?

-No es asunto suyo si la hay o no -respondió Baxter frunciendo el entrecejo y arrojando Juego el mordido lápiz a la papelera-. Usted está aquí para proporcionarme información a mí, y nada más. y debería saber también que oficialmente nada ha sucedido nunca, y nadie nos diría una maldita palabra sobre ello.

-Es una deslealtad por su parte -dijo Horst, con completa falta de emoción-. Después de todo cuanto su país ha hecho por ellos...

-Ya puede decirlo, ya -Baxter ojeó rápidamente su reloj, cronógrafo y cronómetro de oro. Puede darme usted un informe dentro de una semana. El mismo día y a la misma hora. Debería usted descubrir algo más para entonces.

Schmidt le tendió el pliego de papel con los nombres.

-Dijo usted que deseaba fotocopiar esto. y luego hay la cuestión de... -Puso su mano con la palma arriba y sonrió fugazmente antes de retirarla.

-Dinero. Dígalo claramente, Horts. Dinero. No hay nada vergonzoso en ello. Todos trabajamos por dinero; eso mantiene marchando las ruedas. Volveré en seguida. Tomó el pliego con los nombres y pasó al siguiente despacho. Schimdt se quedó sentado, inmóvil. mientras esperaba, no mostrando el menor interés por la mesa o por el archivo que estaba contra la pared. Bostezó ampliamente y eructó luego, pasándose luego la lengua por los delgados labios, con expresión insatisfecha. Sacó de un bolsillo una cajita de plástico, tomó de ella un par de pastillas blancas y las masticó lentamente. Volvió Baxter y le devolvió el pliego de papel y un sobre largo sin membrete alguno. Schmidt metió ambas cosas en un bolsillo...

-¿No va a contarlo? -preguntó Baxter.

-Usted es un hombre de honor. -respondió, levantandose. Su vestimenta era la de un individuo de la clase media: traje azul oscuro y gruesos zapatos. Baxter alzó las cejas sobre la negra montura de sus gafas, pero no dijo nada. Schmidt tomó su abrigo y su bufanda del perchero de la esquina, ambos de tejido tan oscuro y basto como el fieltro de su sombrero de ancha ala, y se marchó sin más, abriendo la puerta que daba al monótono y gris vestíbulo. No había ninguna placa con nombre en el exterior de la puerta; sólo el número 117. En vez de atravesar el vestíbulo, continuó por el pasillo, bajando luego las escaleras conducentes al Servicio de librería de

Información de los Estados Unidos, donde, sin mirar los títulos, tomó dos libros del estante más próximo a la puerta, y, mientras le registraban su entrega, se encogió de hombros tras embutirse en su abrigo. Cuando salió a la calle, pocos momentos después, echó a andar tras otro hombre portador también de libros, quien torció a la derecha, haciéndolo él a la izquierda hasta la estación del metro.

En el interior de ésta, empleó uno tras otro casi todos sus servicios. Compró un periódico, paseándose leyendo y mirando por encima de él para observar si le seguían. Fue al lavabo al otro extremo. Metió libros y periódico en un cajón automático y se guardó la llave en el bolsillo. Bajó una escalera que conducía a los trenes y, aunque estaba prohibido cruzar las vías, logró pasar al otro andén por otra escalera. Pareció darle sed y tomó una cerveza de pie en la cantina. Todas estas operaciones parecían tener un designio, puesto que, tras secarse la espuma de cerveza de los labios con el dorso de la mano, salió por la entrada trasera de la estación. Fue andando a vivo paso hasta cerca de las vías que surgían del túnel al pálido sol invernal, para finalmente torcer a la izquierda y seguir.. por el lado opuesto del cementerio.

Cuando vio que efectivamente estaba solo, dio media vuelta y penetró rápidamente a través de las puertas de hierro que daban acceso a la Embajada Soviética.

6 - *El Báltico*

-Ja ja -dijo el capitán Nils Halsen en el teléfono *lag skal nok tale meJ henJe. Tak tor Jet!* Sí, sí. Póngame la comunicación. Gracias. Se sentó tamborileando con los dedos en el teléfono mientras esperaba. El hombre que se había identificado sólo como Skou se hallaba en pie mirando por la ventana la invernal tarde gris. Se oyó el aullido de un avión de propulsión a chorro al despegar.

-Hola, Marta -continuó Nils, en inglés ahora-. ¿Cómo va todo...? Magnífico. No, estoy en el Kastrup. He aterrizado hace poco, pues un fuerte viento de cola que sopló desde Atenas nos. trajo más pronto. Y eso es lo malo. Voy a tener que salir otra vez... -Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza ante el tono decepcionado de la voz que susurraba en su oído.

-Escucha, querida, tienes toda la razón, pero no hay nada absolutamente que pueda yo hacer. Los superiores lo han decidido. No puedo pilotar demasiadas horas, pero pueden hacer que vuele. Uno de los pilotos -un sueco ¿quien si no?- está de baja con apendicitis en Calcuta. Yo he de ir a relevarle... estaré de vuelta en unas cuarenta y ocho horas. Siento tanto como tú perder la cena en compañía de los Oveergard y diles que lloro al pensar en reemplazar su venado asado por tripas con curri que, me harán sufrir una semana. Desde luego, querida. Te echaré enormemente en falta, y no dejaré de traerte alguna chuchería. Sí... bueno... adiós.

Nils colgó y miró con claro disgusto la espalda vuelta de Skou.

-No me gusta mentir a mi mujer- dijo.

-Lo siento muchísimo, capitán Hansen, pero no puede evitarse. Es cuestión de seguridad, ya sabe. El tomar precauciones hoy soluciona el mañana. -Consultó su reloj-. El avión de Calcuta está apunto de despegar y usted está inscrito como formando parte de su tripulación. Está también registrado en el hotel de Calcuta, aunque no podrá recibir llamadas

telefónicas. Todo ha sido dispuesto con el máximo detalle. La astucia es necesaria, pero inofensiva.

-¿Necesaria para *qué?* Brotó usted como un hongo, me trae a este despacho, me enseña cartas con nombres importantes que requieren mi servicio, incluyendo una de mi comandante de la Reserva de las Fuerzas Aéreas, me arranca la promesa de cooperación, me induce a mentir a mi esposa... pero sin decirme realmente nada. ¿Qué diablos es lo, que pasa?

Skou asintió seriamente con la cabeza, paseó la mirada en torno al despacho, como si alguien pudiera escucharle, y se llevó un dedo a los labios, en señal de secreto.

-Si pudiese decírselo, se lo diría. Pero no puedo. Dentro de poco lo sabrá todo. ¿Podemos marcharnos ya? Le llevaré su saquito de mano.

Nils lo asió antes de que el otro pudiera tocarlo y se encasquetó el gorro de su uniforme. Tenía no menos de, un metro ochenta y cinco de estatura sin zapatos, y ahora,, en uniforme, gorro, y chaquetón impermeable con cinturón, parecía tan grande como para llenar el pequeño despacho. Skou abrió la puerta, y Nils le siguió. Salieron por la puerta trasera del edificio de operaciones, donde les esperaba un taxi Mercedes con el motor funcionando. Tan pronto como entraron en él, su conductor bajó la bandera y partieron sin más. Al abandonar el aeródromo, el coche giró a la derecha.

-Muy interesante -dijo Nils, mirando por la ventanilla y con el semblante ya despejado. Nunca podía estar enojado durante mucho rato-. En vez de ir a Coopenhague y su excitante mundo, vamos al sur en este cacharro. ¿Qué de interés podemos encontrar en esa dirección?

Skou tendió la mano al asiento delantero, sacando de él un gabán negro y una boina oscura.

-Tenga la amabilidad de quitarse su uniforme y su gorra y póngase esto. Estoy seguro de que sus pantalones no serán identificados.

-¡Vaya, de capa y espada! exclamó Nils, quitándose su chaquetón de cuero impermeable con insignia, en el asiento trasero-. ¿Supongo que este buen y honrado conductor de taxi estará en el ajo?

-Desde luego.

En el espacioso asiento delantero había una pequeña maleta lo suficientemente grande para la ropa. Nils se alzó el cuello del abrigo, se caló la boina hasta los ojos, y hundió la mandíbula en el pecho.

-¿Tengo ya suficiente aspecto de conspirador? -dijo, no pudiendo dejar de sonreír.

-Le pido, por favor, que no haga nada que atraiga la atención sobre nosotros. Este es un asunto muy importante.

-Estoy seguro de ello. A continuación, fueron en silencio por un pardusco paisaje de campo recién arado y que esperaba la siembra primaveral. Fue un corto trayecto a la aldea de pescadores de Dragor, durante el cual Nils miró recelosamente las viejas casas de ladrillo rojo. No se detuvieron, yendo en dirección al puerto.

-¿A Suecia? -preguntó Nils-. ¿A bordo del ferry? Skou no se molestó en responder y llegaron al pequeño puerto donde estaban ancladas unas embarcaciones de recreo, incluyendo una lancha de gran tamaño con camarote interior.

-Haga el favor de seguirme -dijo Skou, cogiendo el saquito de Nils antes de que pudiera hacerlo él. Se adentró por el muelle, con el saquito y la maleta, siguiéndole Nils mansamente y preguntándose en qué diablos se estaba

metiendo. Skou saltó abordo de la lancha, poniendo saquito y maleta en el camarote y haciendo luego señas a Nils para que embarcase. El hombre que estaba al timón parecía indiferente a todo, pero puso en marcha el motor.

-Creo que será mejor viajar en el camarote -dijo Skou.

-¿Viajar adónde?

Sin responder, Skou fue a desamarrar y Nils, encogiéndose de hombros, se inclinó para atravesar la baja puerta del camarote. Se sentó en el banco interior y descubrió tardíamente, a causa de la opaca luz que se filtraba por las portañolas, que no estaba solo.

-Buenas tardes -dijo a la embozada figura del otro banco, recibiendo a su vez una respuesta de compromiso. Al acostumbrarse sus ojos a la luz, se percató de que había una maleta a los pies del otro hombre, que llevaba así mismo un abrigo negro y una boina oscura.

-¡Vaya, vaya! -rió Nils-. Parece que le echaron el guante a usted también. Llevamos el mismo uniforme.

-No sé de qué está hablandó -respondió quisquillosamente el otro, quitándose la boina y metiéndosela en el bolsillo. Nils se movió en el banco, para sentarse enfrente del desconocido.

-Claro que lo sabe. Ese Skou con sus métodos misteriosos... Muy poca imaginación, aunque se trate de un disfraz. Apuesto a que fue usted requerido a toda prisa para una tarea secreta y traído sin dilación aquí.

-¿Cómo lo sabe?

-Instinto. -Nils se quitó su boina y la señaló, mirando luego más de cerca a la cara del otro hombre-. ¿Le conozco a usted de alguna parte? De alguna reunión... no, de las revistas. Usted es el del submarino que realizó el salvamento de aquel barco lejos de la costa... Carlsson, Heriksen, o algo así...

-Henning Wilhelmsen.

-Nils Hansen.

Se estrecharon la mano automáticamente tras este intercambio de nombres, aliviándose la tensión de la atmósfera. Hacía calor en el pequeño camarote, y Nils se desabrochó el abrigo. El motor bataneaba al alejarse de la orilla. Nils miró el uniforme de su compañero.

-¿No es interesante? -dijo-. Un comandante naval y un piloto de aviación surcando las aguas abordo de un chinchorro.¿Qué puede significar esto?

-Acaso Dinamarca tenga por ahí algún portaaviones.

-Entonces, ¿por qué yo? Tendría que ser algún portaaviones submarino y hubiese oído algo de ello. ¿Qué le parece un trago?

-El bar no está abierto.

-Lo está ahora -Wilhelmsen sacó de un bolsillo un frasco con envoltura de cuero. El lema del servicio submarino es «Siempre preparado».

Nils se pasó inconscientemente la lengua por los labios mientras era vertido el oscuro líquido en el vasito de metal. -No puedo, si he de volar en las próximas doce horas.

-Es escasa la probabilidad aquí, amenos de que le broten alas a esta barca. Además, es ron de la Armada, exento de alcohol.

-En ese caso, se lo acepto. El ron tenía muy buen sabor y dio mejor ambiente a la compañía. Tras versar sobre generalidades, intercambiaron información, sólo para descubrir que ello duplicaba su falta de conocimientos. Iban a alguna parte por razones ignoradas. Observando el sol poniente convinieron en que el único trozo de tierra que había en aquella

dirección era la isla de Bornsholm, ala cual era imposible llegar en su ligera embarcación. Media hora más tarde tuvieron la respuesta al parar el motor de la lancha y oscurecerse súbitamente las portañolas de estribor.

-Un buque, desde luego -dijo Wilhelmsen, yendo a asomar la cabeza por la puerta-. El *Vitus Bering.*

-No lo oí nunca.

-Yo, sí, claro. Es un auxiliar. Estuve a su bordo el año pasado, cuando actuó de nodriza del *Blaeksprutten,* el pequeño submarino experimental en el que hice recorridos de prueba.

Se oyeron pasos en cubierta y asomó la cabeza un marinero, pidiendo sus equipajes. Se los entregaron y le siguieron, subiendo la escalera del buque. Un oficial les invitó a pasar a la cámara principal. Estaban en ella más de una docena de hombres uniformados, representantes de todas las fuerzas armadas, así como cuatro civiles. Nils reconoció a dos de ellos, a un político que en cierta ocasión había tenido como pasajero, y al profesor Rasmussen, ganador del Premio Nóbel.

-Tomen asiento, por favor, caballeros -dijo Ove Rasmussen-. Les diré por qué nos hemos reunido todos aquí.

Al alba de la mañana siguiente estaban lejos en el Báltico, en aguas internacionales, a cien millas de distancia de tierra. Arnie había dormido mal, pues no tenía nada de marino y el balanceo del buque le había mantenido en vela. Fue el último en aparecer en cubierta, para unirse a los demás en la contemplación de la botadura del *Blaekspruften.*

-Parece un juguete -dijo Nils Hansen. El corpulento piloto, aunque llevaba el gorro de la SAS, portaba, como todos los demás, altas botas de caucho, grueso jersey y pantalones de espesa lana, para resguardarse del cortante viento ártico. Era un encapotado día de invierno, de nubes bajas y apelo tonadas en el horizonte cercano.

-No es ningún juguete... y mayor de lo que parece -replicó acaloradamente Wilhelmsen-. Con una dotación de tres hombres puede aún llevar un par de observadores. Bucea bien, tiene un buen control, baja a mucha profundidad...

-No tiene hélices sin embargo -dijo tristemente Nils, guiñando un ojo a los demás-. Deben de habérsele roto...

-¡Este es un submarino y no una de sus máquinas voladoras! Tiene propulsor de agua, a chorro, igual que los estúpidos y grandes artefactos de ustedes. Por ello lleva el nombre de *Blaeksprutten...* se mueve por propulsión de agua, igualito que un calamar.

Arnie miró a Ove y le hizo seña para que se apartase a un lado.

-Un día perfecto para las pruebas -dijo Ove, empujando con la lengua sus nuevos dientes delanteros y que aún extrañaba-. La visibilidad está baja y no hay nada en absoluto en el radar. Un avión de las Fuerzas Aéreas nos sobrevoló e informó que el barco más próximo se halla a una distancia superior a las cien millas. Es un carguero polaco, costero además.

-Me gustaría estar a bordo para las pruebas, Ove. Ove le tomó ligeramente del hombro. -No creas que no lo sé. No quiero ocupar tu puesto. Pero el Ministro piensa que eres una persona demasiado valiosa para ser arriesgada esta primera vez. Ya mí me parece que tiene razón. Pero, aun así, cambiaría si pudiese... solo que no me dejarán. El almirante conoce la orden y conseguirá que se obedezca. No te preocupes... ya cuidaré bien de tu criatura. Hemos eliminado esa interferencia armónica y no hay nada más

que pueda ir mal. Ya lo verás. Arnie se encogió de hombros con resignación. Con mucho manoteo y vociferación de instrucciones fue botado el pequeño submarino. Henning Wilhelmsen estaba abajo en la escala y brincó a su bordo en cuanto tocó agua, desapareciendo por la escotilla de la torreta. Poco después hubo un rugido de las máquinas al comenzar a funcionar y Henning se asomó por la escotilla agitando una mano.

-¡Vengan a bordo!- gritó.

Ove dio la mano a Arnie, despidiéndose.

-Todo irá bien -dijo. Desde que instalamos el Daleth, lo hemos revisado docenas de veces.

-Lo sé, Ove. Buena suerte. Ove bajó la escala, siguiéndole Nils Hansen. Entraron en el submarino y cerraron la escotilla.

-¡Soltar amarras! -ordenó Henning. Fueron zafados los cables y el submarino comenzó a surcar el agua.

-Llévelo a unos trescientos metros antes de comenzar la prueba.

*-Ja vel.(*De acuerdo) *Las máquinas del Vitus Bering* estaban paradas y derivaba en el tranquilo mar. Arnie, asido a la barandilla, contemplaba alejarse al submarino. Tenía la cara tan serena como siempre, pero sentía latir su corazón con más rapidez de la que nunca recordara. La teoría es una cosa y otra la práctica, como podría decir Skou. Sonrió para sus adentros. Aquella era la prueba final.

Tenía colgados al cuello unos anteojos de campaña y los llevó a los ojos cuando el submarino comenzó a contornear en amplio círculo al buque-nodriza. Con los anteojos se le veía muy claramente, en rápido movimiento, con su casco apenas a flor de agua cuando las olas rompían contra él. Luego, sí, era verdad: las olas chocaban contra las amuras y era más visible el casco, el cual pareció elevarse cada vez más en el agua, flotando a una altura antinatural y elevándose todavía más.

Hasta que, como un gran globo, se posó en la superficie del mar, para volver a elevarse, y recorrer grácilmente cinco, diez, treinta metros. Arnie dejó colgar sus gemelos, y asiéndose con más fuerza a la barandilla, siguió contemplando el espectáculo helado.

Con toda la gracia de un aparato más ligero que el aire, el sólido casco del submarino de veinte toneladas flotaba a unos cuarenta metros sobre el mar. Luego pareció girar sobre algún eje invisible y apuntó directamente al buque-nodriza, yendo hacia él y sobrevolándolo y dejando caer sobre las caras que miraban hacia arriba, algunas gotitas de agua procedentes de su casco mojado. Nadie habló, pues todos habían quedado mudos ante el insólito hecho. Podía oírse claramente el bataneo de los motores Diésel del submarino. Sin dejar de apartar la vista de él, Arnie tomó el micrófono y lo conectó.

-Pueden traerlo ya. Creo que podemos decir que el experimento ha sido un éxito.

7

Con el encerado tras él y el círculo de ávidos oyentes.. sentados delante, Arnie se sentía como en su casa. Como si estuviese de nuevo en un aula de la Universidad y no en la sala de oficiales del *Vitus Bering.* Resistió al impulso de volverse y escribir su nombre, ARNIE KLEIN, en grandes letras

sobre el encerado. Pero sí había escrito EFECTO DALETH muy claramente en su parte superior, y luego la letra correspondiente del alfabeto hebreo.

-Si tienen un poco de paciencia, les haré algo de historia a fin de explicarles de lo que fueron testigos esta mañana. Recordarán que Israel nevó a efecto una serie de experimentos sobre investigaciones atmosféricas con cohetes, hace unos cuantos años. Las pruebas sirvieron para varias cosas, no siendo la menor de estas mostrar a los circundantes países árabes que nosotros... es decir ellos, Israel disponía de cohetes de fabricación propia y no dependía de los antojos de los suministros extranjeros. Debido a las limitaciones físicas impuestas por los países circundantes, y al tamaño de Israel, había poca elección de trayectorias. Todo cuanto podíamos hacer era o arriba o abajo, y debían por ende elaborarse técnicas de control de la máxima exactitud. Pero un cohete que se alza verticalmente y se sitúa directamente sobre el terreno, es un inválido ingenio de investigación para diversas disciplinas. Una nube de humo rastreante proporciona a los meteorólogos la dirección y velocidad del viento en todas las altitudes, mientras que los registros de instrumentación interna lo coordinan luego con la presión atmosférica y la temperatura. Una vez fuera de la atmósfera, hubo aún más experimentos, pero el que ahora nos concierne es el que reveló inadvertidamente lo que pueden ser sólo llamadas anomalías gravimétricas. -Iba a escribir la palabra en el encerado, pero dejó de hacerlo en el último momento.

Mi interés en esa época estaba puesto en los *quasars,* y en la fuente posible de su energía incomprensible. Hasta la total aniquilación de la materia, como saben ustedes, no puede explicar la generación energética de los *quasars.* Pero esto resultó casi incidental porque, completamente por casualidad, la cápsula del cohete estaba fuera de la atmósfera cuando se produjo un destello solar. Duró casi cincuenta minutos. En el pasado, otras cápsulas habían sido lanzadas tan pronto como había sido detectado un destello de esa naturaleza, pero ello supone un retraso de por lo menos una hora tras la original explosión de energía. Por lo tanto, yo tenía las primeras lecturas para trabajar sobre la estructura completa de un destello solar. Magnetómetro, partículas de rayo cósmico, y algo que parecía totalmente fuera de propósito en la época: datos de ingeniería. Esto atrajo mi atención porque había estado trabajando durante unos años sobre ciertos aspectos de la teoría einsteniana de los *quanta* relacionada con la gravedad. Esta investigación había mostrado ser un callejón sin salida, pero la tenía aún presente. Así, cuando los demás descartaron algunos de los datos, porque creían que la telemetría se interpretaba mal debido a los intensos campos magnéticos, yo investigué con mayor detalle. Los datos eran realmente válidos, pero mostraban que operaba una fuerza del todo inexplicable que al parecer reducía el peso de la cápsula, pero no su masa. Es decir que sus masas gravitacional e inercial eran desiguales temporalmente. Asigné el símbolo *Daleth* a este factor discrepante, y me dediqué a descubrir en qué consistía. Para empezar, pensé al instante en la masa Schwarzchild, o más bien en su aplicación al continuo cuatridimensional del universo de Minkowski.

Las perplejas expresiones de las caras de los oyentes -incluso las de algunos oficiales de alto rango, cuyos ojos estaban casi desorbitados- llamaron finalmente la atención de Arnie, quien cesó en su perorata, llevándose la mano a la boca y tosiendo para ocultar su confusión. Después

de todo, no eran estudiantes de física. Volviendo al encerado, añadió otro subrayado al *Daleth.*

-Para no entrar en demasiados detalles -prosiguió luego, trataré de explicar en lenguaje sencillo esta observación. Aunque deben ustedes comprender que es tan sólo una aproximación a lo ocurrido, hubo algo que no pude explicar, si bien era evidente. Algo así como tomar una docena de huevos de gallina, incubarlos, y sacar un águila de uno de ellos. Esta es la cuestión, esta es!a semejanza, esto es lo visto, pero sin *que* sepamos por qué ni cómo.

Unas risitas aliviadas recorrieron el auditorio de la sala de oficiales, y hasta hubo unas complacidas sonrisas al verse los oyentes comprendiendo algo de lo que se decía. Alentado por ello, Arnie permaneció sobre el terreno corriente.

-Empecé a trabajar con la anomalía, estableciendo primero modelos matemáticos para determinar su naturaleza, y efectuando luego algunos experimentos. En física, como en todo, el saber exactamente lo que se busca, puede servir de gran ayuda. Por ejemplo, resulta más fácil encontrar a un gran criminal en una ciudad si se tiene su descripción. En Cuanto fue detectado helio en el espectro solar, su presencia fue revelada en la Tierra. Había estado todo el tiempo aquí, ignorado hasta que supimos lo que buscar. Lo mismo sucedió con el efecto *Daletlh.* Yo sabía qué buscar, y hallé respuestas a mis preguntas. Especulé sobre que sería posible controlar esta. en fin, no es el término exacto, pero llamémosla «energía». Recordando todo el tiempo que *no* es una energía. Procedí a un experimento con la intención de controlar esa llamada «energía», con resultados más bien espectaculares. El control se manifestó posible. Una vez derivada, la energía Daleth podía ser modulada; para ello se requería poco más que la aplicación de la tecnología corriente. Ustedes vieron esta mañana los resultados Cuando el *Blaeksprutten* se elevó en el aire. Fue una demostración muy limitada. No hay razón alguna que impida que el submarino surque la atmósfera a velocidades de nuestra elección. Se alzó una mano con categórica seguridad, y Arnie asintió en su dirección. Por lo menos, alguien estaba escuchando lo bastante atentamente como para formular algo. Era un oficial de las Fuerzas Aéreas, de aspecto joven para el elevado rango que mostraban las insignias de su uniforme.

-Me dispensará mi intervención, profesor Klein, pero ¿no está usted consiguiendo algo para nada? Según mis conocimientos, es imposible su aserto. Usted niega las leyes newtonianas del movimiento. No hay potencia suficiente en las máquinas de los submarinos, se aplique como se aplique, para alzar su masa y mantenerla suspendida, como no sea por calza y polea. Usted mencionó la relatividad, la cual está sólidamente basada en la conservación del momento, energía de masa, y carga eléctrica. Lo que parece haber sucedido aquí, debe inducir a la duda por lo menos a dos de cada tres.

-Muy cierto -convino Arnie-. Pero no ignoramos esas restricciones; empleamos simplemente un diferente marco de referencia en el cual no tienen aplicación. Como analogía, le ruego considere el acto de girar una válvula. Unas pocas libras-pie abrirán una válvula que permitirá al gas comprimido salir de un tanque y expanderse en un saco y motiva la elevación de un globo. Una comparación aún mejor sería pensar en usted mismo colgando de ese globo por una cuerda, a mucha altura de la Tierra.

Librodot

Tan sólo una onza de presión de una cuchilla afilada cortaría la cuerda y haría que cayese usted, con los consiguientes resultados dramáticos.

-Pero el corte de la cuerda sólo libera la energía kinética almacenada elevándome a esa altura -replicó acaloradamente el oficial-. Es la gravedad de la Tierra lo que me lleva abajo.

-Precisamente. y fue la gravedad liberada de la Tierra lo que permitió volar al Blaeksprutten.

-Imposible o no, sucedió -intervino otro oficial de las Fuerzas Aéreas, de rango más elevado-. Hará usted mejor en creer a sus propios ojos, Preben, o le mantendré en tierra..

El oficial argumentador se sentó, torciendo el gesto ante la risa general que cesó cuando comenzó a hablar el almirante Sender Lange.

-Creo todo cuanto dice sobre la teoría de su ingenio, profesor Klein, y le agradezco el que haya intentado explicárnosla. Mas, espero que no se sentirá ofendido cuando digo que, al menos para. mí, no es ello de la máxima importancia. Hace muchos años dejé de intentar comprender todos los artilugios que se colocaban en mis barcos, limitándome a saber qué hacían, y cómo podían ser utilizados. ¿Podría usted explicarnos las posibilidades, las cosas que podrían ser realizadas mediante la aplicación de su efecto *Daleth*?

-Desde luego. Espero sin embargo que comprenderá que hay anexas una serie de condicionales. «Si» el efecto puede ser aplicado como esperamos, y el siguiente experimento con el *Blaeksprutten* lo determinará, y «si» las exigencias de energía se ajustan a la obtención de los resultados deseados, entonces tendremos lo que podríamos llamar un verdadero impulso espacial.

-¿Qué quiere exactamente decir con eso? -preguntó Sender Lange.

-Considere primero el impulso espacial que ahora empleamos, cohetes de reacción como el de la cápsula soviética a la Luna, en viaje a ella en estos momentos. Los cohetes se mueven mediante la aplicación de la ley de acción y reacción. Miles de libras de combustible deben ser empleados por cada libra que llega a su destino. Este proceso es complicado, y. sólo de uso limitado. Un verdadero impulso espacial, independiente de esa relación carga-masa, sería tan funcionalmente práctico como un automóvil o una lancha motora. Potenciaría a una nave espacial. Los planetas se harían tan accesibles como las demás partes de nuestro mundo. Puesto que no habría que considerar la reacción-masa, un impulso espacial de este género podría funcionar constantemente, efectuando una aceleración a medio vuelo, invirtiendo luego la dirección, y decelerando continuamente hasta su aterrizaje. Ello supondría una diferencia increíble en el tiempo necesario para ir a la Luna o a los planetas.

-¿Cuánta diferencia? -preguntó alguien-. ¿Puede usted darnos cifras específicas?

Arnie vaciló, pensando, pero Ove Rasmussen se levantó para responder.

-Creo que puedo prestarle alguna ayuda. -Alzó su regla de cálculo e hizo rápidamente unos cálculos-. Si tenemos una aceleración y declaración continuas de una G, una gravedad, no habrá sensación de caída libre o de exceso de peso en los pasajeros del vehículo. Será una aceleración de... novecientos ochenta, pongamos mil para simplificar, centímetros por segundo. La Luna está aproximadamente y en promedio a unos cuatrocientos mil kilómetros de distancia. El resultado sería por lo tanto de...

Hubo un silencio completo mientras hacía los cálculos. Luego leyó el resultado, frunció el entrecejo, y repitió el cálculo. La respuesta pareció ser la misma, porque alzó la vista y sonrió.

-Si el efecto *Daleth* produce un verdadero impulso espacial, entonces hay algo nuevo bajo el Sol, caballeros -dijo-. Podremos volar de aquí a la Luna en algo menos de cuatro horas.

Durante el estupefacto silencio que siguió, hizo otros cálculos.

-El viaje a Marte sería algo más largo. Después de todo, el planeta rojo está a ochenta millones de kilómetros. Pero, hasta este viaje se efectuaría en unas treinta y nueve horas. No es muy largo. ¿No les parece?

Todos estaban aturdidos. Pero, al pensar en las posibilidades abiertas por el efecto *Daleth,* comenzó el rumoreo de la conversación, hasta alcanzar un diapasón tal, que Arnie tuvo que golpear el encerado con su tiza para llamarles la atención. Callaron pues los oyentes, y escucharon con redoblado interés.

-Como ven -dijo Arnie-, las posibilidades del efecto *Daleth* son casi incalculables. Deberemos cambiar todas nuestras actitudes sobre el tamaño del sistema sol. Pero, antes de que volemos a la Luna para un fin de semana de exploración, debemos estar seguros de que tenemos una fuente adecuada de potencia motriz. ¿Funcionará el impulso lejos de la superficie de la Tierra? ¿Es precismente controlable... es decir, podremos efectuar las minuciosos ajustes de trayectoria para llegar aun objeto de distancias astronómicas? ¿Disponemos de una fuente de potencia suficiente para proveer a las exigencias de energía requeridas por el viaje? ¿Es fiable continuamente el impulso? El siguiente vuelo del *Blaeksprutten* debería responder ala mayoría de estas preguntas. Intentará elevarse al extremo de la atmósfera terrestre... y como la persona más calificada para manejar el equipo de impulso, conduciré personalmente las pruebas. -Paseó la mirada en derredor, con las mandíbulas contraídas, como en espera de alguna oposición, pero hubo sólo silencio. Aquel era su día-. Gracias -terminó-. Sugiero pues que se comience inmediatamente la prueba.

8

-Estoy comenzando a ver porqué podrían necesitar un piloto de las líneas aéreas a bordo de un submarino -dijo Nils, girando la rueda que cerraba la escotilla. baja de la torreta.

-Lleva el Diario de Navegación, ¿quieres? -dijo Henning, señalándolo sobre la mesita de navegante adosada al mamparo.

-Es lo que estoy haciendo -respondió Nils. consultando su reloj y anotando algo. Si este artefacto funciona bien, serás sólo comandante del submarino aun para conseguir paga de vuelo.

-Llévenos afuera, por favor, comandante Wilhelmsen -dijo Arnie, inclinado sobre sus instrumentos-. Al menos tan lejos como lo hizo la primera vez.

-Ja vel -Henning avanzó una muesca la palanca impulsora, y las bombas vibraron bajo sus pies. Estaba sentado en el puesto del piloto en la parte delantera de la torreta. El casco formaba aquí una protuberancia que formaba el cuarto de derrota con tres portañolas de cristal sumamente grueso. Una rueda de gobierno, muy semejante a la de un aeroplano, determinaba el rumbo. Girando este gobernalle a izquierda y derecha variaba

Librodot

la relativa velocidad de los propulsores gemelos que movían al submarino. Unos planos de cola hacían que subiese o bajase.

-A doscientos metros -anunció Henning, moderando la potencia.

-¿Son mecánicas las bombas de sus propulsores? -preguntó Arnie.

-Sí, funcionan eléctricamente. -¿Puede pararlas completamente y mantener sin embargo un rendimiento constante de su generador? Tenemos reguladores de voltaje, pero ayudaría el que pudiera usted producir una provisión de energía tan constante como fuese posible.

Henning manipuló una serie de conmutadores. -Toda la potencia de la máquina está cortada. Queda todavía un colador de instrumentación, así como el dispositivo de atmósfera. Puedo cerrarlos por tiempo limitado- si quiere.

-No, así está magníficamente. Estoy ahora activando el aparato de impulso, y subiremos a potencia mínima a una altura mínima de aproximadamente cien metros.

Nils hizo una anotación en el Diario y contempló las olas que chocaban en la portañola más próxima a él. -¿No tendrás por casualidad un altímetro abordo de este cacharro, eh, Henning?

-Pues no. -Lástima. Haz que instalen uno y radar en vez de sonar. Me parece que estás saliendo ya de tus profundidades...

Henning pareció apenado y meneó lastimeramente la cabeza lanzando una ojeada a la portañola cuando recorrió al submarino una vibración más sentida que oída.

-Aerotransportados ya -dijo, mirando ahora con aspecto desamparado a sus inútiles instrumentos. Continuó la ascensión y pasaron los instantes.

-Cien metros- anunció Nils, calculando la altura por el buque que abajo estaba.

Arnie hizo un ligero ajuste y se volvió hacia sus compañeros. -Parece que hay más que suficiente potencia en reserva mientras el impulso mantiene la masa del submarino a esta altitud. El equipo funciona bien y no hay peligro alguno de sobrecarga. ¿Están ustedes ya dispuestos, caballeros?

-Nunca lo estaré más.

-Oprima el botón de lo que sea, profesor. El estar colgado aquí parece que no me sienta.

Aumentó el zumbido y sus butacas parecieron apretarles. Nils y Henning miraron fijamente por las portañolas, mudos por la emoción, cuando el pequeño submarino brincó hacia el firmamento. Un tenue silbido vibraba a través del casco al hender el aire, como el suspiro de un aparato acondicionador de aire. Sin aparente esfuerzo, tan silenciosamente como aparecía en una película el ascenso de un cohete, el singular artefacto se lanzaba al cielo. El mar abajo parecía alisarse, y el barco nodriza reducirse a una maqueta, y luego aun juguete en una bañera, antes de que las nubes bajas lo ocultaran.

-Esto es peor que volar a ciegas -dijo Nils, apretándose y soltándose sus manazas-. Sentados sin un simple instrumento aparte de una brújula, no está nada bien.

Arnie era el más sosegado de los tres, demasiado atento a sus aparatos hasta para lanzar una rápida ojeada por alguna de las portañolas.

-En el siguiente vuelo tendremos todos los instrumentos necesarios -dijo. Esta es una prueba. Sólo arriba y abajo, como un ascensor. Entre tanto, el

Daleth muestra que estamos aún verticales en relación con la gravedad de la tierra, y separándonos de ella a la misma velocidad.

Las capas nubosas eran densas, pero no tardó en desgarrarlas la quilla del submarino volador. De pronto cambió el ritmo constante de los motores Diésel, y Arnie exclamó:

-¡La coriente baja! ¿Qué sucede?

Henning dijo desde la pequeña sala de máquinas.

-Algo, el combustible, no sé... están perdiendo potencia.

-La presión atmosférica -dijo Nils-. Hemos alcanzado nuestro techo. El contenido de oxígeno del aire desciende.

La máquina tosió, tartajeó, se ahogó casi, y un estremecimiento recorrió al submarino.

-¿No puede hacer algo? -voceó Arnie, manipulando desesperadamente los controles-. La circulación es excéntrica, y el efecto *Daleth* se ha hecho inoperable. ¿No puede estabilizar la corriente?

-¡Las baterías! -Henning pugnaba por recuperar su posición mientras hablaba casi flotando en el aire, tan rápida era la aceleración de la caída. Se asió al respaldo de su silla, flotó hacia arriba, chocó contra el compartimiento del periscopio, y rebotó. Esta vez, sus dedos se aferraron a la silla, y se instaló en ella, sujetándose el cinturón y tendiendo la mano a los conmutadores-. ¡Corriente total!

La caída continuó. Arnie lanzó una rápida ojeada a los otros dos.

-Estad dispuestos. He cortado completamente el impulso. Cuando lo conmute de nuevo, temo que la reacción no será suave, porque...

El metal rechinó, el equipo crujió, algo se resquebrajó, y hubo nuevos jadeos cuando la súbita deceleración extrajo el aire de los pulmones de los hombres, que fueron dolorosamente zarandeados en sus butacas, rondando el borde del desmayo al secarse la sangre de sus cerebros.

Luego pasó todo, y aspiraron dificultosamente el aire. La cara de Henning era una máscara blanca estriada de rojo al sangrar de un corte que se había hecho en la cabeza al chocar contra el periscopio. Al exterior sólo había nubes. La máquina funcionaba suavemente y parecían peces en la arena respirando afanosos el aire de los ventiladores.

-No... nos haga hacer *eso* de nuevo -dijo Nils.

-Mantenemos altitud sin ningún movimiento lateral -dijo Arnie con voz sosegada a pesar de lo sofocado de su respiración-. ¿Quieren ustedes regresar... o completar la prueba?

-Mientras no suceda eso de nuevo, yo opto por continuar -respondió Nils.

-De acuerdo. Pero sugiero que operemos con las baterías.

-¿Cómo está la carga?

-Excelente. Poco menos del cinco por ciento del total.

-Subamos pues. Díganme cuando descienda la carga a menos de setenta y cinco por ciento, y entonces volveremos. Ello nos debe procurar un aceptable margen de seguridad. Más el hecho de que podamos volver a hacer funcionar la máquina cuando estemos bastante abajo.

Era cosa divertida. Las nubes fueron quedando debajo. Henning paró la máquina y cerró la toma de aire. Fueron elevándose.

-Cinco mil metros al menos -anunció Nils, escudriñando con ojos de piloto la cobertura de nubes abajo. La mayor parte de la atmósfera se encuentra ya bajo nosotros.

Librodot

-Entonces puedo aumentar la aceleración. Tome nota de la hora, por favor.

-Todo está en el Diario. Algo con una escritura bastante enrevesada, por cierto.

Era visible la curvatura de la Tierra, formando la atmósfera sobre ella una franja azul que se iba diluyendo en la negrura del espacio. Podían verse las estrellas más brillantes; el Sol ardía como el tocino y, penetrando su luz en las portañolas, destellaba cegadoramente en el metal. Cesó la presión hacia arriba.

-Ya está -dijo Arnie-. El equipo funciona bien, y mantenemos nuestra posición. ¿Puede alguien estimar nuestra altitud?

-La batería de reserva está a setenta y cinco por ciento y bajando lentamente.

-Sí, hay toma para la suspensión, apenas menos que para la aceleración.

-¡Entonces lo hemos conseguido! -exclamó Nils, añadiendo en voz más alta al darse buena cuenta de la importancia de la cuestión-. ¡Lo hemos logrado! Podemos ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Lo hemos conseguido realmente...

-La batería de reserva señala el setenta por ciento.

-Descenderemos entonces.

-¿Un poco más despacio que la última vez?

-Pueden estar seguros de ello.

Con más suavidad que la caída de una hoja descendió el submarino. Atravesaron una plateada capa de elevados cirrus.

-¿No iremos aparar muy al oeste? -preguntó Nils-. La Tierra se habrá desplazado en su rotación, y no podremos posarnos en el mismo punto.

-Ya he compensado ese movimiento. Deberíamos posarnos a no más de una o dos millas de la posición inicial.

-Entonces estableceré contacto por radio -dijo Henning conectándola-. No tardaremos en tenerlo y les diremos que...

Una voz provino claramente del fondo estático, hablando en la rápida jerga danesa de Copenhague, que sólo un nativo de esa ciudad podría comprender.

-Bucea, hija, bucea, y no subas a buscar aire. Nada profundamente, hermanita, nada profundamente.

-¿De qué diablos está hablando? -preguntó Arnie, levantando sorprendido la vista.

-¡Eso! respondió Nils, mirando por la portañola y girando rápidamente la cabeza para seguir las plateadas alas que destellaban abajo-. Un MIG ruso. Nosotros estamos cubiertos por las nubes y no creo que nos hayan visto. ¿Podemos descender más rápidamente?

-¡Agárrense bien!

Una manipulación de Arnie les puso los estómagos en la garganta.

-Díganme cuando estemos a unos doscientos metros del agua -dijo él, sosegadamente-. Así podré retardar el descenso antes de chocar con ella, Nils asió con fuerza los brazos de su butaca para evitar el flotArniento a pesar de su cinturón. La plomiza superficie del Báltico estaba acercándose cada vez más, siendo visibles las olas con sus blancas crestas, y el *Vitus Bering* al largo.

-Más cerca... más cerca... AHORA.

Fueron zarandeados, y rodó por el suelo material suelto, debido al sesgo del submarino volador. Luego, una fuerza más poderosa sacudió todo su casco al sumirse bajo la superficie.

-Haga el favor de tomar el mando, comandante Wilhelsen -dijo Arnie, con voz un tanto quebrada por primera vez-. Yo estoy cerrando el *Daletb.*

Las bombas cobraron vida y Henning acarició casi el panel de gobierno. Resultaba duro volar como pasajero en el propio submarino. Silbó entre dientes al hacer una maniobra e ir a situarse a profundidad de periscopio.

Haz el favor de echar un vistazo por el periscopio, Hansen. Su manejo es bastante fácil, igual como en las películas.

-¡Arriba, periscopio! -cantó Nils, asiendo sus manecillas y echando hacia atrás su gorro de visera, pegando luego la frente al reborde de caucho del visor-. Todo está muy borroso...

-Gira la ruedecilla para enfocar bien el lente.

-Bien... así está mejor. El barco no se encuentra muy lejos. -Giró en círculo el periscopio. No hay otros buques a la vista. Este chisme no tiene un campo bastante grande, por lo que no puedo informar sobre el firmamento.

-Tenemos que probarlo. Subiré un poco para obtener una mayor vista aérea.

Carraspeó la radio, y luego se oyó una voz que se perdió y volvió de nuevo.

-Hola, Blaeksprutten, ¿Puede oírme? Cambio.

-Aquí el Blaeksprutten. ¿Qué sucede? Cambio.

-Creemos que aparoció en las pantallas de radar ru sas. Desde que subió, los MIG han volado la zona, No hay ninguno a la vista ahora. Creemos que no le vieron regresar. Siga en contacto por favor e informe sobre la prueba. Cambio.

Arnie tomó el micrófono.

-El equipo funcionó perfectamente. Sin problemas. Altura estimada de ciento cincuenta kilómetros alcanzada con alimento de batería. Cierro.

Dio un golpecito al conmutador, y del altavoz brotó el sonido de un distante vitoreo.

9

La mesa estaba atiborrada de revistas y folletos que no interesaban a Horst Schmidt: *Novi Mir, Rusia hoy, Pravda, Doce años de intervención y agresión del imperialista USA en Laos.* Se inclinó hacia atrás en la butaca, apoyado el codo sobre los periódicos, y aspiró profundamente su pitillo. Una paloma revoloteó y se posó en la repisa exterior de la ventana, mirándole con un ojo rosa a través del acuoso cristal. Depositó la ceniza del cigarrillo en el cenicero y, al súbito movimiento en la habitación, la paloma alzó el vuelo. Schmidt se volvió al abrirse la puerta y entrar Lidia Efimovna Shirochenka. Era una muchacha esbelta y rubia, que podía pasar por escandinava, a no ser por sus pómulos eslavos. Su vestido sastre estaba bien cortado ya la moda, comprado indudablemente en Dinamarca. Schmidt vio que estaba leyendo su informe con el entrecejo fruncido.

-Hay bastante poco de valor aquí -dijo ella con cierta sequedad- considerando el dinero que le pagamos. -Se sentó ante el escritorio que tenía una plaquita inscrita con el título *Tercer Secretario de la Legación.* Habló en alemán, empleando esta oportunidad, como buen miembro del Partido para aprovechar la ocasión de mejorar la práctica lingüística con un nativo.

-Hay una gran cantidad de información -respondi6 Schmidt-. El espionaje, aun con una información negativa, sigue siendo espionaje. Sabemos ya que los americanos están a oscuras tanto como nosotros sobre el incidente del muelle. Sabemos que sus aliados daneses del-sol-que-más-calienta, no están poniendo al corriente a sus camaradas de la NATO de todos sus secretos internos. Parecen estar implicadas todas las fuerzas armadas, y si quiere repasar cuidadosamente el último parágrafo, camarada Shirochenka, verá que he identificado a uno de los civiles que estuvo a bordo del *Isbjorn* durante el mismo día en que ocurrió todo ese jaleo. Es el profesor Rasmussen, Premio Nobel de Física, a quien juzgo del mayor interes. ¿Cuál es la relación entre este asunto y un físico?

Lidia Shirochenka pareció poco impresionada por este descubrimiento: Sacó una fotografía de un cajón y se la tendió a Schmidt.

-¡Es éste el hombre del que me habla?

El tenía demasiados años de experiencia en conservar su expresión impasible, como para revelar cualquier reacción, pero quedó muy sorprendido, Era una fotografía muy granulosa, tomada evidentemente con objetivo telescópico y con escasa luz, aunque lo suficientemente buena como para reconocerse al instante la imagen que presentaba a Ove Rasmussen, portador de un maletín, descendiendo la pasarela de un barco.

-si, es el mismo hombre, ¿Dónde consiguió esto?

-Eso no es asunto suyo, Comprenderá que no es el único hombre que emplea este departamento. Su físico parece estar relacionado de algún modo con cohetes o misiles, Descubra todo lo que pueda sobre ello. A quien ve, qué está haciendo, y no pase a los americanos esta pequeña información. Sería de lo más indiscreto.

-¡Me insulta! ¡Usted sabe a quien soy leal!

-Sí. A usted mismo, Es imposible insultar a un agente doble. Estoy sólo intentando poner en claro que sería un error; garrafal por su parte traicionarnos del mismo modo que lo ha hecho a sus patronos de la CIA. Para usted no existe la lealtad, sino únicamente el dinero.

-Por el contrario, soy de lo más leal, -Aplastó la colilla de su pitillo en el cenicero, sacó su paquete y ofreció uno a Lidia Shirochenka, quien alzó ligeramente sus ojos a la etiqueta de aquél. Los cigarrillos americanos eran muy caros en Copenhague-, Los obtengo en su economato a una quinta parte de su precio explicó Schmidt. Esperó a que ella lo encendiera y continuó-: Soy de lo más leal a su organización, porque es la más eficiente. Hablando como profesional, puedo asegurarle que es muy difícil obtener información fidedigna de espionaje sobre la URSS. Ustedes tienen procedimientos rigurosos de seguridad. Por lo tanto, me satisfacen las noticias, que supongo son falsas, que me proporcionan para los americanos. Ellos no descubrirán nunca esto, porque la CIA es espantosamente ineficaz y tiene el record de no haber proporcionado nunca una información de espionaje correcta a su propio gobierno. Pero pagan realmente muy bien por lo que reciben de mí, y me reservan además otros sustanciosos beneficios. -Alzó su pitillo y sonrió-. y no es el menor el dinero que ustedes me dan por revelar sus pequeños secretos. Todo muy provechoso. Además, me gusta la organización de ustedes. Aun desde Beria...

-Las cosas han cambiado mucho desde Beria -atajó ella, secamente-. Un antiguo componente de las SS como usted, un comandante de Auschwitz tiene poco que apelar a argumentos morales. -Al no responder él, Lidia se

volvió para mirar por la ventana al largo edificio blanco apenas visible a través de la llovizna, apuntándolo luego, y añadiendo: Ahí estás ellos, Schmidt, justamente al otro lado. del cementerio. ¿No ha pensado usted nunca que hay algo simbólico en eso?

-Nunca -respondió él, indiferentemente-. Usted tiene mucha más penetración en esas cosas que yo, *tovarich* Shirochenka.

-No lo olvide nunca. Usted es un empleado al que vigilamos muy estrechamente. Intente acercarse más a ese profesor Rasmussen...

Se detuvo al abrirse la puerta para dar paso a un apresurado joven en mangas de camisa, quien le tendió un papel de teletipo. Lo recorrió ella rápidamente con la vista, y abrió de par en par los ojos, murmurando sobresaltada:

-¡*Boshemoi!* No puede ser verdad...

El joven asintió con mudo movimiento de la cabeza, y con la misma expresión de incredulidad en su cara.

-¿Cuántas horas ya? -preguntó Arnie. Ove miró el diagrama que estaba sobre la mesa del laboratorio.

-Más de doscientas cincuenta en operación continua. Parece que hemos solventado la mayoría de las trabas.

-Así lo espero, y a ti te corresponde el logro. -Arnie admiró el reluciente aparato cilíndrico que ocupa casi todo el amplio banco de trabajo. Estaba festoneado con alambres y plomos electrónicos y flanqueado por un gran panel de control. No había más sonido de la operación que un bajo y distante zumbido-. La brecha está completamente abierta.

-Los ingleses ejecutaron la mayor parte de la tarea básica en los pasados sesenta. A mí me interesó porque se relacionaba con algo de mi propio trabajo. Yo había podido elaborar plasmas de dos mil grados, pero sólo por espacios limitados de tiempo, unos cuantos miles de microsegundos. Entonces, los de Newcastle-on-Tyn comenzaron a emplear un plasma de helio-cesio a mil cuatrocientos sesenta grados centígrados, con un campo eléctrico interno. Aumentaron la conductividad del plasma cien veces. Apliqué su técnica para construir el «Pequeño Hans». No he podido aún prácticamente acrecentar el efecto, pero creo que veo un medio de hacerlo. En todo caso, el «Pequeño Hans» funciona magníficamente y produce unos cuantos miles de voltios de manera constante, por lo que no puedo quejarme.

-Has hecho maravillas. -Arnie dio las gracias a una de las ayudantas del laboratorio que le tendió una taza de café. Lo removió lentamente, pensando en voz alta-. El incremento en la escala de esto podría ser la fuente de potencia energética que necesitamos para una nave espacial. Un generador atómico presurizado, del tipo que se emplea ya en submarinos y en embarcaciones de superficie, subvendría a nuestras necesidades. No se necesita ningún combustible ni oxidante. Pero tiene una desventaja inherente.

-La refrigeración -dijo Ove, soplando el contenido de su taza.

-Exactamente. Se puede efectuar con agua del mar en un barco, pero es difícil realizarla en el espacio. Supongo que podría ser construido un dispositivo externo de radiación.

-¡Sería mayor que la misma nave!

-Sí, claro. Lo que nos vuelve a tu generador de fusión. Lleno de energía, y sin demasiado calor desperdiciado que lo agote. ¿Me dejas ayudarme con esto?

-Encantado. Se que entre nosotros... -Se detuvo, distraído por un rumor de conversación proveniente del extremo del laboratorio-. ¿Ocurre algo ahí?

-Lo siento mucho profesor, se trata de las noticias. -La ayudante levantó un ejemplar de la primera edición del diario BT.

-¡Qué ha sucedido?

-Se trata del vuelo orbital de la luna por los rusos. Ha resultado ser más que eso, más que sólo un vuelo en torno a la Luna. Es una cápsula de alunizaje y se ha posado en medio del Mar de la Tranquilidad.

-Los americanos no saltarán de alegría al saberlo -manifestó Ove-. Hasta ahora han considerado a la Luna como un trozo de suelo americano.

-Eso es lo malo. -La ayudante les tendió el periódico, con ojos abiertos de par en par-. Han alunizado, pero algo no va bien en su módulo. No pueden volver a despegar. Había poco más que la noticia, aparte de la fotografía de los tres sonrientes cosmonautas, que había sido tomada poco antes del lanzArniento, Nartov, Shavkun, y Zlotnikova. Un coronel, un comandante y un capitán, en estrictamente organizada cadena de mando. Todo, había sido dispuesto al detalle. La televisión, los reporteros, el lanzArniento, la primera fase y la segunda, las emisiones radiadas y las gracias al camarada Lenin por hacer posible el viaje, la aproximación y el alunizaje. Estaban ya en la. superficie de la Luna, y con vida. Pero algo había fallado. De los informes no se deducía nada en concreto, pero el resultado era bastante evidente. Los hombres estaban allí. Pero para siempre. Vivirían hasta que durase su limitada reserva de oxígeno.

-¡Qué espantosa manera de morir, tan lejos de casa dijo la ayudante de laboratorio, hablando por todos ellos.

Arnie pensó, pensó lentamente y consideró lo que había sucedido. Su mirada se dirigió al generador de fusión, y vio que Ove hacía lo propio, como si ambos hubiesen topado con la misma idea.

-Ea -dijo Ove, consultando su reloj-. Vámonos a casa. No hay nada más que hacer por hoy, y si nos marchamos ahora no encontraremos tanto tráfico.

Ninguno de ellos habló cuando Ove condujo el coche por en medio del río de bicicletas y enfiló hacia su domicilio. Pusieron la radio y escucharon las noticias procedentes en su mayoría de Charlottenlund.

-Venías temprano -dijo Ulla cuando entraron en casa. Era la mujer de Ove, una pelirroja todavía atractiva a pesar de andar ya mediada la cuarentena. Tenía una ligera predisposición a colmar de atenciones a Arnie; pensando que estaba demasiado delgado, y se aprovechó al instante de aquella inesperada oportunidad-. Estoy haciendo precisamente té y os traeré un poco. Con unos emparedados como tentempié hasta la cena. -Salió a cumplir con lo dicho, sin hacer caso de las protestas.

Los dos hombres se instalaron en la sala de estar y encendieron la televisión. El canal danés no funcionaba aún, pero Suecia estaba emitiendo un programa especial sobre los astronautas y que escucharon atentamente. Se daban detalles proporcionados de bastante mala gana por Moscú, y podía ser ya hilvanada toda la tragedia.

El alunizaje había sido perfecto, en la zona exacta elegida. Pero, al parar los motores, una. de las patas del trípode había. cedido. No se daban detalles de si se había roto o caído a un cráter, pero el resultado estaba bastante claro. El módulo lunar había escorado y soltándose uno de los motores, perdiendo gran cantidad de combustible. Por lo tanto, no podría despegar. Los astronautas habían de permanecer allí.

-Me pregunto si los soviéticos tendrán un cohete de reserva para enviarlo en su auxilio -dijo Arnie.

-Lo dudo. Lo habrían mencionado si hubiese alguna probabilidad. Ya noté esos profundos tonos eslavos de tragedia en la interviú. Si hubiese alguna esperanza, lo habrían indicado. Todo está ya escrito, y se están haciendo ya bustos de los astronautas para el Panteón de la Fama.

-¿Y qué hay de los americanos?

-Si pudiesen hacer algo, cogerían la oportunidad por los pelos, pero están callados. Aunque tuviesen una nave dispuesta a ir, de la cual no disponen probablemente, no tienen un pasillo. Esta es la época del mes totalmente contraria a un viaje lunar. Para cuando se presente ese pasillo, los tres cosmonautas habrán muerto.

-Entonces... ¿no puede hacerse nada?

-Aquí tenéis el té -dijo Ulla, portadora de una recargada bandeja.

-Sabes de algo mejor -respondió Ove-. Has estado pensando lo mismo que yo. ¿Por qué no instalamos el generador de fusión en el *Blaeksprutten...* y subimos a la Luna a rescatarlos?

-Tiene todos los visos de una idea demencial si la anuncias.

-Es un mundo demencial éste en el que vivimos. ¿Por qué no lo probamos... y vemos si podemos convencer al ministro?

-¿Por qué no? -Arnie alzó su taza-. ¡A la Luna pues!

-¡A la Luna!

Ulla miró a uno y otro con ojos atónicos, como si pensara que estaban efectivamente locos.

10 - *La Luna*.

-Cierro la emisión hasta que pasen las mil seiscientas horas para el próximo contacto -dijo el coronel Nartov arrojando el conmutador sobre la radio. Llevaba gafas de sol y pantalones cortos de su traje de nylón de navegante, y nada más. Sus negras patillas habían crecido tanto que las retorcía en vez de rascarlas. Picaban también, y no por primera vez deseó tener agua suficiente para darlas un buen fregoteo. Hacía un calor de horno y pegajoso en la pequeña cabina que rezumaba humedad como la cueva de un oso.

Shavkun estaba dormido, roncando pesadamente con la boca abierta. El capitán Zlotnikova manipulaba los botones del receptor -disponía de energía más que suficiente, de sus paneles solares- buscando un programa especial que les era destinado noche y día. Era estático, una fanfarria de trompetería primero, y luego balalaicas tocando antiguas melodías populares. Zlotnikova se inclinó hacia atrás, tarareando un quedo acompañArniento. Nortov alzó la vista al jaspeado globo azul y blanco en el negro firmamento, y sintió un gran deseo de fumar. Shavkun gimió en su sueño y su boca emitió unos ruidos como chasquidos.

Librodot

-¿Ajedrez? -preguntó Nartov, y Zlotnikova dejó a un lado el muy usado ejemplar en papel Biblia de las *Obras completas de Lenin* que había estado hojeando. Era el único libro a bordo -habían proyectado leer párrafos de él cuando plantaran la bandera soviética en el suelo lunar- y, si bien inspirador en otras circunstancias, tenía poca relación con su situación presente. El ajedrez era mejor. El pequeño tablero de ajedrez, de bolsillo, era la pieza más importante del equipo a bordo del Vostok IV.

-Te llevo cuatro partidas ganadas -dijo Nartov-. Estás en blanco. Zlotnikova asintió y movió un peón prudentemente, sin arriesgarse, pues el coronel era un jugador fuerte. El Sol cuyos rayos bañaban el exterior del Mar de la Tranquilidad, pendía inmóvil en el negro cielo, aunque iba pegándose cada vez más al horizonte. Hasta con las gafas de sol había que mirarlo de soslayo para evitar su fulgor, al intentar observar algún movimiento, algún cambio en aquel océano de rocas y cenicienta arena, nacarado, verde- gris y sin vida.

-Tú mueves. -Volvió a mirar al tablero y movió un caballo.

-Un vacío, sin aire... ¿de dónde puede provenir este calor? -dijo Zlotnikova.

-Del mucho tiempo que aquí estamos, ya te lo dije antes. Por muy acabada que esté la nave, le penetra aún alguna radiación. No tiene un cien por cien de aislArniento. Así que nos asamos. Se calculó en menos de un día nuestra estancia aquí, por lo que ello no fue considerado importante.

-Y ya llevamos once. Cuidado con tu reina. El coronel se secó el sudor de su frente con el dorso de la mano, miró de nuevo al invariable paisaje lunar y luego al tablero. Shavkun gruñó y abrió los ojos.

-Hace demasiado calor para poder dormir -murmuró.

-Pues parece no haberte molestado mucho durante un par de horas -dijo Zlotnikova, moviendo su reina ante el rápido y amenazador ataque sobre el rey.

-Contén tu lengua, capitán -replicó Shavkun, irritable tras el sudoroso sueño.

-Soy un héroe del Pueblo Soviético -respondió Zlotnikova, sin impresionarse por las palabras de su superior-. El rango significa muy poco ya.

Shavkun miró con disgusto a las dos cabezas inclinadas sobre el tablero. El era realmente un jugador de segunda categoría, y sus compañeros le derrotaban tan fácilmente, que había decidido dejarles competir solos. Lo cual le daba demasiado tiempo para pensar.

-¿Cuánto falta para que se agote el oxígeno? -preguntó.

Nartov se encogió de hombros, indiferente y fatalista, sin preocuparse de alzar la mirada del tablero. -Dos días, quizá tres. Lo sabremos cuando tengamos que abrir la última botella.

-¿Y entonces, qué? -y entonces, ya lo decidiremos -respondió Nartov con ligero acento irritado. El juego le apartaba de la mente lo inevitable durante el tiempo que tenía fija su atención en él; no le gustaba que volvieran a recordárselo. Ya hemos hablado de ello. La muerte por asfixia puede ser penosa. Hay una serie de medios más sencillos. Ya lo discutiremos entonces.

Shavkun se desliz6 de la litera y se inclin6 contra el visor que estaba inclinado en ligero ángulo. Habían conseguido nivelar la nave excavando bajo las otras dos patas, pero nada podía reemplazar el combustible perdido, y allá estaba la Tierra, que parecía tan cercana. Tiró la cámara de su

abrazadera y miró bizqueando a través del pentaprisma, empleando el lente telescópico más potente. -La tormenta ha pasado. Todo el Báltico está despejado. Creo que hasta puedo ver Leningrado. Está claro, realmente claro allí, con el Sol brillando.

-¡Cállate! -le espetó en seca conminación el coronel Nartov y así lo hizo.

11

Las grises aguas del Báltico silbaban a lo largo de los costados del buque de la Armada *Vitus Bering,* rompiendo en crestas de espuma que eran barridas a popa. Una gaviota revoloteaba lentamente en torno, alerta a cualquier desperdicio que pudiera ser arrojado por la borda. Arnie estaba en la barandilla, respirando el cortante aire mañanero, después de la noche pasada en el mohoso camarote. El cielo, teñido todavía de rojo al este, en cuyo borde asomaba el Sol sobre el horizonte, estaba casi sin nubes, formando un cuenco de pálido azul apoyado sobre el plano alzado del mar. Se abrió una puerta y Nils salió a cubierta, bostezando y desperezándose. Tendió en torno una mirada profesional bajo la visera del gorro de las Fuerzas Aéreas que había suplantado al de la SAS, y dijo:

-Parece que hay buen tiempo para volar, Klein.

-Arnie, hágame el favor, capitán Hansen. Como compañero a bordo de este importante vuelo, creo que debería haber menos formulismo.

-Tiene razón, desde luego y por Dios, ello es importante, estoy comenzando a darme cuenta. Lo proyectado es una cosa, pero el pensArniento de que vamos a ir a la Luna después del desayuno, y estaremos allí antes de comer, es cosa difícil de aceptar. -La mención de comida le recordó el espacio vacante en su corpachón-. Vamos a tomar ese desayuno antes de que desaparezca.

No había desaparecido en verdad. Por el contrario, había más que suficiente. Primero, cereal caliente y frío. Nils tomó algo de ambos mojándolo con leche, a la manera escandinava, siguieron luego huevos cocidos, cuatro clases de pan, queso, jamón y salami. Para quienes tenían aún más apetito, había tres clases de arenques: Arnie, más acostumbrado al ligero desayuno israelí, tomó pan moreno con mantequilla y una taza de café. Miraba con fascinado interés al corpulento piloto servirse de todo y repetirlo. Entró Ove, quien se unió a ellos, sirviéndose café.

-Nosotros tres formamos la tripulación -dijo-. Todo está listo. Me pasé media noche con el almirante Sander Lange, y finalmente vio el objeto.

-¿y cuál es el objeto? -preguntó Nils, dando un bocado aun buen trozo de arenque y pan-. Yo soy piloto y por lo tanto necesario, pero ¿hay alguna razón para que haya a bordo dos conspicuos físicos?.

-Ningún motivo real -respondió Ove, presto ala respuesta tras una noche de debatirla-. Pero abordo hay dos aparatos completamente separados, el *Daleth* impulsor y el generador de fusión, y cada uno de ellos requiere una constante atención especial, y sucede que nosotros dos somos los únicos que podemos efectuar esa tarea, una especie de hábiles y bien pagados mecánicos, y esto es importante. La parte del físico es secundaria en este punto. Si el *Blaeksprutten* ha de volar, nosotros somos los únicos que podemos hacer que lo haga. Hemos llegado ya tan lejos que no podemos volvernos atrás. El riesgo que corremos es realmente desdeñable... comparado con, la muerte segura a la que se enfrentan esos cosmonautas en

Librodot

la Luna. y es también ya una cuestión de honor. Sabemos que podemos hacerlo. Hemos de intentarlo.

-El honor danés -dijo gravemente Nils, dibujando luego una amplia sonrisa burlona-. ¡Esto es realmente echar patas arriba a los rusos! ¿Cuántos habitantes tiene su país? Doscientos setenta o doscientos setenta y cinco millones. ¿y cuántos hay en total en Dinamarca?

-Menos de cinco millones. -Eso es... bastantes menos que Moscú solo. Así tienen todos sus desfiles y sus cohetes, y sus arengadores, y sus discursos, y sus políticos, y cuando algo se desinfla se desparrama el jugo, y nosotros vamos a recoger los restos!

Los oficiales del buque sentados en la mesa contigua habían permanecido silenciosos a medida que elevaba la voz Nils. Ahora estallaron en unánime aplauso y risas. Aquel vuelo agudizaba el sentido del humor danés. Y, al igual que todos los países bálticos, estaban percatados de que la Unión Soviética estaba justamente al borde de aquel pequeño y somero mar. El intento de aquel rescate sería recordado durante mucho tiempo. Ove consultó su reloj, y se puso en pie.

-Faltan menos de dos horas para la comprobación de nuestro despegue. Veamos si podemos hacerlo.

Acabaron de desayunar y fueron a cubierta. El submarino había sido botado ya y había. técnicos a su bordo para efectuar los últimos ajustes.

-Con todos estos cambios, ese cubo necesita realmente un nuevo nombre -dijo Nils-. Quizá *Der Flyende Blaeksprutten...* El Calamar Volante. Le pega muy bien.

Henning Wilhemsen subió para unirse a ellos; su rostro tenía una expresión tosca. Había acabado de inspeccionar todos los cambios de equipo e instalaciones en el submarino.

-Ya no sé lo que es... supongo que una nave espacial. Pero no más un submarino. No tiene ni la planta de energía, ni los dispositivos de propulsión. Tuve que sacar toda la máquina para proporcionar espacio a esa gran lata alargada con toda su tubería. Y hasta taladré agujeros en la cámara de presión. -Este último crimen era el fin para cualquier submarinista. Nils le dio unas palmadas en la espalda.

-Alégrate... ya has hecho tu cometido. Lo has cambiado de humilde larva a mariposa de los cielos.

-Muy poético -replicó Henning, sin abandonarle la expresión de su cara-. Ahora es más bien una polilla lunar que una mariposa. Cuidadla bien.

-Puedes estar seguro de ello -dijo sinceramente Nils-. Es mi propia piel la que está en juego, y *El Calamar Volante* el único medio de transporte. ¿Acabados todos los cambios?

-Todo terminado. Ya tienes un altímetro de presión de aire, así como otro de radio. Tanques de oxígeno de reserva, dispositivo depurador de aire, un ventilador exterior más grande, en fin todo y más de lo pedido. Hasta comida, y una botella de *snaps* de parte del almirante. Ya podéis marcharos. -Tendió la mano estrechando la del piloto. Buena suerte.

-Hasta esta noche. Hubo nuevos y diversos apretones de mano, instrucciones de última hora, y un vítor unánime cuando pasaron todos a bordo y cerraron la escotilla de la torreta, en la cual había sido pintada una bandera danesa que brillaba al temprano sol mañanero.

-Cerrada herméticamente -dijo Nils, dando un giro extra a la rueda que fijaba la escotilla de acceso al interior.

Librodot

-¿Qué hay de la escotilla superior de la torreta?

-Cerrada también, pero no herméticamente, como dijo usted. Así habrá ventilación antes de que lleguemos allá.

-Magnífico. De ese modo queda establecida una buena regulación de paso, y ahora, creo que todos estamos seguros de lo que hay que hacer y cómo ha de hacerse.

-Yo sí gruñó Nils-. Pero echo de menos mis listas de cotejo.

-Los hermanos Wrigth no tenían listas de cotejo. Lo dejaremos para quienes nos sigan. Arnie, ¿qué te parece si le damos un último repaso a esto?

-Sí, desde luego. Tenemos que proceder a un cómputo dentro de unos veinte minutos, y no veo ninguna razón para que no lo hagamos. -Se inclinó hacia delante para mirar por una portañola-. El barco se está apartando para hacernos más sitio. Apuntó a los controles frente a Nils, de los cuales estaban recientemente montados en la parte superior del panel.

-Nils, usted es el piloto. Le he provisto de controles de forma que puede cambiar de rumbo. Los hemos examinado, de manera que ya sabe cómo funcionan. Ahora bien, tendremos que actuar juntos en los despegues y aterrizajes, porque han de ser efectuados por el dispositivo *Daleth* que yo manipulo. Ove se ocupará de las máquinas y procurará que tengamos una continua provisión de corriente. Tenemos también las baterías cargadas, pero las reservaremos para emergencias. Las cuales, espero sinceramente que no se presenten. Haré un despegue vertical que nos sitúe fuera de la atmósfera terrestre. Nils marcará el rumbo y nos mantendrá en él. Yo controlaré la aceleración. Si el computador universal que enlaza con el radar funciona bien, nos comunicarán cuándo invertir el impulso. Si no nos lo dicen, lo haremos por cronometraje y nos las apañaremos lo mejor que podamos.

-Esta es la parte que no comprendo -dijo Nils, echándose hacia atrás su gorra de visera y apuntando al periscopio. Este es un sencillo periscopio submarino modificado de forma que mira arriba en vez de enfrente. Tiene un hilo cruzado. He de fijar una estrella en él y mantenerla allí, ¿y quieren hacerme creer que eso es todo lo que disponemos para la navegación? ¿No deberíamos tener un navegante?

-Un, digamos, astrogante para ser más precisos, aunque suene extraño el vocablo.

-Bueno, un astrogante. Alguien que pudiera marcarnos el rumbo.

-¿Alguien en quien pudiera usted confiar un poco más que en el periscopio, quiere decir? -preguntó riendo, Ove, y abriendo la portezuela de la salita de máquinas.

-Exactamente. Estoy pensando en todas las correcciones de rumbo, cálculos y cómputos, y en todo lo que americanos y rusos han hecho antes de llegar a la Luna. ¿Podemos nosotros hacerlo realmente con esto?

-Piense en que ya hemos efectuado las debidas estimaciones y cálculos antes, pero que tenemos medios mucho más sencillos de aplicarlos debido a la mucho más breve duración de nuestro vuelo. Si el tiempo nos lo permite, durará casi exactamente cuatro horas. Conociendo esto, fueron elegidas como punto de mira algunas destacadas estrellas, y establecidos los cómputos a su respecto. Si partimos en el momento exacto y tenemos todo el tiempo a la vista la estrella de referencia, apuntaremos al lugar de la órbita

Librodot

lunar, sea donde esté, al cabo de cuatro horas, y nos moveremos al lugar de reunión para el descenso tras haber localizado a la cápsula soviética.

-¿y va a ser fácil eso? -preguntó Nils, con aire de duda.

-No veo porqué no -respondió Ove, asomando la cabeza del pequeño cuarto de máquinas y limpiándose las manos con una estopa-. El generador funciona a la potencia indicada. -Apuntó a la gran fotografía de la Luna pegada al mamparo frontero-. Santo Dios, conocemos el aspecto de la Luna, todos la hemos observado por telescopio, y podemos encontrar el Mar de la Tranquilidad. Vamos allá, al lugar exacto, y si no damos de buenas a primeras con los soviéticos, emplearemos el señalador de dirección para rastrearlos y encontrarlos.

-¿y en qué lugar del Mar de la Tranquilidad miraremos? ¿Nos atendremos a eso? -Nils señaló a la fotografía de la Luna que había sido recortada del periódico *Pravda.* Había en ella una estrella roja marcada al norte del *mare* donde sus astronautas habían alunizado-. *Pravda* dice que es ahí donde están. ¿Hemos de navegar fiando en una foto de periódico?

-Así hemos de hacerlo, amenos de que no se le ocurra a usted algo mejor -respondió tranquilamente Arnie-. y no olvide que nuestro indicador de dirección es un modelo corriente de embarcación pequeña, comprado en el establecimiento de Suministros Navales A. P. Moller, de Copenhague. ¿Le preocupa eso también? ¡Tras un último fruncimiento del entrecejo, Nils estalló en una carcajada. -¡Todo esto es tan extravagante que no tenía por menos que suceder! -Se sujetó el cinturón de seguridad y gritó-: ¡*El Calamar Volante al rescate!*

-Todo es mucho más seguro de lo que pudiera parecer -explicó Ove-. Debe recordar que tenemos para empezar este submarino experimental. Es una probada nave para otra clase de espacio. Pero funciona igualmente bien, en un vacío que bajo el agua. y su impulso *Daleth* opera como conviene y con toda seguridad... y nos llevará ala Luna en pocas horas. La combinación de radar y computador de Tierra nos marcará la trayectoria correcta a seguir. Ha sido hecho todo lo posible para que este viaje resulte seguro. Habrá otros posteriores, pero tenemos cuanto necesitamos ya para llegar sanos y salvos a la Luna y volver igualmente. Así que no se inquiete.

-¿Quién se inquieta? -replicó Nils-. A esta hora del día siempre sudé y empalidecí. ¿Es ya el momento de partir?

-Faltan pocos minutos -dijo Arnie, mirando el reloj electrónico ante él-. Voy a despegar y tomar un poco de altura.

Sus dedos recorrieron los controles. Las olas se apartaron. Se vieron pequeñas figuras a bordo del *Vitus Bering,* agitando entusiásticamente las manos, desapareciendo luego de la vista cuando *El Calamar Volante* se elevó con creciente velocidad.

La mayor singularidad del viaje era su impar tranquilidad. Una vez fuera de la atm6sfera terrestre aceleraron a la constante de una «G». A una gravedad de aceleración no se siente diferencia alguna con la gravedad experimentada en la superficie de la Tierra. Tras ellos, como un juguete, o como la proyección en una pantalla grande, se alejaba el globo de la Tierra. No se oía ni el estampido de cohetes, ni el rugido de motores, ni se experimentaba el zarandeo de bolsas de aire y debido a la total estanqueidad de la nave, ni siquiera se sentía el leve descenso de la presión atmosférica que se nota en un avión de línea comercial. El equipo funcionaba perfectamente, y ya fuera de la envoltura terrestre aumentó su velocidad.

-En ruta... o cuando menos apuntados a la estrella guía -dijo Nils-. Creo que podemos ya comprobarlo con Copenhague y ver si nos siguen. Sería excelente la confirmación de que llevamos el rumbo exacto -Conectó el transmisor-receptor a la frecuencia de onda establecida y llamó en el código convenido.

-*Kylling* llamando a *Hallbave.* ¿Me oyen? Cambio. -Giró el conector-. *«¿A* qué borracho se le ocurrirían esos nombrecitos de clave?», murmuró para sí. El submarino era el «pollito» y la otra estación el «lemur», nombres que eran también de la jerga populachera para un cuarto de litro o medio litro de *akvavit.*

-Le oímos bien y claro, Kylling. Su rumbo es exacto, aunque su aceleración es ligeramente mayor que la óptima. Sugerimos una reducción de un cinco por ciento.

-Conforme. ¿Cómo va nuestro rastreo? *-Posttivo.*

-Envíenos señal giro.

-De acuerdo. -Cierro.

»¿Han oído esto? Las cosa no pueden ir mejor.: -He reducido la aceleración en un cinco por ciento -dijo Arnie-. Sí, las cosas no pueden ir mejor... -¿Quiere alguien una cerveza? -propuso Ove-.

Pasó una lata a Nils, pero Arnie declinó.

-Terminadlas rápidamente -dijo. No estamos lejos del giro y no puedo garantizar que no haya un poco de zarandeo. Podría reducir a cero el impulso antes de girar la nave, pero ello nos situaría en caída libre durante un rato y prefiero evitarlo si puedo. Aparte de nuestras sensaciones personales, el equipo no está tampoco diseñado para ello. ¡Por lo cual voy a intentar virar la nave ciento ochenta grados manteniendo el impulso total y luego comenzaré a decelerar.

-Me parece magnífico -dijo Nils, mirando a través del periscopio y haciendo un preciso ajuste-. ¿Pero qué hay de nuestro rumbo? ¿Hemos de emplear para ello esa especie de tubo de gas de la cubierta que hizo quejarse a Henning de que su instalación necesitara un boquete en el casco de presión?

-Exacto. Tiene un sistema de lente de gran ángulo, con una mira encajada.

-¿De la clase empleada en las ametralladoras de los aviones de caza?

-Eso es. Mantendrá la estrella centrada como antes. No veo ningún problema.

-No, ningún problema en absoluto. -Nils miró en derredor al aparejo provisional del apresuradamente transformado submarino y meneó admirado la cabeza-. ¿Quiere uno de ustedes tomar el control por un minutos? He de ir a cierto lugar. La cerveza, ¿saben?

El giro se efectuó suavemente, y no se hubiesen dado cuenta de que estaban dándolo a no ser por la luz del Sol moviéndose por el mamparo. Algunos objetos sueltos resbalaron, y un lápiz cayó rodando por el suelo.

El tiempo transcurrió rápidamente. El Sol fulguró, y hubo alguna discusión sobre tormentas solares y radiación Van Allen. No eran una seria amenaza, porque el casco de presión del submarino era una sólida barrera metálica, increíblemente más gruesa que la de cualquier cohete.

-¿Habéis pensado sobre cómo hablar a los astronautas? -dijo Ove asomado al dintel de la salita de máquinas, desde donde podía vigilar al generador de fusión y hablar con sus compañeros al mismo tiempo.

-Todos son pilotos -dijo Nils-. Así pues, deberían saber inglés.

-Sólo si han volado fuera del país -repuso Ove-. En la flota aérea del interior de la Unión Soviética se emplea el ruso. Únicamente se requiere el inglés para el control de la radio en los vuelos internacionales. Estuve seis meses allí, en la Universidad de Moscú, por lo que puedo hablarles en caso necesario. Esperaba que alguno de los dos lo hablase con más facilidad que yo.

-Por mi parte el hebreo, inglés y yiddish o alemán -dijo Arnie. Eso es todo.

-y yo solo inglés, sueco y francés -dijo a su vez Nils-. Parece pues que le toca a usted, Ove.

Al igual que muchos europeos con enseñanza superior daban por descontado que se hablase cuando menos otro idioma aparte del suyo propio. Entre los escandinavos era bastante corriente el conocimiento de dos o tres idiomas distintos. Suponían que los cosmonautas rusos hablarían alguno que ellos pudiesen entender.

El computador rastreaba su progreso y, cuando estaban llegando a su fin las cuatro horas, se les informó que podían conectar su radio-altímetro porque estaban acercándose al punto donde sería efectivo. Su alance máximo era de ciento cincuenta kilómetros.

-Hay una lectura del borde -anunció excitado Nils-. La Luna está allá abajo. -Desde el punto medio no habían visto al satélite que estaba bajo su quilla.

-Comuníqueme cuando estemos a unos cien kilómetros sobre la superficie -dijo Arnie-. Escoraré entonces la nave de forma que podamos ver por las portañolas laterales.

La tensión creció al lanzarse el submarino surcador del espacio hacia abajo a la Luna, todavía invisible para ellos. -El altímetro se devana con mucha rapidez -dijo Nils,

no mostrando en su dominada voz de piloto nada de la tensión que sentía.

-Voy a elevar la deceleración a dos G -dijo Arnie-.: Manteneos.

Sintieron una extraña sensación, como si se hubiesen vuelto de nuevo más pesados, cayéndoseles los brazos y hundiéndoseles las mandíbulas en el pecho; sus butacas crujieron y se dificultó su respiración. Nils movió una mano a los controles y le pareció como si unas pesas colgaran de su brazo. -Reduciéndose el grado de caída -dijo. Llegando a cien kilómetros. Grado de caída reducido a casi cero.

-Voy a permanecer suspendido a esta altitud mientras localizo la zona del blanco dijo Arnie. Era de agradecer. Se daba buena cuenta del sordo ruido de su corazón esforzándose por bombear sangre en la doble gravedad. Al ajustar los controles, el peso bajó a una gravedad, y a menos, hasta que sintieron como si fuesen a flotar. Suspendidos ahora, estaban sometidos al campo gravitatorio de la Luna, que era una simple sexta parte del de la Tierra.

-¡Girando! -anuncio.

Objetos sueltos rodaron y chocaron contra el mamparo al escorar y se asieron a los brazos de sus butacas. Una luminosidad blanca penetró a raudales por las portañolas.

-IhJ du A/maegtigeJl -musitó Nils. Allá estaba. Llenando todo el firmamento. A menos de setenta millas debajo de ellos. Llena de cráteres, surcos, picos, protuberancias, muerta y sin aire, otro mundo. La Luna.

-¡Lo hemos conseguido! -exclamó alborozado Ove-. ¡Por Dios, hemos atravesado el espacio en una cuba y hemos llegado a la Luna! -Se desató el cinturón y se tambaleó al intentar andar en la aminorada gravedad. Deslizándose y medio cayendo, manoteó el mamparo en su intento de mirar por la portañola.

-¡Mirad eso! Copérnico, el Mar de las Tormentas... ¿dónde puede estar el Mar de la Tranquilidad? Al este, en esa dirección: -Se puso las manos a manera de pantalla ante los ojos para defenderlos del resplandor reflejado. No podemos verlo aún, pero debe estar en esa dirección.

Silencioso como una hoja cayendo, E! *Calamar Volante* recobró la horizontal y giró luego en torno aun eje invisible. Tuvieron que inclinarse hacia atrás para recobrar el equilibrio cuando se inclinó la proa y reapareció la Luna, esta vez directamente ante ellos.

-¿Tiene un ángulo suficiente de visión? -preguntó Arnie.

-Magnífico -respondió Nils-. Hay peor visibilidad en un avión de línea.

¡Oh, Tú, Todopoderoso!

-Entonces mantendré esta posición y altura y le paso los controles delantero y lateral. -Adelante -canturreó jovialmente Nils, apretando suavemente su palanquita de control.

Los tres cosmonautas mantenían lo mejor que podían la posición de firmes en el reducido módulo. Zlotnikova tenía su nariz prácticamente pegada al peludo hombro del coronel. Se apagaron las últimas notas de «La Internacional», y el altavoz de la radio siseó suavemente.

-Descansen -ordenó Nartov, y los otros dos se tendieron en sus literas, mientras él tomaba el micrófono y lo conectaba-. «En nombre de mis camaradas cosmonautas, os lo agradezco. Están junto a mí, ya la par de mí piensan en estos momentos de victoria, ciudadanos camaradas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que no debéis afligiros. Esta es una victoria para todos nosotros, para el Jefe del Partido, para los miembros del Presidium y para los obreros de las fábricas donde fueron hechas las partes del cohete y de la cápsula para ser montadas...»

La atención del teniente Zlotnikova andaba errante; nunca había tenido afición a pronunciar discursos ni a escucharlos. Durante su existencia de veintiocho años en la Tierra había oído impasible e indiferente miles de ellos y en la Luna. Eran un mal aceptado por inevitable, como la nieve en invierno y la sequía en verano. Allá estaban, se quisiera o no, y nada podía hacerse al respecto. Lo mejor era ignorarlos y soportarlos, a lo cual ayudaba el espíritu fatalista eslavo. El era un piloto de caza, uno de los mejores, y cosmonauta, uno de los pocos. El alcanzar esas metas valía cualquier sacrificio. El escuchar los discursos era una pequeña molestia. Hasta la muerte no era un precio elevado apagar. No lo sentía en modo alguno; el juego merecía la apuesta. Pero sí desearía que no se emplease tanta palabrería. La voz del coronel seguía retumbante, y miró por la portañola, retirando rápidamente la vista por requerirlo una apariencia de cortesía al orador. Pero el coronel tenía vuelta la espalda, con el puño de su mano derecha cerrado en un saludo y marcando el compás del enérgico ritmo de sus palabras. Por lo menos él la gozaba. Zlotnikova volvió a mirar por la portañola y se irguió bruscamente al reparar en la mancha luminosa moviéndose lentamente arriba en el espacio. ¿Un meteoro? ¿Moviéndose tan despacio?

¿y cuántos murieron en la batalla en defensa de la libertad de nuestro gran país? -proseguía el coronel-. El Ejército Rojo no vaciló nunca en abrazar

la muerte para el mayor bien de la paz, la libertad y la victoria. ¿Habrían los cosmonautas rusos de eludir responsabilidades o ignorar las realidades del -apartó enojado a un lado la molesta mano que le palmeaba el hombro-...las realidades del viaje espacial, de la complejidad...».

-¡Coronel!

...la complejidad del programa, las grandes máquinas, las responsabilidades...

-¿Pero quién era el loco canalla que le estaba molestando en medio de su perorata?

...de todos los obreros soviéticos que hicieron posible...»

El coronel Nartov dio media vuelta para fulminar con la mirada reduciendo al silencio al teniente. Pero su vista siguió el dedo señalador de Zlotnikova a la portañola y, a través del grueso cristal y del paisaje Cubierto de cráteres, al pequeño submarino que estaba descendiendo lentamente bajo el cielo constelado de estrellas.

El coronel tosió, jadeó, carraspeó, y miró con algo semejante al horror al micrófono que tenía en mano. -Completaré esta llamada más tarde -dijo bruscamente, desconectando-. ¿Qué diablos es eso? -rugió.

Por obvias razones, ninguno de sus compañeros respondió. Estaban aturdidos, en silencio, y el único sonido que se oía era el de los últimos restos de aire que fluían de su casi exhausto depósito, y el murmullo en la radio de una lejana música que alguien había puesto en la Tierra para cubrir el intempestivo silencio de la Luna.

El submarino se posó suavemente a no más de cincuenta metros de la cápsula, sobre el blando suelo de polvo y gravilla. Tenía algunas algas deshidratadas pegadas en la quilla, y algunas vetas de herrumbre a popa.

-¿Danés? -dijo con voz sofocada Shavkun, apuntando a la bandera pintada en la torreta-. Es danés, ¿no es así?

Zlotnikova asintió en silencio y, reparando luego en que tenía colgando la mandíbula, cerró la boca de golpe. La radio carraspeó y una voz dominó luego la música, hablando en muy alto pero muy deficiente ruso. *-Hola, Vostok. ¿Pueden oírme? Aquí El Calamar Volante alunizado cerca de ustedes. ¿Me oyen? Cambio. El coronel Nartov miró al micrófono que tenía en mano y se dispuso a conectarlo, pero se detuvo y meneó la cabeza, intentando ordenar sus pensArnientos. Fue luego a la radio, y reduciendo su potencia al mínimo, conectó al transmisor. Por alguna razón defensiva automática, no deseaba que Moscú oyese su conversación.*

-Aquí el Vostok IV, coronel Nartov. ¿Quién está al habla? ¿Qué están haciendo aquí...? -El coronel se interrumpió bruscamente, notando que estaba apunto de balbucear.

A bordo de *El Calamar Volante,* Oven escuchó y asintió: -Establecido contacto -dijo a sus compañeros-. Será mejor que tendamos esa cortina, mientras yo los traigo aquí-. *Govoreetye ve po Angleeske?* -preguntó.

-Sí, hablo inglés.

-Muy bien, coronel -dijo Ove, cambiando con cierto alivio a este idioma-. Me place comunicarle que estamos r aquí para volverles a la Tierra. En su emisión de hace unos minutos dijo usted que los tres se encuentran bien. ¿Es eso ¡cierto?

-Desde luego pero...

-Magnífico. Si quieren ponerse sus trajes espaciales...

-Bueno pero debe usted decirme...

-Lo primero es lo primero, si me hace el favor, coronel. ¿Cree usted que puede ponerse su traje espacial y pasar aquí dentro de un momento? Iría yo mismo, pero por desgracia no disponemos de atuendo espacial.

-*Voy en seguida.* -Había cierta seguridad en la forma en que terminaba el mensaje.

-El coronel no parecía tan contento para ser un hombre cuya vida acaba de ser salvada coment6 Nils tendiendo el pasador del ancho encerado que fue extendido sobre la cámara. Era gris y manchado, como remembranza del pescado que había envuelto, o quizá por haber estado almacenado cerca de ejemplares de vida marina en la bodega del *Vitus Bering.*

-Pues yo me imagino que es bastante feliz -dijo Ove, ayudando a los demás en disponer la lona-. Pero supongo que tardará un poco en acostumbrarse. Estaba en medio de una espectacular oración fúnebre cuando le interrumpimos.

Tendidos los pasadores a través de anillas con pernos sujetas al techo, alzaron la lona, que formaba una barrera con pliegues, de la anchura de la pequeña cabina, ocultando a la vista el aparato *Daleth* y el generador de fusión.

-Será mejor no atar este extremo -dijo Ove-. Tengo que pasar por aquí para acceder a la sala de máquinas.

-No parece una barrera muy considerable -dijo Nils. -Servirá como está -dijo Arnie. Esos hombres son oficiales y es de suponer que caballeros... y nosotros estamos salvando sus vidas. No creo que nos causen ningún trastorno.

-No, me parece que no... -Nils miró por la portañola-. Ya se está abriendo su cámara de presión... y alguien sale. Probablemente el coronel.

El coronel Nartov no se había acomodado aún a las cambiadas circunstancias. Se había puesto su traje espacial con movimientos automáticos, sin hacer caso de la excitada especulación de sus camaradas. Luego, al saltar el poco trecho a la superficie de la Luna, se centró el orden de sus ideas. Aquello estaba realmente sucediendo. No iban a morir. Era un agradable pensArniento el de volver a ver Moscú, a su mujer ya su familia. Aquella singular nave había llegado a la Luna, y por lo tanto podría indudablemente regresar a la Tierra. Con la cabeza erguida fue agrandes zancadas hacia el submarino levantando con sus botas de gruesa suela polvo y gravilla, que al instante caían a la superficie sin aire. En la redonda portañola superior de aquella extraña nave era visible un hombre que llevaba una especie de gorro con visera y apuntaba hacia abajo con un dedo, moviendo su cabeza; ¿Qué diablos quería decir?. Cuando el coronel llegó más cerca, vio que estaba adosada al casco una caja de gruesa tapa, que llevaba la etiqueta TenecllH en negros caracteres cirílicos. Soltó el tornillo de mariposa que sujetaba la tapa, abrió la caja y saco el microteléfono que estaba sujeto en el interior. Al oprimirlo contra su casco, las vibraciones eran claras, y oyó distintamente al hombre del otro extremo de la línea.

-¿Puede oírme, coronel?

-Sí. -El cable era bastante largo, por lo que, dando un paso atrás, vio a su interlocutor con otro teléfono a través de la portañola superior.

-Bien, soy el capitán danés Nils Hansen, de las Fuerzas Aéreas y antiguo piloto de la SAS. Le presentaré a mis compañeros cuando venga a bordo. ¿Puede usted alcanzar la cubierta?

Librodot

El coronel lanzó una ojeada hacia arriba, bizqueando por el resplandor. -Todavía no. Pero podemos atar una cuerda. La gravedad es muy ligera.

-No será difícil. Una vez en cubierta, verá que hay tina escotilla en la parte superior de la torreta. Esta es lo bastante grande para contener a tres hombres apiñados y tendrán que entrar en seguida, pues no hay cámara intermedia de presión. Entren pues, cierren la escotilla tan herméticamente como puedan y den luego tres golpes para que les proporcionemos aire. ¿Pueden hacer eso?

-Desde luego. -*¿Pueden traer lo que les queda de oxígeno? No queremos quedar cortos en el viaje de regreso. Creo que tendremos el suficiente, pero nunca viene mal algún extra.*

-Así lo haremos. Tenemos una última botella que estamos a punto de abrir.

-Una advertencia final. Tenemos algún equipo secreto a bordo, oculto tras un telón. Les agradeceremos que eviten acercarse a él.

-Tiene usted mi palabra -repuso el coronel, irguiéndose- y también mis oficiales le darán su palabra. -Miró tras la portañola al sonriente hombre de prominente mentón y, por primera vez, se percató de toda la realidad de aquel alivio que era como la suspensión de la condena a muerte en el último instante-. Le doy las más expresivas gracias en nombre de todos nosotros por lo que están haciendo. Nos han salvado la vida.

-Nos alegra estar aquí y muy contentos de poder hacerlo. Ahora...

-Volveremos dentro de pocos minutos. Cuando volvió a la cápsula, el coronel pudo ver las dos caras juntas mirándole a través de la portañola, pegadas al cristal como niños a la ventana de una pastelería. Sonrió casi, pero se contuvo a tiempo.

-Poneos los trajes -ordenó una vez que penetró en el interior a través de la cámara intermedia de presión-. Nos vamos a casa. Esos daneses nos llevan. -Conectó la radio y tomó el micrófono a fin de evitar responder a las tartajeantes preguntas de sus camaradas. La lejana música interpretando «La pradera» cesó al hacer su llamada.

-Si, Vostok IV, le oímos. ¿Hay alguna dificultad? Su último mensaje quedó interrumpido. Cambio.

El coronel frunció el entrecejo y conectó luego. -Aquí el coronel Nartov. Este es un mensaje final. Cierro la comunicación.

-Coronel, por favor, sabemos cómo se siente. Toda Rusia está con ustedes. Pero los deseos del general...

-Dígale al general que estableceré contacto más tarde. No por radio. -Respiró profundamente y mantuvo el pulgar sobre el conector-. Tengo el número de teléfono del Kremlin. Le llamaré desde Dinamarca. -Desconectó rápidamente y cortó la corriente. ¿Debió haber dicho más? ¿Qué *podía* haber dicho que tuviese algún sentido? Otros países estarían escuchando.

-Diablos, daos prisa espetó a sus dos camaradas que le miraban con los ojos abiertos de par en par-. Comandante, tome el Diario de Navegación, las películas, registros, muestras, y métalo todo en una caja. Teniente, hágase cargo de la última botella de gas y desembárquela para que podamos llevárnosla con nosotros. ¿Alguna pregunta? -Hubo sólo silencio, de modo que cerró de golpe su placa de recubrimiento facial.

-¡Aquí vienen! exclamó Nils, pocos minutos después-. Acaba de saltar el último y han cerrado la cámara de presión intermedia. Están cargados de

objetos, registros y cosas por el estilo, supongo, y uno de ellos hasta tiene una cámara fotográfica. ¡Vaya... y está fotografiándonos!

-Deje que lo hagan -dijo Ove-. No pueden sacar nada de ello. Nosotros deberíamos tener algunas muestras también. Antes de que suban a bordo hable por teléfono de nuevo con el coronel. Dígale que deseamos algunas rocas y polvo, algo para llevar a casa.

-Muestras traídas por la Primera Expedición Lunar Danesa. Buena idea, ya que no podemos salir afuera. ¿cómo va la cosa?

-Magníficamente -dijo Ove, abriendo la botella de *akvavit* y poniéndola con unas copitas sobre la mesa de los mapas-. Deberíamos haber pensado en algo de vodka, pero apuesto a que no oiremos quejas de este *snaps.* -Abrió uno de los envases del *smomrrebred (*Plato típico escandinavo compuesto de arenques, salmón ahumado, foie-gras, mantequilla y otros elementos sobre una rebanada de pan) que el cocinero del *Vitus Bering* había preparado aquella mañana y sacó su contenido. El arenque está aún fresco, a ellos les gusta, y también es excelente el «foie-gras».

-Me lo comeré todo si no llegan a tiempo -dijo Nils, lanzando una hambrienta ojeada a los alimentos-. Ahí llegan -añadió agitando la mano amistosamente en la portañola a las tres figuras cargadas que se abrían paso a través de la polvorienta llanura blanca.

12 - *Copenhague*

El Ministro de Asuntos Exteriores revolvió las notas que había tomado durante la conferencia con el Primer Ministro, hallando finalmente el apunte que deseaba.

-¿Me hace el favor de volver a leer la última frase? -dijo a la secretaria.

-«El Primer Ministro ha apreciado sumamente su amable comunicación y...» -La secretaria dio un pequeño capirotazo a la página de su cuaderno de taquigrafía y permaneció con el lápiz suspendido, en espera de la continuación.

-...y me ha pedido que le agradezca los buenos deseos que usted expresa. Estima muy generosa su oferta de acceso a todas sus avanzadas tecnologías de ingeniería espacial y cohetes, así como al empleo de su extensa red de estaciones de seguimiento en todo el globo. Sin embargo, debido a que por nuestra parte tenemos poco o nada en que podamos contribuir a un:programa de cohetes, estimamos sería injusto por nuestra parte negociar acuerdos en éstos momentos...» -Eso es todo. La acostumbrada fórmula de saludo, y se acabó-. ¿Quiere leérmelo todo de nuevo?

Giró su butaca y miró por la ventana mientras ella leía. Estaba oscuro y las calles vacías ya del tráfico de las horas punta. Eran las siete. Demasiado temprano para cenar. Tomaría algo por el camino antes de ir a casa. Asintió con la cabeza al tono pontifical de las palabras que repetía la secretaria. Todo en orden, muy bien. Muchas gracias, pero no. Los soviéticos pondrían a su disposición todos sus billones de rubIos de inútil material de cohetes a cambio de una miradita al impulsor *Daleth.* No lo conseguirían. Ni los americanos, si bien el caso con ellos era más arduo; lazos de hermandad, asociados de la NATO y, por ende, la intercomunicación de secretos de defensa. Había sido cosa de contemplar al embajador enrojeciendo cada vez más mientras el Primer Ministro le sermoneaba sobre diez proyectos mayores de defensa, de los cuales no se había dado cuenta alguna a los

daneses y todo el mundo deseaba un trozo del pastel. -Magnífico -dijo, al cesar su lectura la muchacha. -..¿He de mecanografiarla ahora, señor?

-No por su vida. Será la primera cosa por la mañana y téngala ya lista sobre mi mesa a mi llegada. Ahora, váyase a casa antes de que su familia se olvide de cómo es.

-Gracias, señor. Buenas noches.

-Buenas noches. Salió ella, sonando claramente sus tacones en el despacho exterior en el silencio del ya vacío edificio ministerial. Se oyó el golpe de una puerta al cerrarse. El ministro bostezó y se desperezó, comenzando. luego a meter papeles en su cartera de mano. La cerró antes de ponerse el abrigo, y telefoneó abajo pidiendo su coche. Como última diligencia, comprobó si los archivos estaban bien cerrados, y *dio* una vuelta más al cerrojo de seguridad de su antigua caja fuerte. Todo en orden. Se puso el sombrero, tomó su cartera de mano y abandonó el despacho. Había sido un día largo e intenso y estaba fatigado.

Apenas se perdió el sonido de sus lentos pasos, cuando surgió en la oscuridad Horst Schmidt. Tenía entumecidas y doloridas las rodillas, por haber estado agazapado inmóvil durante tanto tiempo. Estaba haciéndose algo viejo para aquella clase de tareas. Pero eran tan bien pagadas... estupendamente bien para el trabajo nocturno. Levantó el brazo y miró su reloj-muñequera de esfera luminosa. Las 7:15. Todos debían haberse marchado ya. Las dos series de últimos pasos que oyera habían sido los únicos en más de media hora. Quizá debería esperar más, pero sus piernas no se lo permitirían. ¡Más de tres horas en aquel maldito cuartucho trastero! Tomó del suelo su abultada cartera de mano, tanteó la puerta y abrió una rendija, pestañeando ante la súbita luz. El vestíbulo estaba vacío.

Aquellos daneses no tenían en absoluto ningún servicio de seguridad. Salió de su escondite, cerró la puerta tras sí, y fue moviéndose rápida y silenciosamente por las suelas de goma de sus zapatos, en dirección al despacho del Ministro de Asuntos Exteriores. ¡La puerta no estaba cerrada con llave! Casi le invitaban a uno a entrar. Un nombre, tomado del listín telef6nico, y un empleo imaginario le habían bastado para franquear la conserjería. Ni siquiera le habían pedido la tarjeta de identidad... aunque ya la tenía preparada para tal eventualidad, con el nombre falso. ¡Estos daneses...! El despacho particular del ministro tampoco estaba cerrado, y ni siquiera tenía la puerta un pasador interior. Abrió su cartera de mano y, tanteando en la oscuridad, sacó una cuña de madera que encajó en la rendija inferior de la puerta.

Tenía también dos delgadas hojas de plástico, completamente opacas; que tendió en la ventana y resquicios de la puerta, sellándolas con cinta adhesiva. Solo entonces encendió su potente linterna. Los archivadores primero, en cuyas carpetas estaba seguro que habría una serie de interesantes documentos. El del impulsor *Daleth* era desde luego el de principal importancia, pero habría también muchos otros cuyo contenido proporcionaría buena información a sus patronos... servida como con cuentagotas, a fin de asegurarse un ingreso constante y prolongado. Desplegando sus instrumentos, escogió una palanqueta de acero cromado con un extremo de agudo filo, abriendo con ella el archivador como si fuese una lata de sardinas. Con rápida precisión repasó las carpetas, y un pequeño montón de papel creció en la mesa próxima a él.

La caja fuerte presentaría un poco más de dificultad... pero no mucha. Era una antigualla. La examinó unos momentos, mientras se alisaba los delgados guantes ala par que consideraba el medio más procedente y rápido de abrirla.

Debido al silenciador de que estaba provisto su taladro, era más abultado que la mayoría, pero muy manejable y potente, y provisto de cortante punta de diamante. Metió arcilla en la cerradura, y aplicó luego la punta de su taladro; la arcilla absorbería la mayor parte del ruido que pudiera de todos modos producirse, y que se limitó a una especie de tenue gemido vibratorio cuando hizo funcionar su aparato, el cual tardó tan sólo breves momentos en perforar la placa de acero.

Lo que venía luego podía ser peligroso pero Schmidt era muy experimentado en cuidar de su pellejo. Con teutónico esmero volvió a colocar ordenadamente sus instrumentos en la cartera de mano antes de quitarse los guantes y colocarlos sobre la caja fuerte. Luego, con infinitas precauciones, tiró de un cordón que rodeaba su cuello, sacando el frasquito que estaba suspendido en él. El tapón de corcho estaba muy encajado, y tuvo que emplear los dientes para sacarlo. Muy suavemente, y casi gota a gota, vertió el contenido del franquito en el boquete que había abierto en la arcilla; de forma que pudiera penetrar en el mecanismo de la cerradura. Cuando lo vació a medias, volvió a taponarlo y lo llevó al extremo de la habitación limpiando sus huellas con un pañuelo que había adquirido aquella misma mañana en una máquina automática, y lo dejó cuidadosamente en una esquina.

Suspiró, descansando un poco al levantarse. Había elaborado él mismo el producto, por lo que estaba seguro de que era una buena nitroglicerina. Pero éste era un producto poco de fiar, y nada bueno para estar a su lado. Volvió a ponerse los guantes.

Había una alfombra en el despacho, pero estaba sujeta con tachuelas y sería mucha molestia el soltarla. Sin embargo, los estantes estaban repletos de libros y gruesos anuarios. Justamente lo que necesitaba. Con silenciosa diligencia fue quitándolos de su sitio y apilándolos en una pirámide contra la puerta y lados de la caja fuerte, dejando una abertura frente a la cerradura. procedió a la última operación, deslizando el pequeño canuto de un detonador en la abertura y tendiendo el alambre a través de la habitación. Luego cerró el espacio abierto con el más voluminoso de los libros.

-*Langsam... Langsam (* Despacio... despacio)-murmuró, agazapándose tras el escritorio. El edificio estaba sumido en el silencio. Había un pequeño conmutador que había construido para el disparo, en el cual encajaban las dos clavijas del extremo del alambre.

La explosión fue un sordo estallido que hizo retemblar el piso. La pila de libros comenzó a tambalearse, y corrió a contenerlos, logrando hacerlo con la mayoría, pero el Anuario 1948-1949 de las Pesquerías cayó con resonante estrépito. Con diligente cuidado comenzó a separar libros de forma que se pudiese abrir la puerta de la caja fuerte y se detuvo, helado, al oír unos pesados pasos en el despacho contiguo, los cuales fueron aproximándose a la puerta, cuyo pomo giró.

-¿Quién está ahí? ¿Por qué está cerrada esta puerta? -dijo una voz conminatoria.

Librodot

Schmidt dejó los libros que tenía en las manos, apagó la linterna y fue a la puerta. Quitó la cinta adhesiva sin ruido, cayendo el plástico con leve rumor, y esperó a que el pomo girase de nuevo... apartando luego la cuña.

La puerta se abrió con espectacular rapidez, precipitándose adentro con su arma en mano la voluminosa figura del vigilante nocturno, quien, antes de que pudiera darse cuenta, sintió un golpe en la nuca, desplomándose.

Schmidt aplicó el cañón de su revolver provisto de silenciador contra la espalda del hombre, a la altura del corazón, y apretó el gatillo tres veces. El caído se agitó convulsivamente y quedó inerte.

Después de inspeccionar con toda precaución el despacho contiguo y el vestíbulo, para asegurarse de que el vigilante había estado solo, Schmidt cerró las puertas y volvió a la tarea. Canturreó alegremente cuando la puerta de la caja se abrió, y procedió a revisar su interior, ignorando por completo al muerto que cerca de él estaba tendido en el suelo.

13 -*Elsinor*

-¡Mira esto! -dijo Nils-. ¡Échale un vistazo! -Tenía un ejemplar de la primera edición mañanera del *Berliner Tidende* apoyado contra la cafetera, mientras despachaba con fruición unos huevos fritos con jamón ahumado. No estoy acostumbrado a ver estas cabeceras en un periódico danés. Es chocante. Vigilante de noche muerto... despacho de. un ministro asaltado. Documentos robados. Igual que en los periódicos americanos.

-No sé porqué mencionas a los Estados Unidos -dijo Marta-. Eso ha sucedido aquí y no en América. No veo la relación. -Tomó la cafetera para servirse, y el periódico cayó.

-Te agradecería que tuvieses la mermelada apartada de mi periódico. -Limpió con su servilleta los churretes rojos que le había causado aquélla al caer-. Hay una relación y lo sabes. Los periódicos de los Estados Unidos están llenos siempre de asesinatos, violaciones y peleas, debido a que allí suceden todas esas cosas. ¿Quieres cifras? Hay más asesinatos en la ciudad de Dallas en un año que en Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales juntas. y creo que hasta podría añadírseles Dinamarca para llegar a completar el número.

-Si odias tanto a los americanos ¿por qué te casaste conmigo? -preguntó Marta, dando un bocado a su tostada.

Abrió él la boca para responder, pero pensando que no tenía nada que oponer a aquella magnífica muestra de lógica femenina, rezongó algo y abrió la página de deportes. Marta hizo un gesto significativo ante aquel género de respuesta que esperaba.

-¿No teníamos que marcharnos? -pregunt6. Nils lanzó una ojeada al reloj que estaba sobre la puerta de la cocina. -Espera unos minutos. Correos no abre hasta las nueve. -Dejó el periódico y se sirvió más café. Vestía un traje marrón oscuro en vez de su uniforme.

¿No vas a volar más? -preguntó Marta. -No lo sé. Me gustaría, pero Skou sigue oponiéndose por razones de seguridad, dice. Ea, ve a coger tu abrigo. Te esperaré en el coche.

Una puerta se abría de la despensa al garaje, para más precauciones. Skou había convenido en que había pocas probabilidades de que la casa estuviera vigilada, pero nunca se podía estar seguro. Por la manera en que Skou hablaba, parecía como si cada vuelo a Dinamarca trajese a bordo de

los aviones más agentes secretos que turistas. Podía tener raz6n, pues no había país en el mundo que no deseara conseguir el impulsor. Dobló las rodillas, y se dio cuenta de que nunca se había sentado antes en el asiento trasero. Entró Marta en el garaje, elegante y atractiva en su abrigo de piel, y con un brillante ceñidor de seda en la cabeza pareciendo mucho más joven que sus veintiséis años. El bajó la ventanilla y dijo:

-¡Eh, noviecita! Nunca me has besado al despedirte. -Te hubiera manchado de *rouge.* -Le tiró un beso-.

Ea, sube la ventanilla y agáchate abajo antes de que abra la puerta. -Agáchate abajo, -rezongó él, ocultando en el interior del coche su corpulenta figura-. Americano puro. Cada día se aprenden nuevas palabras. ¿Es que puede uno agacharse arriba también?

-Estate tranquilo -dijo ella, entrando en el coche *y* tomando el volante-. La calle parece vacía.

Salieron, y todo lo que él pudo ver mientras volvía ella a cerrar la puerta del garaje, fueron las copas de los árboles y, mas arriba, el firmamento con alguna nube.

-Se está muy incómodo aquí detrás. -Pronto estaremos. El tren llega a las nueve y veinte, ¿no es eso?

-En punto. No llegues demasiado pronto, para que no tenga que esperar como si estuviera en el andén.

-Iré despacio a través del parque. ¿Vendrás a cenar a casa?

-No sabría decírtelo. Te llamaré tan pronto lo sepa. No me llames antes del mediodía. Tengo que hacer algunas pequeñas compras de ropa.

-Lo cual se traduce en algunas no tan pequeñas facturas -suspiró él, intentando sin conseguirlo ponerse en postura más cómoda.

Eran las nueve y diez cuando entró ella en el aparcArniento próximo a la estación del ferrocarril, justamente enfrente de Correos.

-¿Hay alguien por los alrededores? -preguntó él. -Unas personas que entran en Correos y un hombre que baja de su bicicleta. Va a la estación ahora... no, nadie mira en esta dirección.

Nils se incorporó, respirando aliviado, y se instaló en el asiento.

-¡Qué descanso! -exclamó.

-Todo irá bien, ¿no es así? -preguntó ella, volviendo la cabeza para mirarle. tenía el mismo pliegue de preocupación entre los ojos que solía cuando estaban recién casados, antes de que la rutina de Sus vuelos lo borrase de la superficie.

-Todo irá magníficamente -aseguró él, tendiendo su mano y frotando con un dedo el entrecejo de ella, que sonrió no muy abiertamente.,

-Nunca pensé que deseara que volvieses a volar con esos aviones por todo el mundo. Pero así es.

-No te preocupes. Tu maridito sabe cuidarse de sí mismo. y el fiel guardián Skou estará conmigo.

Contempló el grácil contoneo de su mujer al cruzar la calle y luego consultó su reloj. Un minuto más. La calle estaba vacía ya. Salió del coche y fue a comprar un billete.

Cuando pasó al andén, el tren estaba ya dando la vuelta a los suburbios de la ciudad. Había otras pocas personas esperando, ninguna de las cuales pareció fijarse en él. Al detenerse el tren, fue el primero en subir a un vagón. Entró en su compartimiento. Ove Rasmussen alzó la vista del periódico que

Librodot

estaba leyendo, y ambos se estrecharon la mano, sentándose Nils en el asiento próximo a él.

-Creí que Arnie estaría con usted. -Se fue con Skou de alguna otra manera complicada y secreta.

-Esto ha dejado de ser un juego, ¿no es así? -Así es. Me pregunto si darán con el puerco que lo hizo.

-Es de lo más improbable, me dijo Skou. Una operación de consumado profesional, sin rastro de ninguna clase. ¡Canallas asesinos! Pero no consiguieron gran cosa. No había absolutamente nada sobre el impulsor *Daleth* en el despacho del ministro. Quedaron en silencio durante todo el trayecto hasta Hillerod, donde tenían que cambiar de tren. El de Helsingor, que habían de tomar, estaba listo para partir, sobre su vía de empalme, con su locomotora y sólo tres vagones. Fue matraqueando a través de bosques de hayas y abedules, bordeando los patios traseros de blancas casas de tejados rojos, y en los cuales estaba tendida la colada al fresco viento del Sound. Los bosques dieron paso a terrenos de labranza y, en Snekkersten vieron el océano por primera vez, las plomizas aguas del Oresund con el verdor de Suecia al otro extremo. Era la última parada antes de Elsinor, y bajaron del tren para encontrarse con Skou que les esperaba. Nadie más bajó del tren en la pequeña aldea de pescadores. Skou abrió la marcha sin decir nada, y le siguieron. Las viejas casas tenían elevadas cercas, y la calle estaba vacía. Al volver de la primera esquina estaba detenida una camioneta que llevaba el rótulo de KOBEN H AVNS ELEKTRISKE ARTIKLER (Artículos eléctricos de Copenhague) pintado en los costados junto con unas bombillas y artefactos luminosos despidiendo rayos. Skou abrió la puerta trasera y se introdujeron en el interior, instalándose con la comodidad que pudieron sobre rollos de hilo eléctrico. Skou se puso al volante, cambió su sombrero por un gorro de visera, y puso en marcha la camioneta.

Tomando la carretera secundaria a Helsingor, contorneó el puerto y enfiló al Astillero. El guardia que estaba en la puerta le saludó con la mano, y penetró en el interior. Había dos esqueletos de barcos en las gradas. Repiqueteaban las máquinas remachadoras, y fulguraban y chispeaban los aparatos soldadores. La camioneta se detuvo detrás de las oficinas, fuera de la vista del resto del Astillero.

-Hemos llegado -anunció Skou, abriendo de par en par la puerta trasera.

Descendieron ambos y siguieron a Skou al edificio y por un tramo de escalera. Un policía uniformado les saludó al llegar al descansillo, abriéndoles una puerta. Flotaba en el interior un aroma de café recién hecho, mezclado al del buen tabaco. Dos hombres estaban sentados de espaldas a la puerta, mirando por el amplio ventanal que daba al astillero, y que se pusieron en pie y se Volvieron cuando entraron los recién llegados. Eran Arnie Klein y otro de elevada estatura, traje de color negro desvaído, y chaleco atravesado por una antigua cadena de reloj de oro. Arnie hizo las presentaciones.

-Aquí Herr Leif Holm, el director del astillero. Trajeron café, que aceptaron, y gruesos y largos cigarros puros de Jutlandia, que rehusaron, si bien Holm encendió uno y lanzó una enorme bocanada de humo azul que quedó suspendida como una nube en el techo.

-Ahí ven ustedes, caballeros -dijo Holm, apuntando con su puro como un arma mortífera a través de la ventana, -en la grada central, a la esperanza y futuro de Dinamarca.

Una tenue llovizna recorría el puerto, empañando las cresterías de Kronborg Slot, el castillo de Hamlet, y luego la achaparrada forma del *ferry* sueco de Holsinborg, tendiendo una nebulosa cortina sobre las rojas cuadernas y planchas de los barcos en construcción, antes de desvanecerse al interior, para dar paso a un pálido sol. Siguiendo la. dirección indicada por Holm, contemplaron la forma achatada y de aspecto más bien feo, del barco que estaba próximo a terminarse. Tenía una forma singularísima, como una bañera oblonga. Tanto la proa como la popa y los costados eran abultados y redondeados, y la superestructura que estaba acoplándose en cubierta en unidades prefabricadas, era baja y aerodinámica.

-¿Este es el nuevo buque, el *Vikingepuden* (Almohadón de los vikingos, o por extensión, yacija o lecho de los vikingos), en construcción para el trayecto Esbjérg-Londres, y supuestamente el mayor del mundo? -preguntó Nils- y para sus adentros se preguntó también qué tendrían que ver aquella especie de balsa con la esperanza y futuro de Dinamarca.

-Así es, en efecto -respondió Holm-. Ha sido objeto de muchos artículos y mucha publicidad en los periódicos. Lo que no mencionan es que estamos trabajando las veinticuatro horas en él, y que han sido incorporados a su diseño algunos cambios importantes. y cuando se lance esa nave, será bautizada con el nombre de Galatea, y navegará por mares ignotos, haciendo honor a su nombre, y si no se zambulle en lo más profundo del océano, quizá tenga mejor disposición, para las alturas. Se pasó el dedo por la nariz y guiñó un ojo.

-¿Quiere usted decir que...?

-Pues sí. La Luna, los planetas, las estrellas, ¿quién sabe? Entiendo que los profesores presentes han estado preparando su potencia motriz, mientras que nosotros, los de la industria de la construcción no hemos estado ociosos. Han sido efectuados cambios importantes en los planos. Casco reforzado, escotillas herméticas, cámaras intermedias de presión. -en fin, no quiero aburrirles con detalles. Baste decir que dentro de breves semanas será botada la primera auténtica nave espacial, la Galatea.

Volvieron a mirar ala nave con renovado y ávido interés. El redondo casco, imposible en Cualquier buque normal oceánico, era la forma ideal para un casco de presión. La ausencia de proa y popa claramente marcadas, no tenía importancia en el espacio. Aquel herrumbroso y feo torés era el diseño del futuro.

-Hay otro poco de información que deben ustedes conocer, caballeros. Todas las operaciones del programa han sido transferidas aun nuevo Ministerio, lo Cual será hecho público tras la botadura de la Galatea. El Ministerio del Espacio. Tengo el honor de ser el ministro en funciones por el momento. Por ello, es mi deber preguntar al capitán Hansen si aprueba su traslado de las Fuerzas Aéreas a las Fuerzas del Espacio, con rango equivalente desde luego, y sin pérdida alguna de beneficios o antigüedad. Si lo aprueba, su primer destino será el de comandante de esa magnífica nave. ¿Qué responde a ello, capitán?

-Conforme, desde luego -contestó Hansen sin un instante de vacilación, y sin apartar la vista de la nave ni siquiera Cuando recibió las felicitaciones de sus amigos.

Marta no había dicho la exacta. verdad a Nils Cuando le dejó en la estación. No iba a comprar ropa aquel día, sino a acudir a una cita en Copenhague. Era una pequeña mentira el no habérselo contado; una de las

poquísimas que dijera desde que estaban casados. En siete años, ello debía ser una especie de *record.* y lo estúpido del caso era que no había razón alguna para que no lo confiara a Nils. No era en absoluto cosa muy importante.

«Culpa, eso es todo», pensó deteniéndose ante un semáforo. «Sólo mi irracional sentimiento de culpabilidad». Se iban apelotonando las nubes y empezaron a caer las primeras gotas aplastándose contra el parabrisas. ¿Dónde estaría el mundo moderno sin Freud para proporcionarle la razón de cada cosa? Había estado especializándose en sicología en la universidad de Columbia cuando conoció por primera vez a Nils. Luego, visitando en vacaciones a sus padres en Copenhague, donde su progenitor, el Dr. Charles Greene, epidemiólogo, tenía un elevado puesto en la Organización Mundial de la Salud. Fue un verano maravilloso. Reuniones, amistades, y diversiones. Nils Hansen era tan grande como una montaña y bello como Apolo en su uniforme de la SAS. Una fuerza casi elemental. Se había acostado con él antes de que se diera cuenta. No hubo tiempo para pensar o ni siquiera para percatarse de lo sucedido. Lo divertido del caso, en cierto modo, es que se casaron después. Su proposición le causó a ella una sorpresa real. Le quería bastante, y prácticamente era el primer hombre con quien había ido a la cama, pues apenas contaban otros compañeros estudiantes en la Universidad. Al principio le había parecido un poco raro pensar en casarse con alguien que no fuese americano, de otro país y con otro idioma. Pero, en muchos aspectos, Dinamarca se parecía a los Estados Unidos y sus padres residían allí y además, Nils y todas sus amistades hablaban inglés y se casaron.

No obstante, nunca estuvo completamente segura de porqué le había escogido a ella. El podía haber tenido a la muchacha que quisiera, con sólo mover un dedo... aún tenía que espantarlas como a moscas en las reuniones. Y, sin embargo, la había escogido a ella. Amor romántico, se decía, algo así como sacado de las páginas de la Revista Femenina. Pero cuando la lluvia caía casi incesante durante semanas y se quedaba sola, sentía la necesidad de visitar a las amistades, o comprarse un sombrero, o algo, para escapar a la depresión. Entonces se preocupaba pensando que acaso se había casado con ella porque era la época de la vida en la que se casan los daneses. y ella había estado más a mano. y que una esposa norteamericana da cierto prestigio en Dinamarca.

La verdad era probablemente una cosa intermedia... o bien parte de un todo. Al pasar el tiempo, había descubierto que nada era tan sencillo como se esperaba que pudiera serlo. Ahora era una mujer casada hacía tiempo, la componente de un hogar y usuaria de la píldora, un poco aburrida a veces, pero nada infeliz.

Sin embargo, seguía siendo ciudadana americana y por ello quizá era que tenía aquel sentimiento de culpabilidad. Si es que quería Nils, y ella estaba segura de que le quería, ¿por qué no había dado nunca el paso de convertirse en ciudadana danesa? En verdad, nunca pensó mucho en ello, y cuando sus pensArnientos se acercaban al tema, los desviaba en otra dirección. Sería bastante fácil hacerlo. Conducía mecánicamente, y se dio cuenta de pronto de que la lluvia arreciaba cubriendo el cristal, por lo que hizo funcionar el limpiaparabrisas y aminoró la marcha.

¿Por qué no lo hizo? ¿Era una tenue atadura que la mantenía enlazada a su familia ya su vida anterior? ¿Una fraccionaria disidencia que significaba

que tenía aún alguna duda inconsciente sobre su matrimonio? ¡Tonterías! Nils no lo mencionó nunca, ni recordaba que jamás hubiesen hablado sobre el particular. Sin embargo, seguía latente la sensación de culpa. Su pasaporte estaba en regla, lo que la convertía en residente extranjera en Dinamarca; y una vez por año, un sonriente detective del Departamento de la Policía Criminal le extendía la prórroga. ¿Quizá era el hecho de que fuese la Policía Criminal quien se la extendiera, lo que la incomodaba? No, aquella era sólo una oficina del gobierno, y sabía que con cualquiera otra hubiera sentido lo mismo. Ahora era la Embajada americana la que tenía que preguntarle sobre algún detalle de su pasaporte, ya ella se dirigía. y no había dicho nada al respecto a Nils.

El tráfico mañanero era poco denso y llegó ala Embajada antes de las diez. No había ala vista un aparcArniento y finalmente dejó el coche aun par de manzanas de distancia. La lluvia se había trocado en la clásica llovizna, constante danesa que podía durar días sin cesar. Se puso las botas de plástico que guardaba siempre en el coche, y salió de él abriendo el paraguas. Era una distancia demasiado corta para un coche, pero resultaba algo larga para andar con aquel tiempo. La lluvia tamborileó en la transparente tela del paraguas.

El vestíbulo de la Embajada estaba desierto, como siempre, y el recepcionista que estaba tras la gran mesa, le miró con el indiferente despego de todos los de su gremio mientras Marta sacudía su cerrado paraguas y buscaba en su bolso la citación de la Embajada.

-He de ver a *Mr.* Baxter -dijo, desplegando el documento-. Es para las diez.

-Entre por esa puerta y giré a la izquierda; despacho número uno diecisiete, al final del pasillo.

-Gracias.

Intentó sacudir toda el agua en las esteras, pero todavía dejó un reguero de gotas sobre el piso de mármol. La puerta del número 1-17 estaba abierta de par en par, y en el interior estaba un hombre desgarbado inclinado sobre una mesa-escritorio, estudiando con gran concentración un pliego de papel.

-¿Mr. Baxter?

-Sí, entre por favor. Permítame que tome esos objetos mojados. ¡Vaya día el de hoy! A veces pienso que todo el país va a quedar a flote. -Puso el paraguas en su papelera y el abrigo en el perchero, cerrando luego la puerta-. ¿Entonces usted es...?

-Marta Hansen.

-Claro. La esperaba. Haga el favor de tomar asiento.

-¿Es sobre mi pasaporte? -dijo ella, sentándose y abriendo el bolso que tenía en su regazo. -Si puedo verlo...

Se lo tendió ella, mirándole mientras volvía las páginas, plegando el entrecejo al intentar leer algunos de los borrones visados y sellos de aduanas, tomando luego algunas notas en un bloc de hojas amarillas.

-Parece que le guste viajar, *Mrs.* Hansen.

-Pues sí, como mi marido es piloto de las líneas aéreas, tenemos los billetes prácticamente gratis y lo aprovechamos, claro,

-Es usted una mujer afortunada. -Cerró el pasaporte y la miró, con las cejas alzadas sobre la montura de sus gafas-. Dígame, ¿no es su esposo Nils Hansen... el piloto danés? ¿El mismo de las noticias...?

-Así es. ¿Hay algo erróneo en el pasaporte? -No, nada en absoluto. Es usted realmente afortunada estando casada aun hombre así. Dígame, ¿es ese colgante que lleva procedente de la Luna? ¿El mismo de que hablaron todos los periódicos?

-Sí, ¿quiere verlo? -Se pasó la cadena por la cabeza y se la tendió con su colgante-. Era un trozo corriente de roca volcánica cristalina, labrada y pulida y enmarcada en plata. Una piedra de otro mundo.

-He oído decir que le han ofrecido sumas de cinco cifras por ella. Ya puede usted andar con cuidado -dijo devolviéndosela y diciendo luego-. Quería ver su pasaporte sólo para una comprobación, pues han surgido algunas dificultades con otro casi del mismo número que el suyo. Comprenderá que tenemos que estar seguros. ¿No le importará?

-No, desde luego que no.

-Lamento haberla molestado. Pero ya sabe cómo es esto. Estas cosas no sucederían nunca en casa. Pero cualquier ciudadano americano que vive en el extranjero requiere siempre mucho papeleo. -Dio un golpecito al pasaporte con un secante, pero no hizo ademán de devolvérselo.

-Mi casa está aquí -dijo ella, definitivamente. -Desde luego. Es una forma de hablar. Después de todo su marido es danés. Aunque siga usted siendo todavía ciudadana americana.

Le sonrió y miró la lluvia que seguía cayendo tras la ventana. Ella apretó sus manos sobre su bolso y no respondió. Se volvió él y ella se dio cuenta de que su sonrisa era vacua, ni simpática ni amistosa. Nada. Un apoyo igual que las gafas que le prestaban aquel aspecto sabiondo de intelectual.

-Usted debe ser una leal ciudadana americana -dijo, puesto que nunca ha considerado cambiar de nacionalidad a pesar de llevar casada... siete años, ¿no es así?, con un súbdito de un país extranjero.

-Yo... yo no pienso mucho sobre esas cosas -respondió ella, sorprendiéridose de hablar. ¿Por qué no le replicaba que se ocupara de sí mismo? Tomar su pasaporte y salir... Quizá porque él decía en voz alta lo que ella había sabido siempre y no lo había mencionado nunca.

-No hay nada en ello de qué avergonzarse. -Volvió la sonrisa de nuevo. La lealtad al propio país puede ser un poco anticuada, pero conserva aún algo de precioso. No deje que nadie diga que es usted diferente. No hay nada en absoluto de equivocado en querer a su marido, y estoy seguro de que usted le quiere, estando casada a él... aunque conservando todavía su ciudadanía americana que Dios le dio. Esto es algo que no pueden quitarla, por lo que no debe usted abandonarla nunca. Precisó estos extremos con severa firmeza, golpeando ligeramente la mesa con el pasaporte.

Ella no supo contestar nada, quedándose callada. El asintió, como si su silencio fuese alguna especie de consentimiento, y añadió: -Por los periódicos he visto que su marido voló realmente a la Luna con ese impulsor *Daleth.* Debe ser un hombre valiente.

Por lo menos ella asintió con un movimiento de la cabeza. Prosiguió: -El mundo entero tiene la mirada puesta ahora en Dinamarca, por la primacía en la carrera espacial. Sería algo cómico que este país estuviera por delante de los Estados Unidos. Después de todos los billones que hemos gastado, y de todos los valientes que han muerto. Son muchos los americanos que piensan que ello no sería justo. Al fin y al cabo, fue América quien liberó este país de los alemanes y es el dinero, los hombres, y el material americano, quien mantiene fuerte a la NATO y defiende a este país de los rusos. Quizá

mantengan un principio. Pero la carrera espacial es un gran empeño, y convendrá en que la pequeña Dinamarca no puede realizarlo sola.

-No lo sé, realmente. Supongo que lo pueden... -¿Pueden? -La sonrisa desapareció-. El impulsor *Daletq* es más que un impulso espacial. Es un poder sobre el mundo. Un poder que Rusia podría alcanzar, hallándose a tan pocas millas, y apoderarse de él, así sencillamente, y usted no desearía que sucediera eso, ¿no es así?

-Desde luego que no.. -Bien. Usted es una americana, una buena americana. Cuando América tenga el impulsor *Daleth,* habrá paz en el mundo. Voy a decirle a usted algo que es confidencial, por lo que no debe usted divulgarlo. Los daneses no lo ven del mismo modo. Ciertas facciones del ala izquierda del gobierno danés, después de todo *son* socialistas, nos están oponiendo todos los obstáculos posibles con referencia al material *Daleth.* y nosotros podemos imaginarnos por qué.

-No -dijo ella, defensivamente-. Dinamarca no es así, no son de esa clase los componentes del gobierno. No tienen un particular amor a los rusos. Por esa parte no hay que preocuparse.

-Es usted una pequeña ingenua, como la mayoría de la gente, cuando se trata del comunismo internacional. Están por todas partes, metidos en todo, con los más diversos disfraces. Quieren despojar al mundo libre de ese impulsor *Daleth,* si no lo logramos primero. Usted puede ayudarnos, Marta.

-Hablaré a mi marido -dijo ella, prestamente, con una fría sensación de temor en su pecho. No es que sirva de mucho, pues siempre hace su propia voluntad. Y, por lo demás, dudo que él pueda influenciar a alguien... -Se interrumpió cuando Baxter meneó la cabeza en un prolongado y lento *no.*

-No es eso lo que quiero decir. Usted conoce a todas las personas implicadas. Usted las visita socialmente. Usted ha visitado hasta el Instituto Atómico...

-¿Cómo lo sabe?

así que usted sabe mucho más sobre lo que está sucediendo que cualquiera no relacionado formalmente con el proyecto. Hay algunas cosas que quisiera preguntarle...

-No -dijo ella, sin aliento casi, y poniéndose vivamente en pie-. No puedo hacerlo... lo que usted está pidiendo. No es justo pedírmelo a mí. Devuélvame mi pasaporte, por favor. Debo irme.

Sin sonreír, Baxter metió el pasaporte en un cajón. cerrándolo. -Tengo que retenerlo. Sólo para un formalismo. Comprobar su número con los registros. Venga a verme la próxima semana. El recepcionista le dará la hora. -Fue a la puerta y puso la mano en el picaporte-. Estamos en guerra, Marta, en todo el mundo. y cada uno de nosotros somos soldados destacados en el frente. A algunos se les pide hagan más que otros, pero así son las guerras. Usted es una americana, Marta, no lo olvide nunca. No puede olvidar jamás a su país, ni que a él pertenece su lealtad.

Había algo final en el hecho de dejar vacío su armarito que deprimía a Nils. Tenía el número 121 en el aeropuerto de Kastrup, y siempre había tenido el mismo. Cuando ampliaron aquella sección y construyeron nuevos armaritos metálicos, él tuvo opción a elegir, como piloto danés más antiguo. Ahora estaba vaciándolo, pero cuando acabó de sacar la última ropa que había guardado allí, se percató de que estaba realizando la última operación, de que ya no tenía más derecho a él. Había de cedérselo legalmente a otro. Con toda rapidez posible, metió todo, los objetos acumulados en su bolso de

vuelo, y lo cerró. Al diablo con ello. Luego cerró la puerta del armario de golpe, y se march6 de allí.

En el pasillo, se dio de pronto cuenta de que alguien le llamaba por su nombre, y mir6 en derredor.

¡Inger! -La misma que viste y calza, gorila. Has estado volando demasiado tiempo sin mí. ¿No es hora de que contrates a una buena azafata para tus viajes a la Luna? Fue a grandes zancadas hacia él, juncal y de largas y bien torneadas piernas. Una excelente azafata, en verdad, un andante anuncio publicitario para la SAS. Llevaba falda corta, chaqueta redonda y ceñida, y el gorrito graciosamente inclinado en ángulo sobre su cabello rubio ceniza. Era el sueño entrevisto en la fatiga por un viajero, más alta que de estatura natural, casi tanto como Nils, una imagen sacada de una película sueca. y casi incidentalmente, la mejor y más experimentada azafata que tenía aquella línea aérea. Tomó la mano de Nils entre las suyas, muy cerquita de él.

-¿No será que has terminado de volar?

-He terminado de hacerlo, al menos con la SAS, por ahora.

-Claro. Ese importante secreto, el impulsor *Daleth,* del que no hacen más que hablar los periódicos. Pero no puedo creer que no volvamos a volar juntos otra vez!

Al decirlo, se arrimó más, y él sintió su calor contra su costado y la turgencia de sus pechos contra su brazo. Luego se echó hacia atrás, para no dar un espectáculo público.

-¡Dios, cómo lo desearía! -dijo él, y ambos rieron ante la súbita ronquera de su voz.

-Comunícame la siguiente vez que estés fuera -dijo ella. Consultó su reloj-. Tengo que darme prisa. Un vuelo dentro de una hora.

Agitó la mano despidiéndose, y él se fue por otro lado, recordándola. ¿En cuántos países habían estado? En unos dieciséis. La primera vez que formó ella parte de su dotación, habían acabado por acostarse juntos, por decisión mutua y casi automática. Había sido en un verano de infernal calor y atmósfera viciada de Nueva York. Pero habían echado las persianas de la habitación del hotel, y arrullados por el zumbido del acondicionador de aire se habían explorado con dulce abandono. No había sido pecado, sino una placentera aceptación sin pasado o futuro. Apenas pensaba en ella cuando no estaba presente, y no estaba celoso de los demás. Pero cuando se encontraban, ambos tenían el mismo pensArniento.

Fue tras una noche particularmente deleitosa en Karachi, que habían repasado el número de ciudades en las que se habían hecho el amor. Estaban agotados y ri6ndo, por que Nils le había comprado un álbum de fotografías lleno de eróticas esculturas y tallas de templos. Habían probado algunas de las posturas más eróticas, las que no necesitaban de otra compañía, bromeando demasiado para ejecutar realmente algo. Después de aquello, comenzaron a no perderse de vista. Nils se valió de su antigüedad para reclamarla en diferentes viajes, de forma que pudieran estar juntos, añadiendo nuevas ciudades a la prolongada lista. Pero nunca Copenhague, o ni siquiera Escandinavia, nunca en casa. Aquí era su patria, y resultaba algo diferente. Era una regla tácita a la que se atenían sin mediar palabras.

Abrió la puerta que daba acceso a la sala principal de la terminal. Una voz de muchacha anunciaba por el altavoz en una docena de idiomas la salida de los vuelos. En danés e inglés para cada uno, y luego en el idioma del país

de destino. Francés para el vuelo de París, griego para el avión de Atenas, y hasta japonés para el vuelo transpolar de la Air]apan a Tokio. Nils atravesó los grupos de gente hasta la pantalla de TV que emitía las llegadas o salidas, y que tenía al lado el correspondiente cuadro de los servicios. Había un vuelo corto para Malmoe, atravesando el Sound en Suecia, que podría ser muy conveniente. Skou estaba buscando siempre nuevos medios de eludir cualquier posible intento de seguimiento, y ésta era su última idea. Nils tuvo que admitir que era excelente.

Esperó en la sala principal hasta dos minutos antes de la hora de salida, y luego atravesó la parte administrativa del edificio, cuyo acceso estaba prohibido a los pasajeros. Ello le evitaría también posibles colas. Algunos empleados le saludaron al paso, y salió a la pista justo en el momento en que los últimos pasajeros embarcaban el vuelo de Malmoe. Fue el último en hacerlo, y cerraron la portezuela del avión tras él. La azafata le conocía, ni siquiera tuvo que enseñarle su pasaje, y fue directamente a la carlinga, sentándose en la butaca del navegante y departiendo sobre cosas del oficio con el piloto durante el breve trayecto. Al aterrizar, la azafata le dejó pasar el primero, y se dirigió en derechura al aparcArniento de coches. Allá estaba Skou, al volante de un nuevo Humber, y leyendo un periódico deportivo.

-¿Qué le sucedió al cacharro que conducía siempre? -preguntó Nils, instalándose junto a él.

-Un viejo trasto, verdaderamente... Tiene miles de kilómetros sobre él y lo he enviado al garaje para que lo revisen.

-El volante podría servir, acaso, para una carrocería y motor nuevos.

Skou lanzó una especie de bufido por sus fosas nasales y puso en marcha el coche, saliendo del aparcArniento y enfilando al norte.

Una vez fuera de la ciudad, la carretera de la costa ondulaba y serpenteaba entre aldeas, revelando fugaces vislumbres del Sound, a través de los árboles a su izquierda. Skou estaba concentrado en su tarea de conductor, y Nils tenía poco que decir. Estaba pensando en Inger, recuerdos eróticos, unos tras otros, algo nuevo para él. Normalmente, vivía los momentos de la existencia como venían, haciendo solo los proyectos futuros hasta donde era necesario, y olvidando el pasado como algo ya desvanecido e inalterable. Echaba de menos el volar, eso era cierto, dándose ahora cuenta de que había sido el principal elemento de su vida, en torno al cual giraba todo lo demás.

Sin embargo, no había llevado un avión desde... ¿cuándo? Antes del vuelo a la Luna. Le parecía que había sido enterrado en las oficinas y en aquel mugriento astillero durante años. El breve vuelo que acababa de hacer, sólo había conseguido fastidiarle. De pasajero...

-Déjeme conducir un poco, Skou -dijo de pronto. No acapare todo el entretenimiento.

-¡Este es un coche del gobierno! -y yo soy un esclavo del gobierno. Vamos. Si no me deja, informaré a sus superiores que se ha embriagado en el trabajo.

-Sólo tomé una cerveza con la merienda... y además una floja cerveza sueca. Debiera denunciarle a usted por chantaje. Pero, de todos modos, cedió su puesto en el volante a Nils, sin decir nada cuando apretó el acelerador.

Apenas había tráfico en la carretera, y la visibilidad era buena, con el sol poniente intentado atravesar las nubes. El Humber doblaba las curvas como

un coche deportivo, y Nils era excelente conductor, que iba rápido pero sin correr riesgos inútiles. Las máquinas eran algo que sabía cómo manejarlas.

Había casi oscurecido cuando llegaron a Holsingborg y atravesaron la vía férrea terminal del *ferry* por un sendero que les dejó justamente tras la puerta plegable de la proa del barco, siendo los primeros en embarcar. Skou bajó del coche para comprar un cartón de pitillos libre de impuestos y, durante el breve trayecto, Nils permaneció en el interior del Humber. El recorrido del *ferry,* breve como era, le sirvió de alivio. Contempló acercarse las luces del castillo y el puerto de Helsingor, y pensó en el trabajo que estaba a punto de realizar en la Galatea.

El guarda de la puerta del astillero reconoció a Skou y les dejó el paso libre.

-¿Cómo está la seguridad? -preguntó Nils.

-El secreto es la mejor seguridad. Hasta la fecha, los espías no han relacionado la tan cacareada nave en construcción con el proyecto de máximo secreto *Daleth.* Así, los guardias apostados aquí -y hay bastantes de ellos-, no aparecen como tales. Vea a uno de ellos, vendiendo salchichas con mostaza en ese carrito callejero. -¡Un ambulante! ¿Ya gana algo con ello? -Desde luego que no. Está a sueldo.

Aparcaron en el lugar habitual, tras los edificios, y Nils cambió eh el despacho su traje por otro de faena. Las gradas estaban silenciosas, excepto la de la Galatea donde se trabajaba ininterrumpidamente por turnos de veinticuatro horas. Había sido instalada en ella una iluminación de arco voltaico que alumbraba al herrumbroso casco aún no terminado. Era un subterfugio deliberado: la limpieza por chorro de arena y el pintado no se efectuarían hasta el último momento.

En su interior, ya era diferente. Subieron la escala y entraron a través de la cámara de presión intermedia de cubierta. Las luces se encendieron al cerrarse la puerta, exterior. Más allá de la parte interior, se extendía un blanco pasillo de piso cubierto de linóleo, y paredes empaneladas de teca. La iluminación era indirecta y discreta. En las paredes colgaban fotografías del paisaje lunar.

-Muy lujoso -dijo Nils-. En su última visita; el pasillo había estado pintado de minio.

-La mayor parte se ajusta a las especificaciones originales explicó Ove Rasmussen, que iba tras él-. Todo el interior fue especialmente diseñado. Hubo de hacer algunos cambios, desde luego, pero fueron muy pequeños en la mayor parte de los camarotes y en otras zonas generales. Quitaron los cuadros de castillos y pintorescas casas con techumbres de bálago, reemplazándolos por estas imágenes de la Luna. Nos las enviaron los soviéticos agradecidos. Vengan por aquí, que les tengo una sorpresa.

Caminaron por -un pasillo alfombrado, en el que se alineaban a ambos lados las puertas de los camarotes. Ove señaló a la última y dijo: -Usted primero, Nils-. Sobre la puerta de teca, una placa de latón rezaba *Kaptajnl (*Capitán). Nils abrió la puerta.

El camarote era espacioso, en parte despacho y en parte sala de estar, Con un dormitorio contiguo. La alfombra azul oscura estaba orillada de un cerco de pequeñas estrellas. Sobre el escritorio, que era una construcción moderna de palisandro y cromo, había montado un panel de instrumentos interconectados y una serie de aparatos de comunicación.

Librodot

-Un poco diferente de volar con la SAS -dijo Ove, sonriendo ante el asombrado reconocimiento de Nils. O también Con las Fuerzas Aéreas. y mire usted -aquí, su primer mando, en la verdadera tradición náutica.

Había en la pared, sobre el sofá, una gran fotografía en color del pequeño submarino volante posado sobre el suelo lunar, apareciendo claramente al fondo la distante Tierra.

-¿Otro regalo de los soviéticos? -rió Nils-. Todo esto es casi inconcebible.

-Presente personal del comandante Shavkun. La tomó antes de que pasaran a nuestra nave, ya lo recordará. Mire, está firmada por los tres.

-Un poco de pintura en el exterior, y la Galatea parece a punto. ¿Cómo van los progresos en el departamento de impulso?

-El generador de fusión está a bordo y ha sido Comprobado. Se han de hacer aún algunas pequeñas cosas... nada importante, platería y objetos por el estilo. y el impulsor *Daleth,* desde luego. Ha sido construido y Comprobado en el Instituto, y será lo último que venga.

-Lo último de todo, en efecto -dijo Skou-. Queremos tenerlo, tanto como sea posible, fuera de la tentación de nuestros espías. Para despistarlos, hemos puesto a la Universidad bajo nutrida guardia militar, de manera que supongo enfocarán su atención a ella. -Sonrió ampliamente-. Todos los hoteles están llenos. Entran muchas divisas extranjeras. Es una nueva industria turística.

-Y usted se encuentra en el Olimpo de la seguridad -dijo Nils-. No me extraña que conduzca ese nuevo Humber. ¿y dónde se encuentra Arnie Klein?

-Ha vivido abordo durante el último par de semanas -dijo Ove-. Hasta que fueran completadas las pruebas del generador del aparato *Daleth,* se ha ocupado de mi generador de fusión, y juro que ha hecho por lo menos cinco mejoras dignas de ser patentadas.

-Bajemos. Quiero ver la sala de máquinas. -Miró una vez más en derredor, admirativamente, antes de cerrar la puerta-. Lleva un poco acostumbrarse a todo esto. Comienza a ser un trabajo más importante de lo que me había supuesto. -

-Tranquilícese -le dijo Ove-. Ahora es un barco, pero va a ser un gran ingenio volante en cuanto lo haga despegar. Una especie de su *supersetecientos cuarenta y siete* que ha pilotado. Convendrá en que es mucho más fácil enseñarle a usted. a hacer volar un barco que al capitán de un buque hacerlo con lo que sea... ¿Es que sucede algo? -preguntó a Skou, quien se había detenido, con las ventanas de la nariz dilatadas de enojo.

-Un guardián debería haber estado delante de la puerta de la sala de máquinas las veinticuatro horas del día. -Con brusco movimiento empujó la puerta, que no se abrió.

-Cerrada por el interior -dijo Nils-. ¿Hay otra llave?

Skou no perdió el tiempo para buscarla, sino que sacando un pequeño revólver de grueso cañón, de la funda que llevaba pendiente del cinto, disparó contra la cerradura. Se desvaneció el humo y se abrió la puerta, pero sólo unos centímetros, pues algo la bloqueaba. Por el resquicio pudieron ver las piernas del guardián, quien oprimía la puerta con su cuerpo; éste resbaló cayendo sin pro- testar cuando ellos empujaron más fuerte para abrirla.

-Profesor Klein -llamó Skou, saltando sobre el cuerpo del guardián. Sonó el estampido de tres rápidos disparos, y se lanzó al suelo, con su arma

levantada pero sin contestar a los mismos-. Quédense donde están -dijo a los demás, poniéndose luego en pie.

Ove vaciló, pero Nils se abalanzó dentro, rodando por encima del guardián, sin tocarlo, e incorporándose a tiempo de ver un revoloteo de movimiento al cerrarse las cámara reguladora de presión de la gran sala de máquinas. Se puso en pie, corrió y empujó con fuerza, pero no logró abrirla.

-¡Cerrada por el otro lado! ¡Dónde está Arnie? -Con ellos. Lo vi. Dos hombres lo llevaban. Armados ambos. ¡Maldición! -Skou sacó su radio de bolsillo, la conectó, pero nada se oyó excepto el ruido estático.

-Su radio no funcionará aquí -le recordó Ove, inclinándose sobre el guardián-. Está usted rodeado de metal. Vaya a cubierta. Este hombre está sólo inconsciente, ha recibido un golpe.

Los otros dos se fueron y como no podía hacer nada por el guardián, Ove se puso en pie y corrió tras ellos.

Fue abierta la puerta de la cámara de presión mientras Skou voceaba en su radio en el puente.

Los resultados fueron casi instantáneos: él había estado preparado también para esta emergencia. Todas las luces del astillero se encendieron al instante, incluyendo los reflectores y los arcos voltaicos montados en grúas y buques en construcci6n. El astillero estaba tan claro como de día. Sonaron las sirenas en el puerto, los reflectores recorrieron las aguas, y dos lanchas de la policía se pusieron en movimiento. Nils bajó la escala, saltó los últimos metros que le separaban del suelo y fue corriendo a popa, donde estaba la salida de la cámara reguladora. La puerta exterior se abrió como en un bostezo, y tuvo el fugaz vislumbre de unas oscuras formas. Asió por el brazo a un policía que acudía corriendo.

-¿Tiene usted una radio? Magnífico. Llame a Skou. Dígale que han ido hacia el agua. Probablemente tienen una embarcación. No dispare. Son dos hombres. Llevan con ellos al profesor Klein. No podemos correr el riesgo de herirle. -El policía asintió con la cabeza, puso en funcionArniento el aparato, y entonces Nils prosiguió la persecución.

El astillero era un manicomio. Obreros corrían a resguardarse, mientras que coches de la policía penetraban por la verja de entrada, y sonidos de sirenas y cuernos hendían el aire. Skou recibió el mensaje de Nils mientras corría jadeante. Había guardias frente a él, convergiendo en el borde del agua y en la grada, donde las cuadernas de un buque en construcción se tendían como ganchudos dedos herrumbrosos al firmamento.

Un fogonazo brotó de detrás de un montón de planchas destinadas al casco, y un guardia se plegó, llevándose las manos al vientre y cayendo.

-¡No disparen! -ordenó Skou, avanzando solo. Enfoquen algunas luces ahí.

Alguien encendió una de arco voltaico siguiendo la dirección del faro de uno de los coches de la policía, y que iluminó brillantemente, como si fuese de día, el lugar indicado. Skou siguió adelante, solo.

Un hombre, todo de negro, apareció poniendo uña mano como pantalla sobre los ojos y empuñando en la otra una pistola de cañón largo. Disparó seguidamente dos veces, yendo a aplastarse una bala contra el metal, cerca de Skou, y rozando la otra su abrigo. Skou se detuvo, alzó su revólver y apuntó lentamente al blanco, con tanta calma como si estuviera en un campo de tiro. El intruso disparó de nuevo, y el arma de Skou restalló casi al mismo tiempo, pareciendo un simple disparo.

El intruso se sacudió, giró en redondo y se desplomó sobre las planchas de acero, sonando como una carraca al desplomarse la pistola de su mano. Skou lo señaló a dos policías para que lo examinaran y se hiciesen cargo del caído. Una línea de guardias y policías se acercaba tras él, y una lancha patrullera se aproximaba a la orilla roncando su motor y barriendo con el haz de su reflector las densas sombras de los accesos.

-¡Ahí están! -gritó alguien cuando cesó el movimiento de la luz del reflector, quedando fija. Skou se detuvo, e hizo seña a los demás de que lo hicieran también.

Las remachadas planchas de la quilla eran un escenario, las curvas cuadernas un proscenio, y la escena estaba iluminada. Era un drama de vida y muerte alli un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies estaba semiagazapado tras el desmayado cuerpo de Arnie, a quien asía rodeándole el pecho con un brazo, mientras que con la otra mano empuñaba un arma, el orificio de cuyo cañón se apretaba contra la cabeza de Arnie. Las sirenas cesaron, una vez realizada su misión de dar la alarma, y se tendió un súbito silencio, que rompió la voz del hombre, alta y ronca, pero de claras palabras. -¡Si se acercan, le mataré! Lo dijo en inglés, pero con acusado acento extranjero. No se produjo ningún movimiento entre los circunstantes cuando comenzó a arrastrar al inanimado cuerpo de Arnie hacia la orilla en sombras.

De ellas surgió Nils Hansen y situándose tras él le asió la mano, retorciéndosela y apartando el arma de la cabeza de Arnie. El hombre de negro gritó, por el dolor o por la sorpresa, y la pistola se disparó, perdiéndose la. bala en el aire. Con la mano libre, Nils arrancó a Arnie de su presa y se inclinó lenta y cuidadosamente para depositarlo sobre la plancha de acero que estaba en el suelo. El hombre que tenía cogido con una sola mano se retorció ineficazmente para soltarse, y comenzó luego a dar puñetazos a Nils, quien pareció no concederles la menor importancia hasta que, una vez cogida la pistola que había caído y arrojándola a lo lejos, dio con la palma de la mano un tremendo sopapo a su recalcitrante prisionero. Giró el hombre en redondo, y si no cayó, fue porque quedó colgando como un pelele de la manaza que le tenía asido.

-¡Quiero hablarle! -gritó Skou, corriendo apresuradamente.

Nils sostenía ahora al hombre con ambas manos, sacudiéndole para espabilarlo. Iba vestido con un traje de buceador, de caucho negro, y sólo tenía descubierta la cabeza. Su tez era cetrina y tenía un tenue bigote como dibujado con un carboncillo. En su mejilla aparecía la impresión roja de una gran mano.

Durante un breve momento, el hombre ya vuelto en sí forcejeó en un vano intento de soltarse de las garras de su aprehensor, viendo como los policías se aproximaban. Luego, ante la inutilidad de su forcejeo, se quedó quieto, percatándose quizá que ya no había escapatoria. Alzó su mano y se mordió la uña del pulgar derecho, en gesto al parecer pueril.

-¡Deténgale! -gritó Skou a Nils, dándose más prisa en acudir hacia ellos.

Una expresión de doloroso asombro se dibuj6 en el rostro del vencido. Se dilataron sus ojos y su boca se abrió en una boqueada. Se retorci6 en las manos de Nils, arqueando la espalda, hasta que se desplom6 inerte.

-Suéltalo -dijo Skou, abriéndole un párpado. Está muerto. Veneno en la uña.

-También el otro -dijo un policía-. Le disparó usted en...

Nils se inclinó sobre Arnie, que se removía y daba ligeras cabezadas, Con los ojos cerrados. Tenía una hinchazón morada tras una oreja.

-Parece que está bien -dijo Nils, alzando la vista. Reparó de pronto en la sangre de la pernera del pantalón y del zapato de Skou y goteando sobre la plancha de metal-. ¡Está usted herido!

-La misma pierna de siempre. Es mi blanco. No importa. Es más importante llevar al profesor al hospital. ¡Vaya jaleo! Sean quienes sean, nos han pescado. En adelante la cosa va a estar que arde.

15

Sentado en la oscuridad en su butaca del puente de mando, Nils Hansen intentaba imaginarse operando aquellos controles de la Galatea. Normalmente, no era hombre muy imaginativo; podía en caso necesario representarse cómo funcionaría una máquina, cómo se comportaría. Había sido piloto de pruebas de casi todos los aviones de propulsión a chorro comprados por la SAS, así como otros nuevos experimentales de las Fuerzas Aéreas. Antes de pilotar un avión, estudiaba sus planos y su construcción, se sentaba en un prototipo, y hablaba con los ingenieros. Así se informaba de todos los intríngulis del aparato, queriendo saber todo lo más posible antes de que le elevara en el aire. Nunca se aburría ni se apresuraba. Otros se exasperaban ante su insistencia de examinar cada detalle, pero él jamás se cansaba de hacerlo. Una vez en el aire, estaba en su elemento. Cuanto más conocimiento llevaba consigo a lo alto, más probabilidades tenía de un vuelo logrado... y de regresar con vida.

Ahora, sus poderes particulares habían sido ampliados al máximo límite. Aquella nave era tan imposiblemente grande, y sus principios tan nuevos. Sin embargo, había volado en *El Calamar Volante*, y aquella experiencia era la más valiosa de todas. Recordando los problemas, había trabajado con los ingenieros en disponer los controles e instrumental. Tendiendo la mano, la posó sobre la rueda del gobernalle, la misma rueda corriente comprada en un almacén, que tenía el Boeing 707 de propulsión a chorro. Se sintió casi como en casa. Aquélla estaba conectada con el impulsor *Daleth,* y se emplearía en maniobras de precisión tales como el despegue y el aterrizaje. Altímetro, indicador de la velocidad del aire, otro de la del aparato, de consumo de energía. Sus ojos se movieron de uno a otro, infaliblemente a pesar de la oscuridad.

Había una hermética y amplia portañola a presión instalada en el mamparo de acero ante él, que proporcionaba ahora una buena vista del astillero y del puerto. Aunque eran más de las dos de la madrugada y hacía tiempo que Helsingor estaba dormido, la zona de todos los lados del astillero estaba brillantemente iluminada y llena de movimiento. Coches de la policía cruzaban lentamente a lo largo del terreno ribereño, y fulguraban sus faros en las estrechas callejas laterales. Un pelotón de soldados se movía en formación suelta entre los edificios. Focos extra se habían montado sobre las farolas normales de las calles, de forma que toda la zona irradiaba. El torpedero *Heiren* estaba anclado en el muelle más alejado del puerto.

Se oyó un ruido de motores cuando se abrió la puerta del puente y entró el radiotelegrafista a ocupar su puesto. Iba tras él Skou, apoyado en una sola muleta. Se quedó durante un momento en pie junto a Nils, recorriendo con la vista sus fuerzas de defensa apostadas en el exterior y, con un

Librodot

gruñido, probablemente de satisfacción, se dejó caer en la butaca del segundo piloto. -Saben que estamos aquí -dijo-. Pero eso es todo lo que sabrán. ¿Cómo va este cacharro? -Probado, recomprobado, y vuelto a comprobar varias veces más. He hecho cuanto he podido, y los ingenieros e inspectores han revisado cada pulgada del casco y cada pieza del equipo. Aquí están sus informes firmados. -Levantó una gruesa carpeta que contenía un gran fajo de documentos-. ¿Algo nuevo sobre los visitantes de la semana pasada? -Nada en absoluto. Equipos de buceador comprados en Copenhague. Sin marcas, etiquetas, ni otros distintivos. Sus armas eran alemanas del calibre treinta y ocho, cosecha de la Segunda Guerra Mundial. Podían provenir de cualquier lado. Pensamos haber podido tener una pista por sus huellas dactilares, pero la identificación resultó errónea. La comprobé yo mismo. Dos hombres invisibles, de ninguna parte. Así pues, no sabrá nunca el país que los envió.

-No me importa realmente. Un guiño es tan bueno como un gesto de asentimiento. Alguien nos ha guiñado, y después de esta polvareda, todo el mundo sabe que algo pasa aquí. Lo que no saben es qué, y yo los mantengo lo bastante apartados para que no sepan más. -Se inclinó hacia delante para mirar la reluciente esfera del cronómetro-. No falta mucho para partir. ¿Todo preparado?

-Todos en sus puestos, listos para cuando den la orden. Excepto Henning Wilhelmsen, que está echado o durmiendo hasta que le llame. A él le toca actuar esta noche.

-Será mejor que le llame ya. Nils tomó el teléfono y marcó el número de Henning, recibiendo una respuesta inmediata.

-Aquí el comandante Wilhelmsen.

-Puente. Preséntate en seguida.

-Voy allá. -¡Mire! -dijo Skou, apuntando la carretera al extremo del puerto, donde habían aparecido media docena de soldados en motocicleta-. Todo marcha como la seda... e ira aún mejor. La fuerza ha permanecido en el castillo de Fredensborg, a veinte minutos de aquí.

Dos camiones abiertos, repletos de soldados, venían tras las motocicletas, siguiendo más de éstas como batidores de un Rolls Royce sumamente pulido, y cerrando el desfile más soldados. Como si esta aparición hubiese sido una señal e indudablemente lo era, otros camiones de soldados brotaron también de los cuarteles del castillo de Kronborg, donde habían estado en alerta espera. Cuando el convoy y el coche que custodiaban llegó ala entrada del astillero, un sólido y nutrido cordón de tropa lo rodeó.

-¿Qué hay de las luces del interior?

-Puede ya encenderlas. Es obvio a toda la ciudad que algo se consuma.

Nils conectó la iluminación ultravioleta del panel de control, y todos los instrumentos destellaron con frío fulgor. Skou se frotó las manos y sonrió. -Sí, todo funciona como un reloj. Observe que yo no mando a nadie. Todo ha sido previamente dispuesto. Cada espía-turista que se encuentra en la ciudad está tratando de ver lo que está sucediendo, pero no puede acercarse mucho, se llevarán un chasco. Los buenos daneses están en la cama a estas horas, y no sufrirán ninguna molestia. Pero todas las carreteras están cerradas, los trenes no andan, y los teléfonos no funcionan. Hasta los carriles de las bicicletas están interceptados, y todas las carreteras y caminos hasta los senderos que atraviesan los bosques, custodiados.

Librodot

-¿Y no ha dispuesto usted halcones para apresar a cualquier paloma mensajera?

-¡No! Por Dios... ¿debiera haberlo hecho? -Skou pareció preocupado y se mordió el labio, hasta que vio la sonrisa de Nils-. ¡Bah, está usted bromeando! No debiera hacerlo. Soy viejo ya y, quien sabe, mi corazón puede pararse en cualquier momento a causa de una conmoción súbita.

-Usted va a sobrevivirnos a todos nosotros -dijo Henning Wilhelmsen, entrando en el puente. Llevaba su mejor uniforme, con su gorra de plato y todo, y saludó a Nils según las ordenanzas.

-A la orden, señor.

-Sí, desde luego -dijo Nils, tanteando bajo el panel de control para coger su propia gorra-. Despacha a ese tipo que se sienta en tu butaca y pasaremos lista antes de la botadura.

Encontró su gorra y se la encasquetó, pero se sintió incómodo y se la quitó, quedándose contemplando el nuevo emblema que llevaba en la parte delantera y que era el símbolo *Daleth* en un campo de estrellas. Con rápido movimiento, la volvió a arrojar al lugar donde estaba.

-Quítate tu gorra -dijo con firmezA a Henning-. No se usarán gorras en el puente.

Skou se detuvo en la puerta y volviéndose dijo: -y así nace la primera gran tradición de la Fuerza Espacial.

-Ni tampoco se permitirá la entrada de civiles en el puente -replicó Nils tras la figura que se retiraba riendo entre dientes.

Repasaron el rol, comprobando que estuviesen los hombres en sus puestos, para lo cual Henning conectó el teléfono interior y dio las órdenes necesarias a cada Compartimiento del barco. Nils miró afuera por la portañola, prendiéndole la atención un repentino movimiento abajo. Una cabria de horquilla plantaba una plataforma prefabricada, ya tapizada y con colgaduras y banderas. Fue instalada justamente en la curva de proa, y hombres portadores de cables subieron a ella por la escalinata de su parte trasera. Todo iba desarrollándose de acuerdo con lo establecido. Sonó el teléfono y Henning contestó.

-Están ya con los teléfonos conectados a esta chapuza -dijo a Nils.

-Diles que estén preparados. Conecta con el teléfono interior después que des una señal de alerta a todos los puestos.

La tripulación esperaba en ellos, presta a las órdenes. Se les comprobó, uno por uno, mientras que Nils contemplaba el grupo de notables que se adelantaban. Una banda militar había aparecido y tocaba briosamente, llegando al puente un tenue sonido a pesar del hermético casco. El grupo subió a la plataforma, siguiendo a una mujer de elevada estatura y cabello castaño.

-La Princesa Real Margarita -dijo Nils-. Ea, conecta.

La pequeña plataforma se llenó pronto, y oyeron desde el puente el discurso oficial, que fue extraordinariamente breve -las disposiciones de seguridad de Skou debieron haberlo requerido así-, y la banda atacó otra marcha. Su Alteza Real dio unos pasos adelante cuando uno de los tripulantes que estaba en cubierta descendió a la plataforma un cable del cual pendía una botella de champaña. La voz de la princesa era clara y sencillas sus palabras.

-Yo te bautizo, Galatea... Se oyó claramente el estallido de la botella contra el casco de acero. A diferencia de los bautizos corrientes de buques, éste no

fue botado en seguida. Los componentes oficiales del séquito se retiraron a posiciones dispuestas, y fue quitada la plataforma. Sólo entonces se dieron las órdenes de botadura. Se quitaron las cuñas, y un súbito estremecimiento recorrió el buque. La banda ejecutó ahora el Himno Nacional.

-A todos los compartimientos -dijo Nils por el micrófono-. Ved que vuestro equipo suelto esté asegurado como se instruyó. y ahora, sosteneos, porque habrá una sacudida cuando entremos en el agua.

Se movieron, cada vez con mayor rapidez, hacia las oscuras aguas. Un temblor, más bien un alzArniento que un choque recorrió la estructura de la nave al chocar con aquéllas, quedando detenida luego por la inercia de su peso, balanceándose en las olas levantadas por el propio impulso. Los remolcadores y embarcaciones de servicio se acercaron a ella.

-¡Perfecto! -exclamó Nils, descansando ahora sus manos que habían estado asidas al borde del panel de control-. ¿Es la botadura siempre una cosa tan movida?

-Nunca -respondió Henning-. La mayoría de los barcos están a medio terminar cuando son botados, y nunca oí de alguno que lo fuera que no sólo estuviese listo para hacerse a la mar, sino que tuviese a bordo toda su tripulación. Es bastante raro.

-Tiempos insólitos requieren circunstancias insólitas -respondió Nils tranquilamente, ahora que había pasado la tensión de la botadura-. Toma el gobernalle. Tú tienes el mando mientras estemos en el mar. Pero no lleves la nave abajo, como lo harías con uno de tus submarinos.

-Recorreremos la superficie la mayor parte del tiempo ~Henning estaba orgulloso de su pericia náutica-. Conecte con el circuito de mando ordenó al operador de la radio.

Mientras Henning se aseguraba de que todos los puntales de la botadura habían sido zafados y de que los remolcadores se hallaban en la posición debida, Nils comprobó los compartimientos. No se había producido ningún daño, ni habían embarcado agua. Estaban listos para zarpar.

Podían haberlo hecho por su propia potencia, pero habían decidido que los remolcadores los sacaran primero del puerto. Nadie sabía qué clase de características presentaría el manejo de esta nave tan poco ortodoxa, de modo que no pondrían en funcionArniento sus máquinas hasta que estuviesen en las aguas libres del Sound. Tras un breve intercambio de silbidos los remolcadores comenzaron a actuar. Al moverse lentamente por el puerto, siguiendo al torpedero que había levado anclas y les precedía, tuvieron la primera vista despejada de la superficie del mar que ante ellos se abría.

-Una botadura secreta -dijo Henning, señalando a la muchedumbre que estaba en los muelles y el rompeolas, vitoreando y agitando sus manos, viéndose por doquier banderas danesas.

-Todo el mundo sabía en el pueblo que algo se cocía aquí. Una vez botados, ya no se puede impedir que se manifiesten.

Los remolcadores trazaron un amplio arco y la nave fue deslizándose entre el griterío y agitar de manos de la muchedumbre, muchos de cuyos componentes vestían abrigos sobre los pijamas, y una abigarrada mezcolanza de gorros de piel, impermeables, *anoraks* toda la ropa en fin que podía uno echarse rápidamente encima. Nils resistió un gran impulso de agitar también la mano en correspondencia. Luego se encontraron más allá de las luces, en las aguas del Oresund, y las primeras olas rompieron contra

los costados, barriendo en cubierta las botas de los tripulantes que atendían a los cables de remolque.

Ya bien alejados de la orilla, los remolcadores desamarraron, tocaron sus silbatos en señal de despedida, y giraron en derredor.

-Despejar cubierta y cerrar escotillas -ordenó Henning.

Había otra serie separada de controles en el puesto del segundo piloto, a emplear sólo en la navegación de superficie. Dos grandes motores eléctricos estaban montados en una especie de gárgolas adosadas al casco y algunos cables conectados con el dispositivo de seguridad aseguraban una continuidad hermética. Cada motor movía una gran hélice de seis palas. No había timón: las maniobras se efectuaban variando la velocidad relativa de las hélices, que podían hasta girar en direcciones opuestas. Su regulación y manejo era controlado desde el puente por un computador que efectuaba y ajustaba toda la operación.

Henning hizo funcionar los reguladores, v la Galatea se puso en marcha. No pegada a la orilla ya, ni remolcada, era una nave autónoma. Las olas se rompieron contra la proa, recorrieron las amuras, y se aplastaron en cubierta al aumentar la velocidad. Las luces de Helsingor fueron desvaneciéndose del todo tras ellos. Una ráfaga de espuma dio un latigazo en el puente.

-¿Qué velocidad llevamos? -preguntó Nils. -Unos estupendos seis nudos. Nuestro casco tiene todas las magníficas características de una salsera.

-Esta será tu primera y última travesía oceánica, así que tranquilízate. -Hizo un rápido cálculo-. Una reducción a cinco nudos nos llevará a puerto al amanecer.

-¡Ay, si, señor.

Su primera travesía transcurría más suavemente de lo que cualquiera hubiese esperado. Hubo algo de filtración de agua por una de las escotillas. pero ello fue causado por un pasador de medida inexacta y podrían cambiarlo por otro de repuesto (en cuanto atracasen). En la semioscuridad del puente, Nils cruzó sus dedos... ¡Si todo fuese así!

-¿Quieres un poco de café, Capitán? -preguntó Henning-. Lo tengo hecho y puesto en termos desde antes de que cerrásemos la cocina.

-Es una buena idea. Manda a buscarlo. Un marinero de elevada estatura, largas patillas y gran mostacho lo trajo pocos minutos después con gran ruido de sus botas de agua y un amplio saludo.

-¿Quién diablos es usted? -preguntó Nils. Nunca había visto antes a aquel hombre.

-Es uno de los tres hombres de cubierta que me dijiste buscara -respondió Henning-. Vinieron abordo justamente esta tarde. Jens, aquí presente, se presentó voluntario para este destino hace meses. Dice que tiene experiencia con el impulsor *Daleth.*

-¿Que... qué? -Sí, señor Capitán. Ayudé a soldar el primero experimental. De poco no destrozó nuestro barco. El capitán Hougaar está intentando aún encontrar a alguien para ponerle pleito.

-Bien... contento de tenerle abordo, Jens -dijo Nils, consciente de los términos náuticos, aunque nadie pareció darse cuenta.

Continuó el lento viaje. Había menos de treinta kilómetros por mar de Helsingor a Copenhague, y les estaba llevando más tiempo que el recorrido de los cientos de miles a la Luna. No tenían otra alternativa. Hasta que se

Librodot

instalara el impulsor *Daleth,* rio eran más que un cascajo movido por una escasa potencia eléctrica.

El horizonte del este aparecía teñido del oro del alba cuando llegaron a la entrada del Puerto Libre de Copenhague. Dos remolcadores les esperaban, los cuales ataron sus amarras y los llevaron suavemente al lugar que les estaba destinado.

-Llegamos a la hora justa -dijo Nils, apuntando al convoy que cruzaba el muelle-. Han debido de estar rastreándonos todo el tiempo. Skou me dijo que tenía casi una división de soldados desplegada aquí, cubriendo cada pie de trayecto desde el Instituto. Ya tengo ganas de que pase todo. -Cerró y abrió los puños, lo cuál era su único signo de tensión.

-y también yo. Nada puede fallar. Demasiadas precauciones, pero todavía...

-Todavía está la carne en el asador. Ahí está el impulsor. -Apuntó al bulto envuelto en plástico que estaba siendo sacado del camión junto a una grúa-. y los profesores estarán con él. Todo en un cesto. Pero no te preocupes, parece como si el ejército danés al completo estuviese ahí afuera. A no ser una bomba atómica, nada tendría que hacer hoy aquí. -¡Y qué es lo que la detendrá!. -La cara de Henning estaba pálida y tensa-. Hay una serie de ellas en el mundo, ¿no es así? ¿Qué detendría a alguien que no pudiera conseguir el impulsor, el disponerlo de forma que nadie lo lograse tampoco? ¡equilibrio del poder..!

-Cállate. Tienes demasiadas imaginaciones. -Nils quiso decirlo amablemente, pero hubo un inesperado tono duro en sus palabras.

Ambos alzaron la vista, sobresaltándose un poco cuando una formación de aviones a chorro, brillantes al sol naciente, pasó con su peculiar sonido estridente a no mucha altura de la nave.

-Nuestros -dijo sonriendo Nils. -Quisiera que se diesen prisa -respondió Henning, no pareciendo animado por la afirmación de Nils.

Se requería un trabajo de precisión para embarcar el gigantesco *Daletb* y montarlo, de manera que todos los preparativos que para ello se hacían parecían ser desesperadamente lentos. Con la Galatea bien atracada al muelle fue abierta la gran escotilla del cuartel de popa, y una grúa inclinó su cuello de acero sobre ella, dispuesta a alzarla. La escotilla se usaría sólo una vez, soldándosela luego al cerrarla. La gran plancha de acero fue apresada por la grúa y llevada lentamente al muelle. La otra grúa entró en acción alzando el bulto tubular del impulsor *Daleth,* el cual penetró cuidadosamente por la escotilla.

Sonó el teléfono y Nils respondió, escuchando y asintiendo. -Está bien. Llévelo a mi camarote. Lo veré alla. Colgó y no hizo caso de las cejas de Henning alzadas interrogadoramente. -Toma el mando; no tardaré.

Un oficial con el uniforme de la *Livgarden,* la Guardia de Corps Real, estaba esperando cuando llegó. Saludó militarmente y tendió un grueso sobre color crema, lacrado. Nils reconoció el sello estampado en el lacre.

-Espero respuesta -dijo el oficial. Nils asintió y rasgó el sobre, leyendo el breve mensaje, y yendo luego a su escritorio, en el cual estaba el servicio de escribir con el distintivo de la nave y que aún no había sido utilizado. Tomó un pliego era el primer mensaje de importancia- y escribió una breve nota. Lo metió en un sobre y lo tendió al oficial.

-¿Supongo que no hay necesidad de poner la dirección? -preguntó.

-No, señor. -El oficial sonrió-. En nombre personal y de todos mis compañeros, permítame desearle la mejor de las suertes. No creo que tenga usted idea de lo que todo el país siente hoy.

-Me parece que estoy empezando a comprenderlo. -Se saludaron y se estrecharon la mano.

De vuelta al puente, Nils pensó en la carta que estaba ahora guardada en su caja fuerte.

-¿Supongo que no me lo contarás? -preguntó Henning.

-No hay razón para que lo hiciera. -Guiñó un ojo y dijo luego al operador de radio, que era la única otra persona que estaba en el puente-. Neergard, tómese un descanso. Le espero aquí dentro de quince minutos.

Hubo un silencio hasta que se cerró la puerta. -Fue del Rey -dijo Nils-. La ceremonia pública fijada para esta tarde es una ficción. Una cobertura. Van a anunciarla, y se supone que amarraremos junto al Palacio Amalienborg... pero no lo haremos. Tan pronto como estemos listos, saldremos de aquí... en marcha ya a nuestra misión. El rey nos desea buena suerte, y lamenta no poder habernos visto. Bien, una vez fuera del puerto y en mar libre, el siguiente paso será...

-¡La Luna! -dijo Henning, mirando a los soldadores que trabajaban en cubierta.

16

Marta Hansen había dormido mal. No era el estar sola en la vacía casa lo que le incomodaba... pues eso había sido cosa corriente cuando Nils estaba en vuelo. Quizá se había acostumbrado demasiado a tenerle junto a ella últimamente, de forma que la gran cama doble le parecía vacía ahora que se había ido.

Tampoco era eso. Algo muy importante y quizá peligroso, estaba sucediendo y él no había sido capaz de hablarle de ello. Después de todos aquellos años de matrimonio, le conocía lo suficientemente bien como para saber cuando la estaba ocultando algo. Mañana, quizá dentro de unos días, le había dicho él, desviando la conversación y encendiendo la televisión. Era mucho más que eso, ella lo sabía, y el conocimiento la mantenía despierta. Había dormitado, se había despertado sobresaltada, y no había podido volver a conciliar el sueño. Demasiado cansada para leer, estaba también demasiado nerviosa para dormir, y no hizo sino dar vueltas en la cama y poner de mil maneras la almohada, hasta el alba. Entonces renunció y, tras llenar la cafetera eléctrica, tomó una ducha.

Sorbiendo el café demasiado caliente, trató de encontrar algunas noticias en la radio, pero no había nada. Al poner la onda corta oyó una incomprensible perorata en un idioma gutural, luego pasó a música ligera árabe y, por fin, dio con las noticias del servicio mundial de la BBC. Había un informe sobre el continuo estancArniento en las conversaciones sobre el Sudeste asiático, y se sirvió más café, derribando casi la taza cuando oyó *Copenhague.*

«...han sido hechas declaraciones incompletas, no oficiales. Los testigos observadores dicen que la ciudad está llena de tropas, y que hay gran actividad a lo largo de la zona marítima. Informes, no oficiales asimismo, lo relacionan con el Instituto Nils Bóhr, y la especulaci6n general versa sobre

que se puede estar procediendo a nuevos ensayos del llamado impulsor *Daleth.»*

Subió el volumen, de manera que pudiese seguir escuchando mientras se vestía. ¿Qué estaba sucediendo? Y, más importante aún era la pregunta que intentaba evitar todo el tiempo, ¿cuán peligroso era? Desde que resultaron muertos unos espías, y Arnie herido, estaba con el continuo temor de sucesos aún peores.

Ya vestida y enguantada, y con las llaves del coche en mano, se detuvo en el dintel de la puerta. ¿A dónde iba, y qué estaba haciendo? Aquella prisa casi histérica le pareció de pronto de lo más idiota. No podía ayudar a Nils en nada. Dejándose caer en una silla del vestíbulo, contuvo el tremendo impulso de echarse a llorar. La radio seguía hablando aún.

«...y un despacho que acabamos de recibir indica que la nave experimental a la que tan frecuentemente se ha referido la Prensa, no se encuentra ya en el astillero de Elsinor. Puede pues suponerse que existe alguna relaci6n entre este hecho y los acontecimientos de Copenhague...»

Marta cerró tras sí la puerta de golpe y abrió el garaje. No había nada que ella pudiera hacer, lo sabía, pero no soportaba quedarse en el silencioso chalecito del apartado barrio residencial de las afueras. La calle estaba desierta a aquella hora, y al poner en marcha el coche y acelerar, rumbo a la ciudad, sintió que, de todos modos, estaba haciendo lo que debía.

Mas ello no le pareció tan claro al llegar a Copenhague, que se había convertido en un laberinto de calles cerradas ala circulación rodada y soldados con fusil al brazo. Fueron muy corteses, pero no le dejaron pasar. Sin embargo siguió intentándolo, probando en torno a la zona de creciente tráfico, descubriendo que parecía haberse tendido un anillo en derredor del Puerto Libre. Una vez percatada de ello, giró en redondo y se introdujo por estrechas callejas en nueva dirección al terreno ribereño, hacia el lado del castillo de cinco fosos que constituía el flanco sur del puerto, hallando por fin un lugar donde aparcar el coche. Pasaban peatones, y podía ver más gente aún, próxima al borde del agua.

El viento del Sound le extrajo el calor del cuerpo, y no había medio de evitarlo. Más y más gentes llegaban, y el aire estaba lleno de rumores cuando escudriñaban el Oresund ante ellos, en busca de alguna señal de actividad marina. Algunos de los espectadores habían traído radios, pero no hubo nuevas noticias que mencionasen los misteriosos acontecimientos del Puerto Libre.

Pasó una hora, y otra, y Marta comenzó a preguntarse qué era lo que estaba haciendo allí, unida a los demás. El frío le traspasaba hasta los huesos. Las radios resonaban, y un súbito coro de siseos provino de los grupos que las rodeaban. Marta intentó acercarse más, pero no pudo, aunque sí logró sacar la sustancia del anuncio danés.

La Galatea... una botadura oficial... ceremonia... Palacio Amalienborg por la tarde... Hubo más, pero ya le era bastante y, cansada y helada, volvió al coche. Estaba segura de ser invitada a algún acto oficial. Probablemente estaban ahora intentando llamarla. Mejor sería echar una cabezadita primero, y llamar luego a Ulla Rasmussen para consultarle sobre el vestuario.

Un hombre apareció ante ella, cerrándole el paso. -Está usted temprano en pie, Marta dijo Bob Baxter-. Este debe ser un día importante para usted. -

Sonrió al decirlo, pero ni las palabras ni la sonrisa eran sinceras. Ella se dio cuenta de que no se trataba de un encuentro fortuito.

-Usted me siguió aquí. ¡Ha estado vigilando mi casa!

-La calle no es lugar adecuado para hablar... y parece tener usted frío. ¿Por qué no entramos en ese pequeño restaurante? Algo de café y un poco de desayuno le hará bien.

-Yo me voy a casa -dijo ella, pero él le detuvo con un brazo.

-No celebró usted la entrevista conmigo, como convinimos. Los asuntos de pasaportes pueden ser serios. Vamos... ¿qué dice usted si tratamos esto de manera no oficial y nos sentamos para tomar juntos una taza de café? ¿Puede haber algo de malo en ello?

-No -Marta sintió de pronto aumentar su cansancio. No serviría de nada irritar al hombre. Una taza caliente de café le sentaría muy bien. Le permitió que le tomara del brazo y abriese la puerta del establecimiento.

Se sentaron junto al ventanal, con una vista del Sound sobre los techos de los coches aparcados. El calor le hizo bien, y mantuvo puesto el abrigo. El se despojó del suyo, colocándolo en el respaldo de la silla y encargó café a la camarera. No hablaron de nuevo hasta que les fue servido y estuvo la muchacha fuera del alcance del oído.

-¿Ha pensado usted en lo que le pedí? -preguntó Baxter, sin ningún preámbulo.

Miró ella su taza de café al responder. -A decir verdad, no. No hay nada que pueda yo hacer para ayudarle.

-Yo soy el mejor juez para saberlo. Pero a usted le gustaría ayudar, ¿no es así, Marta?

-Desde luego, pero... -Bien, eso es ya mucho más razonable. -Ella se sintió atrapada por sus palabras: una generalización se tornaba de pronto en una promesa concreta-.

-No hay ningún «pero» en ello. Ni nada muy difícil o diferente que tenga usted que hacer. Usted se ha hecho últimamente muy amiga de la esposa del profesor Rasmussen, Ulla. Continúe esa amistad.

-*Ha estado* usted vigilándome, ¿no es así? El descartó la pregunta con un movimiento de la mano, como si no mereciese una respuesta.

-Y usted conoce también a Arnie Klein. Ha estado en casa de usted unas cuantas veces. Haga por conocerle mejor asimismo. El es el hombre clave del asunto.

-¿y no quiere que duerma con él también?- preguntó ella, con súbito estallido de cólera contra sí misma, contra aquel hombre, y contra las cosas que le sucedían.

El no mostró enojo, aunque en su rostro se marcó una expresión desaprobadora.

-Ha habido personas que han hecho cosas mucho peores por su país. Yo he consagrado mi vida a este trabajo, y las he visto hasta morir. Así que le agradeceré que se guarde para usted misma sus pequeñas bromas eróticas a lo Mata Hari. ¿O desearía bromear sobre los muchachos que fueron torturados y muertos combatiendo contra los japoneses y los coreanos y los demás? Murieron para dar seguridad al mundo, de manera que pudiera usted ser una americana libre y vivir donde le placiera y hacer lo que le gustara. Libre. Usted cree en América, ¿no es así?

Lo dijo como conminándola a un juramento, en desafiante espera.

-Desde luego -respondió ella finalmente-, pero... -No hay «peros» en la lealtad. Al igual que el honor es indivisible. Usted sabe lo que su país necesita, y usted hace una elección libre. No hay ninguna necesidad de retirarle su pasaporte o de coaccionarle de las diversas maneras posibles...

«¿No? -pensó ella, asqueada-. ¿Por qué mencionarlo entonces?»

puesto que es usted una mujer inteligente. Usted no hará nada deshonroso, puedo garantizárselo. Usted ayudará a enderezar un entuerto.

Su voz fue ahogada por una escuadrilla de reactores en vuelo bajo, y volvió la cabeza rápidamente para mirarlos, apuntándolos luego con breve y torcida sonrisa.

-Nuestros -dijo. ¿Sabe usted cuanto cuesta uno de esos aparatos? Se los dimos a Dinamarca. y armas, tanques, barcos y todo lo demás. ¿Sabe usted que nuestro país pagó el *cincuenta por ciento* de todo el costo de rearme de Dinamarca tras la guerra? Así lo hicimos, aunque sea cosa ya olvidada. No es que esperásemos gratitud... aunque creo que un poco de lealtad no hubiese venido mal. Pero temo que tengamos una gran dosis de egoísmo. ¿Qué puede la *minúscula* Dinamarca hacer en este mundo moderno? -Hubo en el acento de sus palabras algo más que un poco de desdén-. Pueden sólo ser codiciosos y olvidar sus responsabilidades y también el que nada permanece secreto durante mucho tiempo en esta época. ¿Recuerda los espías rojos y la bomba atómica? Pues sus espías están actuando aquí ahora mismo. Quieren conseguir el impulsor *Daleth.* y cuando lo logren... será el fin del mundo tal como lo conocemos. Moriremos o nos esclavizarán. y ahí acabará todo.

-No tiene por qué ser así.

-No... porque usted va a ayudarnos. América ha sido el único bastión del mundo ya antes, y no nos cohíbe el asumir esa misión de nuevo. Pues nosotros podemos garantizar la paz.

«Como en Vietman, Laos y Guatemala», pensó ella, pero estaba demasiado desanimada para decirlo en voz alta.

Los reactores surcaron el aire de nuevo, trazando círculos más a lo lejos, en el Sound.

-Supongo que desea usted ir a casa a prepararse, pues me imagino que estará invitada a la gran recepción de esta tarde con motivo de la botadura de la Galatea. Su esposo debe estar relacionado con este proyecto. ¿Qué es lo que hace?

Era una pregunta que podía ella responder, y él lo conoció por la pensativa expresión de su rostro. El silencio se prolongó.

-Vamos, Marta -dijo él, animadoramente-. No está usted tratando con *esa* gente. Fue dicho con más tono de humor que como insulto, como si fuese inimaginable tratar con el Diablo en vez de con Dios.

-Es capitán de la nave -respondió, casi sin pensarlo, eligiendo el lado bueno. Sólo después se dijo a sí misma, que ello no tardaría en ser de conocimiento público, que todo el mundo lo sabría. Mas no ahora. Ahora se había anticipado, había tomado una postura.

Baxter no se recreó por ello, sino que se limitó a asentir, como si lo que había dicho fuese justo y natural. Miró por la ventana y ella vio dibujarse en su cara la primera señal de verdadera emoción que expresara. Volvió a seguir su mirada y se sintió súbitamente fría, más fría de lo que había estado afuera.

-Allí está la Galatea -dijo él, apuntando a la chata forma que había aparecido al exterior del Sound. Ella asintió, con la mirada fija en la embarcación-. Dios, no hay por qué mentirla ahora. Sabemos también algunas cosas. Ayer noche estaba en -Elsinor, y se trasladó aquí para algo, probablemente en busca del impulsor *Daleth.* Usted podrá echarle un vistazo más detenido, pues probablemente irá a bordo. -Volvió la cabeza para mirarla con fijeza que encerraba un mensaje: *Si ello sucede ya sabe lo que tiene que hacer.*

Ella apartó la vista. Estaba comprometida, lo sabía. Había tomado partido. No estaba exactamente segura de cómo había podido suceder.

Los reactores siguieron de nuevo a baja altura, y se vieron lanchas torpederas rondando la Galatea que hendía desgarbadamente las pequeñas olas.

-Se detiene -dijo Baxter-. ¿Por qué será?...Acaso algún contratiempo... -Luego se dilataron sus ojos y se levantó a medias en su silla-. ¡No! ¡No van a hacerlo...!

Pues lo estaban haciendo. Las lanchas torpederas se apartaron y los reactores se alejaron y, tan ligera como un globo, la Galatea se alzó del agua. Por un momento quedó suspendida sobre el mar, invisiblemente sostenida y luego se movió hacia arriba, cada vez más rápidamente, acelerando, hasta trocarse en una evanescente forma confusa que desapareció casi al instante entre nubes.

Marta sacó su pañuelo, no sabiendo si quería reír o llorar, retorciéndolo en sus manos.

-Ya ve. -La voz de Baxter era despectiva y parecía provenir de una lejanía-. Hasta a usted le engañaron. Todo lo de la recepción del Rey fue una filfa. Están escurriendo el bulto empleando trucos.

17 -*La base lunar*

-Realmente, no puedo hacerlo -dijo Arnie-. Hay otros que lo pueden hacer, mucho mejor, de hecho. Por ejemplo, el profesor Rasmussen, aquí presente. El conoce perfectamente la cuestión.

Ove Rasmussen meneó la cabeza. -Lo haría con gusto, Arnie. Pero tú eres el único a quien toca decir lo que debe decirse. En realidad, yo soy quien sugirió que hablases.

Arnie quedó sorprendido, y sus ojos casi acusaron a Ove de traición. Pero no dijo nada, y se volvió al eficiente joven del Ministerio de Estado que les había acompañado a la Luna para disponer de todos los detalles.

-Nunca he hablado antes por televisión -dijo Arnie-. No estoy dotado para mentir en público.

-Nadie le pediría jamás que mienta, profesor Klein -dijo el competente joven, abriendo su cartera-maletín, y sacando de ella una carpeta-. Le pedimos que diga sólo la verdad. Algún otro discutirá la situación aquí, y usted le dará todos los detalles, sin mentir en absoluto. Lo más que se dirá, o no se dirá, será un error de omisión. El trabajo aquí, en la base Mane, no está completamente terminado, y no es delito sugerir que lo está. La nave forma ahora parte de la base, hay almacenes en el exterior para el material y el equipo, y la construcción prosigue ininterrumpidamente.

-Tiene razón -intervino Ove-. La situación empeora cada vez más en Dinamarca. Hubo un ataque al Instituto Atómico la noche pasada. Un coche

lleno de hombres vestidos con el uniforme de la policía irrumpieron en el interior y dispararon contra la tropa al ser descubiertos. Catorce muertos en total.

-Igual que las incursiones terroristas en Israel -dijo.

Arnie, como para sí mismo, reflejando sus ojos una pena muy recordada.

-No es lo mismo en absoluto -repuso al instante Ove-. Tú no puedes reprocharte en modo alguno por cualquier cosa que haya sucedido. Pero *puedes* ayudar a atajar un posible trastorno ulterior, ¿te das cuenta de ello?

Arnie asintió en silencio, mirando por la ventana de la sala en la que se encontraban. El llano lunar cubierto de hoyas se extendía ante la nave, pero la vista de la mayor parte del firmamento estaba tapada por los fragosos bordes de un gran cráter Más cerca, un potente tractor Diésel estaba excavando una enorme cavidad en el suelo, desvaneciéndose en el vació, casi en el mismo instante de su aparición, la nube azul de su tubo de escape. Una serie de seis grandes botellas de oxígeno estaba sujeta tras el conductor.

-Bien, lo haré -dijo Arnie; y una vez tomada la decisión, la descartó de su mente. Apuntó al conductor del tractor, que llevaba un traje negro y amarillo y un casco, como una ampolla, que burbujeaba por un lado.

-¿Ha habido más dificultades con los escapes de los trajes? -preguntó al salir el hombre del Ministerio de Estado.

-Pequeñas, pero las hemos enmendado, y ya estamos al tanto. Mantendremos la presión del traje a cinco libras, así que no es probable se produzca ningún trastorno real, Seríamos felices si consiguiésemos trajes presurizados. No sé lo que hubiésemos hecho, de todos modos, de no haber podido comprar éstos a los ingleses, un excedente de su frustrado programa espacial. En cuanto se calmen las cosas, no tardaremos en tener disputándose a americanos y rusos para proporcionarnos trajes, como... ¿cuál es la expresión?

-Como bien dispuesta muestra de participación en la acción.

-Esto es. Pronto tendremos esta base ya lista, y tendremos que estar trayendo recipientes de oxígeno de la Tierra.

Se interrumpió cuando llegaron con su equipo los de la televisión. Luces y cámaras fueron rápidamente montadas, y extendidos por el suelo los cables del micrófono. El director, un hombre atareado que tenía una barbita en punta y gafas oscuras, daba continuas instrucciones.

-Hagan el favor de apartarse -dijo a Ove y Arnie, haciendo una seña a sus hombres de que comenzaran su tarea. Se retiró el mobiliario, disponiéndolo de otro modo, y se acercó una amplia mesa, mientras el director enmarcaba la escena con las manos.

-Esa ventana al margen, los locutores bajo ella, los micrófonos sobre la mesa, traed una jarra de agua y vasos... y algo para ese mamparo vacío. -Giró sobre sus talones y añadió-: Eso. Esa imagen de la Luna. Quitad la y ponedla aquí.

-Está atornillada -...se quejó alguien.

-Pues desatorníllela. Para eso tienes esos dedos tan gordos y una herrArnienta -Fue atrás, y miró por el visor de la cámara.

Irrumpió ahora en la estancia Leif Holm, grande y recio, vestido con el mismo traje usado que llevaba en su despacho de Helsingor.

-¡Vaya viajecito que he tenido en ese pequeño *Calamar Volante!* -dijo, estrechando la mano con fuerza a los dos físicos-. Si fuese yo católico, me

habría estado haciendo cruces en todo el trayecto. No pude ni fumar. Nils temía que se atascara el dispositivo de aire, o algo por el estilo. -Recordando su abstinencia, sacó su gran tabaquera de un bolsillo interior.

-¿Está Nils aquí ahora? -pregunt6 Arnie. -Se marchó en seguida -dijo Ove-. Emplean su nave como enlace de televisión, y se mantiene en posición sobre el horizonte.

-La parte oculta de la Luna, esa es la forma de que no pueden vigilarnos con sus malditos telescopios gigantes -dijo Leif Holm, cortando un extremo de su inmenso puro con un cortador que colgaba de la cadena de reloj.

-No he tenido ocasión de felicitarle a usted todavía. -dijo Ove.

-Muy amable, gracias. Ministro para el Espacio. Suena muy bien. y no tengo que preocuparme por la gestión de mis predecesores... puesto que no tengo ninguno.

-Si me hacen el favor de ocupar sus puestos, podríamos efectuar una recapitulación -dijo el hombre del Ministerio de Estado, entrando presuroso. Estaba comenzando a sudar. Annie y Leif Holm se sentaron tras la mesa, y alguien fue corriendo en busca de un cenicero. Estos son los puntos principales que deseamos mencionar. -Colocó unos pliegos sujetos por una pinza frente a ambos-. Ya sé que han sido ustedes instruidos, pero esto servirá de ayuda en todo caso. Señor ministro Holm, usted hará sus declaraciones, y los periodistas de la Tierra le harán preguntas. Las que sean técnicas, las contestará el profesor Klein.

-¿Quienes son los periodistas? -preguntó Arnie-. ¿De qué países?

-Gente de la máxima importancia. Un grupo difícil. Los soviéticos y americanos, desde luego, y los principales países europeos. Los demás que no han mandado enviados especiales, han elegido sus representantes. Hay unos veinticinco, en total.

-¿Israel? -Insistió en tener un enviado propio. Considerándolo todo, aceptamos.

-La cadena está abierta -dijo el director-. Prepárense. Dentro de tres minutos estaremos enlazados a Eurovisión, y por satélite a las Américas y Asia. Miren atentos al monitor y sabrán cuando están en antena.

Fue colocado bajo la cámara número 1 un aparato de televisión de pantalla grande. La imagen era buena y tensa la escena. El locutor danés estaba terminando el anuncio de la emisión, en inglés, idioma que había de ser empleado para la misma.

«...de todo el mundo, congregados hoy aquí en Copenhague, para hablar con ellos sobre la Luna. Debe recordarse que las ondas de radio necesitan casi dos segundos para alcanzar nuestro satélite, y el mismo tiempo para volver, de manera que se producirá ese lapso entre pregunta y respuesta durante el diálogo de esta sesión. Vamos -a conectarles con la Estación Lunar Danesa, con *Mr.* Leif Holm, el Ministro para el Espacio. La luz roja se encendió en la cámara 2, y aparecieron en la pantalla del monitor. Leif Holm depositó suavemente en el cenicero la ceniza de su puro y lo inhaló, de forma que sus primeras palabras estuvieron acompañadas por una abundante nube de humo.

-Hablo desde la Luna, donde Dinamarca ha establecido una base para la investigación y el desarrollo comercial del impulsor *Daleth* que ha;permitido estos vuelos. La construcción se encuentra en su primera fase y continuará hasta que se establezca aquí una pequeña ciudad. Desde el comienzo, esta base estará dedicada a la investigación científica y al desarrollo del impulsor

Daleth que ha posibilitado todo esto. En un sentido, esta parte de la tarea está completada, porque todo -se inclinó hacia adelante para mirar con ceñuda fijeza a la cámara-, *todo* lo correspondiente al proyecto *Daleth* se encuentra ya en esta base. El profesor Klein, sentado a mi derecha, se halla aquí para dirigir la investigación. Ha traído a sus ayudantes con él, todo su material y registros, todo en fin que tenga que ver con este proyecto. -Se inclinó hacia atrás y aspiró su cigarro antes de proseguir-. Me excusarán mi insistencia sobre este hecho, pero quiero dejarlo bien sentado.

En los pasados meses, Dinamarca ha sufrido varios actos de violencia dentro de sus fronteras. Se han cometido crímenes. Han sido matadas personas. Es triste admitirlo, pero hay potencias nacionales terrestres que irían hasta este extremo para obtener información sobre el impulsor *Daleth.* A ellas me dirijo ahora, y pido perdón de antemano a todos los países del mundo amantes de la paz, que son la inmensa mayoría. y les digo: cesad en vuestro afán. Abandonadlo. No hay nada que podáis conseguir. Nosotros, en Dinamarca, intentamos desarrollar el efecto *Daleth* para el mayor beneficio de la humanidad. En ningún caso para la violencia.

Se detuvo, clavando unos ojos casi fulgurantes en el monitor, y se recostó en su asiento. Arnie estaba con una mirada fija e inexpresiva ante sí, como durante todo el discurso de Holm.

-Responderemos ahora a cualesquiera preguntas que deseen ustedes formular.

La escena del monitor cambió al auditorio de Copenhague, donde esperaban los representantes de la Prensa. Aparecían sentados en sillas dispuestas en pulcras hileras, en actitudes de silenciosa atención, mientras pasaban lentos segundos. Era desconcertante comprobar que las ondas de radio, aun a la velocidad de la luz, empleaban mensurables segundos para atravesar la gran distancia entre la Luna y la Tierra. En brusco y galvánico cambio, la escena cambió al ponerse en pie varios periodistas, clamando atención. La cámara se centró en uno de ellos; era un hombre alborotado, con una gran mata de pelo. Las letras blancas Estados Unidos de América aparecieron bajo él en la pantalla.

-¿Puede decirnos quien está cometiendo esos supuestos ataques en Dinamarca? Las llamadas «potencias nacionales», empleando su propio término, en plural, podrían, por inferencia, significar cualquier gran país. Por lo tanto, indirectamente se condena a todos. Ello es de lo más injusto. -Miró hoscamente a la cámara.

-Lamento que lo interprete así -respondió sosegadamente Holm-. Pero es la verdad. Se han producido ataques. Ha muerto gente. Mas no se trata ahora de ahondar la cuestión. Seguramente que la Prensa mundial tiene preguntas más importantes que hacer.

Antes de que pudiera responder el enojado reportero, la: cámara captó a otro, el representante de la Unión Soviética, quien, si también estaba enojado, se las apañó para ocultarlo muy bien.

-Desde luego, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se une a todas las naciones del mundo amantes de la paz para condenar los actos de agresión que se han producido en Dinamarca. -Cambió una mirada de odio mutuo con el reportero americano, y prosiguió-: Una pregunta más importante podría ser: ¿Qué intenta hacer su país con el impulsor *Daleth?*

-Intentamos explotarlo comercialmente -respondió Holm tras los obligados segundos-, del mismo modo que la navegación danesa abrió las posibilidades

comerciales del Asia Oriental durante el siglo pasado. Ha sido creada una Compañía, la Compañía Unida Espacial, una asociación entre el gobierno y los planetas para su posible ulterior desarrollo. Por el momento, no existen desde luego planes específicos, pero estamos seguros de tener ante nosotros grandes oportunidades: materias primas, investigación, turismo... ¿quién sabe dónde termina ello? En Dinamarca albergamos el mayor entusiasmo, porque no vemos un fin a los beneficios que ello puede reportarnos.

.-Bien por Dinamarca -dijo el ruso, antes de que la cámara captara a otro demandante-. Pero, ¿no supone ese monopolio la privación al resto del mundo de una justa participación en la empresa? ¿No deberían ustedes, como país socialista, compartir su descubrimiento?

Leif Holm asintió solemnemente. -Si bien muchas de nuestras instituciones públicas son socialistas, bastantes de nuestras privadas son lo suficientemente capitalistas para impedirnos que creemos lo que usted llama un «monopolio». Es un monopolio sólo en el sentido de que operaremos las naves *Daleth* con justo beneficio, abriendo por lo demás el sistema solar a todos los países de la Tierra. No intentamos ser codiciosos. Hemos establecido ya negociaciones para un acuerdo con otros países escandinavos para la construcción de las naves. Es nuestra creencia que este invento beneficiará a toda la humanidad y consideramos nuestro deber servir a esa creencia.

El representante israelí fue captado por la cámara entre el grupo de hombres exaltados que agitaban su mano pidiendo intervenir. Tenía unos modales desembarazados de erudito, con una tendencia a mirar por sus gafas sin montura. Arnie le reconoció como uno de los más agudos comentaristas que tenía el país.

-Si este descubrimiento es de tan gran beneficio para la humanidad, desearía me explicasen porqué no se pone a disposición de todo el mundo. Mi pregunta va dirigida al profesor Klein.

Arnie tenía breves segundos para preparar su respuesta... pero había estado esperando la pregunta. Miró directamente a la cámara, y habló lenta y claramente.

-El efecto *Daleth* es más que un sistema de propulsión. Podría ser destinado con facilidad aun empleo destructivo. Un país con voluntad de conquistar el mundo, *podría* conquistarlo mediante la utilización de este efecto.

-¿No podría usted ser más explícito? Estoy ansioso por descubrir cómo esta especie de reactor podría hacer todo eso que usted afirma.

Sonrió, pero Arnie sabía cómo interpretar aquella sonrisa. Ambos conocían más sobre la historia del efecto *Daleth* de lo que quisieran admitirlo en voz alta.

-Puede hacer más, porque *no* es una especie de aparato reactor. Se basa en un nuevo principio. Puede ser aplicado para elevar a una pequeña nave... o a una grande. O hasta a una fortaleza entera de hormigón y acero provista de los más potentes cañones, y trasladarla en cuestión de minutos a cualquier parte del mundo. Podría suspenderse en el espacio dominando la gravedad, e inmune a cualquier represalia por cohetes, hasta a los equipados con la bomba atómica, y podría destruir cualquier blanco que deseara, con bombas o misiles y si esa imagen no le parece lo bastante horrenda, el efecto *Dfllеth* podría recoger grandes cantos rodados y hasta

Librodot

pequeñas montañas aquí en la Luna, y arrojarlas a la Tierra. No hay límites a la imaginable destrucción.

-¿Ya usted le parece que los demás países del mundo emplearían el efecto *Daleth* para la destrucción, caso de que obrase en su poder? -Los otros reporteros se mantuvieron en silencio por el momento, reconociendo un torneo oculto en el diálogo entre los dos hombres.

-Usted sabe que sí -respondió Arnie-. ¿Desde cuándo el horrible potencial de un arma ha sido óbice para emplearlo? Las culturas que practicaban el genocidio empleando los gases asfixiantes y las bombas atómicas no se detendrían ante nada.

-¿y cree usted que Israel lo haría? Pues entiendo que usted fue el primero en desarrollar el efecto *Daleth* en Israel, y se lo llevó del país. Arnie había esperado esto, pero acusó visiblemente el golpe y, cuando volvió a hablar, lo hizo en voz tan baja, que los ingenieros de sonido hubieron de aumentar su volumen. -No deseo ver a Israel forzada a escoger entre su supervivencia y el desencadenArniento de un gran mal sobre el mundo. Al principio pensé en destruir mis papeles, pero me di cuenta de que existía una probabilidad de que algún otro pudiese llegar a las mismas conclusiones y efectuar el mismo descubrimiento que yo hice. Me vi obligado a tomar una decisión... y la tomé. -Estaba enojado ahora, desafiante en sus palabras-. A mi mejor entender, hice lo que debía, y lo haría de nuevo si me viese obligado a ello. Traje mi descubrimiento a Dinamarca porque, por mucho que yo ame a Israel, es un país en guerra, que eventualmente podría verse inducido a emplear el efecto *Daleth* para la guerra. Yo creía que si encontraba un medio para que mi trabajo beneficiase a toda la humanidad, Israel resultaría también beneficiada. Y, en primer lugar, por lo mucho que a ella le debo. En cuanto a Dinamarca... conozco este país, nací aquí... y sabía que nunca caería en la tentación de una guerra agresiva. Este es un país que por dos veces votó para sí un desarme unilateral. ¡Desear andar inermes en un mundo de tigres! Tienen fe, y yo la tengo en ellos... -Puedo equivocarme, pero bien sabe Dios que he hecho lo mejor que podía...

Se quebró su voz por la emoción, y apartó la mirada de la cámara. El director cambió al instante la escena ala Tierra. Tras los segundos de espera fue captado un reportero indio, de la mancomunidad periodística asiática.

-Sería el Ministro del Espacio tan amable como para detallarnos los beneficios que habrían de resultar de la utilización de este descubrimiento, e indicar, si es posible, los específicos que podrían producirse para los países del sur de Asia?

-Puedo hacerlo -respondió Holm, mirando a su puro y sorprendiéndose al ver que lo había olvidado por completo y se había apagado.

18 -*Rulngsted Kyst*

-Es un día perfecto para ello -dijo Marta Hansen, aplastando el pitillo en el cenicero y enlazándose las manos para ocultar lo excitada que estaba.

-Lo es ciertamente, lo es -dijo Skou, alargando la nariz como si husmeara alguna desazón. -¿Me excusa un momento? -Y antes de que Marta pudiera responder, salió con sus dos sombras tras él.

Marta tomó otro pitillo y lo encendió; a este paso habría acabado el paquete antes del medio día. Plegó las piernas sobre el diván, y se alisó la falda. ¿Se había puesto lo debido? El vestido de punto fue siempre el favorito

Librodot

de Nils. ¿Cuánto tiempo lo había sido? Se volvió rápidamente al oír el ruido de un coche... pero era sólo uno más del tráfico. El sol ardía sobre una escena de hierba verde y altos árboles, y destellaba en el azul de las aguas del Sound más allá. Blancas velas se inclinaban a la caricia de la brisa, y una lancha motora zumbando su motor con sonido de abeja trazaba un surco pálido en dirección a Suecia.

Dinamarca podía ser el cielo; y Nils que volvía a casa... ¿Cuántos meses...?

Era prácticamente un convoy compuesto de tres grandes coches negros el que enfiló la calzada, deteniéndose ante la casa. Un coche de la policía, y otro, aparcaron en la curva más allá. Ya estaban aquí. Corrió ella, adelantándose a Skou, y abrió de par en par la puerta.

-¡Marta! -exclamó Nils, dejando caer su saco de mano y atrayéndola hacia sí, besándola tan fuerte que la dejó sin aliento.

Se zafó ella, riendo, al percatarse de que un pequeño círculo de hombres estaba en paciente espera de que acabasen las efusiones. -Lo siento, entren por favor -dijo, dándose cuenta también de que tenía el pelo revuelto y corrido probablemente su *rouge,* pero sin importarle un comino. Arnie, es maravilloso volver a verle. Entre, por favor.

Quedaron finalmente solos los tres en la sala de estar, oyéndose el ruido de los pasos en el resto de la casa.

-Lo siento por la guardia de honor -dijo Nils-. Pero fue el único medio de que pudiésemos traer a Arnie a la Tierra para unas vacaciones. Era ya hora de que tuviésemos un descanso, y creo que él más que nadie. Skou dio su conformidad, siempre que Arnie se quedase con nosotros y pudiese él tomar todas las medidas de seguridad que deseara.

-Gracias por tenerme -dijo Arnie, recostándose cansinamente en su sillón-. Parecía reducido, por el peso que había perdido-

-Lamento el imponer...

-¡No sea tonto! Si dice usted una palabra más, le echaré al Hotel de la Misión que, como usted sabe, es absolutamente abstemio. Aquí tendrá bebidas. Vamos a celebrarlo. ¿Qué prefiere? -Marta se puso en pie y abrió el bar.

-Siento los brazos tan pesados como el plomo -dijo Nils, frunciendo el entrecejo al mover arriba y abajo su mano-. Apenas tengo la fuerza suficiente para llevar un vaso a la boca. Esa gravedad, la sexta parte de la Tierra,!arruina los músculos.

-¡Pobre querido! Tendré que alimentarte con biberón. -Ya sabes lo que puedes hacer para darme fuerza.

-Pareces demasiado agotado. Mejor será que tomes primero un trago. He hecho unos combinados de Martini... ¿va bien?

-Magnífico. Y recuérdame que tengo una botella de ginebra en mi maleta para ti. Las conseguimos libres de impuestos en la Luna, porque han decidido considerarla puerto franco, antes de que aparezca alguien con alguna idea mejor. Los aduaneros, muy generosos, nos permiten traer una botella. Un viaje redondo de ochocientos mil kilómetros para ahorrar veinticinco coronas de derechos. El mundo se ha vuelto loco. -Tomó un gran trago de la bebida enfriada y suspiró de placer.

Arnie dio un sorbo a la suya. -Espero excusarán los guardias que van detrás de mí y ese ajetreo, pues me tratan como si fuese un tesoro nacional.

-Como condenadamente en verdad lo es -soltó Nils-. Con todo el equipo D*aleth* en la Luna, vale un billón de coronas para cualquiera que tenga

dinero suficiente para comprarle. Desearía no ser tan patriótico. Le vendería al mejor postor y se retiraría a Bali para toda la vida.

Arnie sonrió, relajándose. -Tienen una conspiración -dijo. Los médicos, Skou, Nils y todos ellos pensaron que si convertían en una fortaleza esta casa, podría yo venir aquí. El tiempo no puede ser mejor.

-Tiempo para hacer un poco de vela -dijo Nils, apurando su bebida-. ¿Dónde esta la barca?

-En el agua, como pediste, amarrada en la parte sur del muelle.

-¡Qué día para darnos un paseo! ¿Por qué no vamos todos allá...? Pero ¡maldita sea!, Arnie ha de permanecer dentro de casa.

-Vayan los dos. Yo estaré magníficamente aquí -insistió Arnie-. Tomaré un poco el sol en el jardín, eso es lo que me prometió Nils.

-De ningún modo -repuso Marta-. Nils puede ir solo... nunca le da por andar en la barca, sino que se entretiene en limpiarla, calafatearla y así por el estilo. Dejémosle pues que salga hoy de su rutina mientras nosotros haraganeamos por el jardín.

-Bien... si no os importa -dijo Nils, yendo hacia la puerta.

-Anda, vete -rió Marta-. Pero recuerda en volver a tiempo para la comida.

-Voy a decirle a Skou donde estaré. No es que les importe mucho por mí, puesto que todo lo que sé sobre el impulsor *Daleth* es como apretar los botones.

Marta tuvo que buscarle sus pantalones de faena, una camisa manchada de pintura, y un bañador y toalla, antes de que estuviese listo y saliera de casa. Arnie había ido a cambiarse a su habitación y, a la vista de aquel delicioso sol, ella se puso también en traje de baño. Todos los daneses eran adoradores del Sol en un día así.

Arnie estaba sobre una hamaca en el jardín, y Marta llevó otra a su lado.

-Maravilloso -dijo él-. No me di cuenta de lo mucho que necesitamos el calor y el estar a la intemperie. -La sombra de una gaviota se deslizó por el césped y sobre la alta valla de madera. El aire estaba en calma. Alguien rió a lo lejos, y se oyó el claro peloteo de una partida de tenis.

-¿Cómo va el trabajo? ¿O lo que pueda usted decirme sobre él?

-El único secreto es el impulsor *Daleth.* Por lo demás, es como dirigir una compañía naviera y abrir el salvaje Oeste al mismo tiempo. ¿Leyó usted algo sobre nuestra visita a Marte?,..

-Si, y tuve tanta envldia... ¿Cuando empezar:in a vender billetes de pasajeros?

-Muy pronto. y usted tendrá el primero. Se están haciendo realmente planes sobre esas líneas. En todo caso, esas vetas de uranio en Marte hacen subir enormemente las existencias del mercado mundial. Corre el dinero para el supertransporte que están construyendo los suecos, un mixto de carga y pasaje, Lo llevaremos remolcado a la Luna, y allí le colocaremos el impulsor. La base es ya casi una ciudad, con establecimientos de maquinaria y plantas de montaje. Hacemos allí casi toda la fabricación de las unidades *Daleth,* excepto los componentes electrónicos que proceden de aquí. Todo está yendo muy bien; nadie puede quejarse. -Miró en torno buscando un trozo de madera para tocarlo, no hallándolo entre los avíos de cromo y plástico del jardín.

-¿Quiere que le traiga un tablero, o algo por el estilo? -preguntó Marta, y ambos rieron-. O mejor será una bebida fría. El terreno cerrado, como se

encuentra éste, no deja correr la brisa, y se puede sudar con el tiempo que hace.

-Sí, por favor, si me acompaña a beber.

-Pruebe a que no lo haga. *Gin-tonic,* ya que hemos empezado con ginebra.

Volvió ella con las bebidas en una bandeja, silenciosamente, por estar descalza, y Arnie se sobresaltó ante su repentina aparición.

-No tuve intención de sorprenderle -dijo ella, tendiéndole un vaso.

-Por favor, no se lo reproche. Yo sé lo que es esto. Causa del mucho trabajo y de la continua tensión. Es pues realmente beneficioso estar aquí. De hecho, hace tanto calor como en Israel.

-¿Echa de menos Israel? -preguntó ella, añadiendo rápidamente-: Lo siento. Eso es algo que no me concierne.

La sonrisa de él desapareció, y se puso serio. -Sí, echo de menos el país. Mis amigos, la vida allí. Pero creo que volvería de nuevo a obrar del mismo modo, si se presentase el caso.

-No quise entrometerme...

-No, Marta, lo ha hecho perfectamente. Todo el tiempo lo tengo en la cabeza. ¿Traidor o héroe? Personalmente, preferiría morir antes que causar daño a Israel. Sin embargo, recibí una carta, en hebreo, sin firma. «¿Qué hubiese pensado Esther Bar-Giora?», decía.

-¿Su mujer?

-Sí. Se parecía mucho a usted. El mismo pelo y... -lanzó una ojeada a su cuerpo, más carne que tela cubriéndolo, en su diminuto bañador, apartó la vista y dio una tosecita- y la misma clase de tipo, podría decirse. Una *sabra,* nacida y criada en Israel, una de mis estudiantes graduadas. Se casó con el profesor, como acostumbraba a decir. -Sus ojos tenían una mirada distante y vaga-. La mataron en una incursión terrorista. -Tomó un trago de su bebida. En el silencio que siguió, se oyó el lejano griterío de unos niños-. Pero bueno, no voy a hundirme en la tristeza ante lo irremediable, en esta tarde tan magnífica. Lo que sí me gustaría saber es quién envió esa carta. Quisiera decir a quienquiera que fuere, que creo que Esther se hubiese enojado conmigo, pero que lo hubiese comprendido, y al fin hubiese estado de acuerdo con mi decisión. Debía llegar un momento en que el destino de toda la humanidad tenía que anteponerse a nuestra preocupación por nuestro propio país. Usted debe saber algo de ello, de lo que quiero decir. Nacida americana y ahora danesa, es una auténtica ciudadana del mundo.

-No, no realmente. -Rió para disimular su confusión-. Quiero decir que estoy casada con un danés, pero soy aún ciudadana americana, con pasaporte y todo. ¿Por qué le decía esto?

-Papeles -dijo él, meneando una mano con gesto de rechazo. Sin importancia ni significado. Somos lo que pensamos ser. Nuestros hechos reflejan nuestro *ethos.* Lo expreso mal. Nunca fui fuerte en filosofía, ni en nada que no fuese física y matemáticas. Una vez, hasta olvidé una retorta en el mechero y la dejé explotar y nunca pensé mucho en otra cosa que no fuese mi trabajo y en Esther, desde luego, cuando nos casamos. Solían llamarme un palo seco, y tenían razón. Nunca jugué a las cartas, ni hice nada por el estilo. Pero podía ver y podía pensar. y observar los intentos para destruir a Israel. y cuando la idea del impulsor *Daleth* se acercaba más a su plasmación efectiva, pensé también de más en más en lo que debería hacerse con ello. Recordé a Nobel y sus premios de un millón de dólares para acallar una conciencia conturbada. Pensé en los científicos atomistas

que habían sido galardonados, que se habían suicidado. ¿Por qué -seguí pensando-, por qué no puede hacerse algo *antes* de que sea revelado el descubrimiento? ¿No puede empleársele en beneficio de la humanidad, en vez de en su destrucción? Me quedó clavado el pensArniento, y no pude librarme de él, y -al final- tuve que actuar. No pensé que sería fácil, pero nunca tampoco que sería tan difícil... -Arnie se interrumpió y bebió otro trago-. Debe usted excusarme; estoy hablando demasiado. La compañía humana. Una mujer, un oído de atenta simpatía, y ya ve lo que sucede. Una broma. -Sonrió con sonrisa crispada.

-¡No, nunca! -Se inclin6 ella impulsivamente y le tomó una mano-. Una mujer se volvería loca si no pudiese contar a alguien sus desazones. Creo que esto es lo malo de los hombres. Lo retienen todo hasta que explotan y salen a matar a alguien.

-Sí, desde luego. Gracias. Muchas gracias. -Palmoteó desmañadamente la mano de ella, y se echó hacia atrás pesadamente, con los ojos cerrados. Un abejorro zumbaba revoloteando en torno a la malva que había en un costado de la casa, y era el único sonido ahora en la quietud de la tarde.

Nils cantaba monótonamente, y sintiéndose feliz, una canción marinera, en cuya letra se mezclaban la brújula y el ron, mientras rascaba las ampollas formadas en la pintura del velero. El puerto estaba desierto en el domingo estival, como si todas las embarcaciones hubiesen ido al Sound. También él lo haría cuando terminase su tarea. No le gustaban ver imperfecciones en su *Mage,* por lo que se pasaba mucho más tiempo pintando y puliendo que navegando. Bueno, y también era un divertido pasatiempo. Tenía músculos, y le gustaba emplearlos, aunque mañana le doliesen tras los meses de enervante gravedad lunar. Estaba descalzo, con el simple bañador puesto, sudando a mares y disfrutando tremendamente. y cantaba tan fuerte, que no se dio cuenta de los quedos pasos a su espalda en el muelle.

-Estás metiendo un ruido terrible -dijo la voz.

-¡lnger! -Se incorporó y se restregó las manos con la estopa-. ¿Es que has tomado la costumbre de acecharme furtivamente? ¿Qué diablos estás haciendo por aquí?

-Por accidente, si puede decirse. He venido a pasar el día con algunos amigos del Club de Malmoe. -Apuntó a una gran embarcación de crucero que estaba al otro lado del puerto. Anclamos aquí para comer, y beber desde luego, en tierra. Ya sabes lo sedientos que somos los suecos. y yo me fui a dar una vuelta mientras ellos iban a encargar algo. Ahora iba a unirme a la compañía,

-No será antes de que te ofrezca un trago aquí... tengo algunas botellas de cerveza en un cubo con hielo en el camarote. Tienes un aspecto magnífico.

Lo tenía en efecto Inger Ahlqwist, aquella esbelta rubia dorada como la miel, de un metro setenta y cinco de estatura, y con un bikini que apenas era perceptible.

-No debieras pasearte así en público -dijo él, notando una contracción de los músculos de su estómago y muslos-. Es criminal. y una tortura para un pobre diablo que ha estado jugando a Hombre en la Luna durante tanto tiempo, que ha olvidado hasta a qué se parece una muchacha.

-Pues se parecen a mí -dijo ella, riendo. Vamos, dame esa cerveza y voy a irme con mis compañeros para comer. El navegar da hambre. ¿Cómo es la Luna?

-Indescriptible. Pero ya estarás pronto allí. La DFRS necesitará azafatas, y te sacaremos de la SAS. -Saltó a cubierta, más pesadamente de lo que pensara, no ajustado aún al cambio de gravedad, y abrió la puerta del pequeño camarote-. Voy a tomar también una. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

Entró ella también en el pequeño camarote, y se inclinó hacia él, que estaba sacando unas botellas verdes de un cubo con trozos de hielo.

-El mismo recorrido de siempre. Divertido aún, pero no creas que no te he envidiado todo ese viaje a la Luna y Marte. ¿Dices de verdad eso del empleo de azafata?

-Pues claro. -Abrió los tapones de las dos botellas-. No te daré detalles... secreto y todo eso, pero hay planes definidos para viajes de pasajeros en un próximo futuro. Tenían que haberlos. ¿Te das cuenta de que podemos llegar a la base lunar más rápidamente de lo que tarda el vuelo regular de Kastrup a Nueva York?

Le tendió la botella, y ella se adelantó para tomarla. -*¡Skol!* -brindaron.

Bebió ella un buen trago y dio un suspiro satisfecho. A pocos centímetros de él, y húmedos los labios, le miró sin ninguna doble intención.

La botella de Nils cayó y rodó hacia la puerta, lanzando un pequeño chorro de espuma. Los brazos de él rodearon la espalda de Inger, firmes las manos contra el calor de su piel, sus muslos apretados contra los suyos y aplastándole los pechos. Inger entreabrió la boca al pegarse sus húmedos labios contra los de él, y su botella cayó también, chocando contra las otras ruidosamente.

No la oyeron. Estaban ausentes de cuanto les rodeaba.

La boca de Arnie estaba abierta, y tenía la cabeza caída a un lado; respiraba profunda y regularmente. Marta se levantó despacio para no perturbar su sueño. Si se quedaba más tiempo al calor del sol en el jardín, también ella se dormiría, y no deseaba hacerlo. Entró en casa y se puso un albornoz ligero, llamando luego a la puerta de Skou, quien abrió, invitándola a entrar, con un ademán. Llevaba unos auriculares puestos, y había convertido el dormitorio trasero en un puesto de mando, con una mesa repleta de aparatos de comunicación. Dio unas instrucciones y desconectó.

-Voy un rato al puerto -dijo Marta-. El profesor Klein está dormido en el jardín, y no quise molestarle.

-Vaya sin cuidado. Es nuestro trabajo el vigilarle. Le diré a donde fue usted, si se despierta.

Era un trayecto de sólo cinco minutos, y Marta fue andando por la playa, con sus sandalias en la mano, pues la arena era cálida, y agradable su sensación al escurrirse entre los dedos de los pies. Permaneció apartada del agua, que sabía estaría aún demasiado fría para nadar. El aire estaba en calma, casi callado, aparte del ruido como de una máquina de coser de un helicóptero. Probablemente, sería parte de la guardia de Arnie. Había unos cuantos coches desconocidos y camionetas aparcados en las proximidades de su casa, y sabía que algunos vecinos tenían huéspedes inesperados. Aquel pobre y cansado hombrecillo estaba siendo custodiado efectivamente como si fuese un tesoro nacional. Bueno, probablemente lo era. Saludó con la mano a unas amistades que tomaban el sol en la playa, y subió los peldaños de piedra del muelle. El puerto estaba casi vacío de embarcaciones. Y allá estaba la *Mage...* pero no se veía a Nils por ninguna parte.

¿Quizá había ido a tomar algo? Pero, por lo general solía llevar él mismo algunas botellas a la embarcación... ¿Dónde podía haberme metido? Estaría probablemente en el camarote.

Estaba apunto de llamarle, cuando reparó en una botella de cerveza en el suelo de cubierta, a la entrada misma del camarote de la embarcación, y, junto a ella, una pieza de bikini azul.

En aquel simple instante, y parándosele el corazón, supo lo que vería si miraba al interior. Como si hubiese vivido aquel momento antes, y lo hubiese enterrado en la memoria, brotaba ahora a la superficie. Tranquilamente -¿por qué, si no se sentía tranquila?- se inclinó en el muelle hacia adelante, sosteniéndose en el calabrote del ancla. A través de la puerta del camarote podía ahora ver la litera de estribor, las anchas espaldas de Nils y lo que estaba haciendo; los brazos que las rodeaban con fuerza, y unas piernas morenas del sol...

Se incorporó con un ahogado sollozo, sintiendo que le invadía una oleada de cólera que le enrojecía la piel. Allí, en su embarcación, después de haber estado fuera tanto tiempo, y ni siquiera todavía en casa.

Estuvo a punto de saltar a la barca, dispuesta a pegar, morder, arañar inconteniblemente, pero un vocerío le detuvo y alzó la vista.

-¡La vela está trabada! -gritó alguien en danés desde un yate de un sólo mástil que se aproximaba rápidamente al muelle, casi frente a ella.

Tuvo un breve vislumbre de un hombre manejando los aparejos, una mujer al timón chillándole algo, y un niño afanándose con los cabos, y casi tropezando unos con otros. En otra ocasión, la escena hubiese sido divertida..

Seguía avanzando el pequeño velero con demasiada rapidez todavía. La mujer giró con fuerza la caña del timón, y la embarcación viró violentamente chocando las defensas de babor contra el muelle y haciendo rebotarla. Uno de los niños cayó del techo del camarote a cubierta, y empezó a chillar. La vela se desprendió por fin en confusa masa, y el hombre se esforzó con ella.

La embarcación se detuvo. Afortunadamente, la cosa no había pasado a mayores. Alguien hasta se echó a reír. Todo ello había sucedido en pocos segundos. Marta se dispuso de nuevo asaltar a la cubierta de la *Mage...* pero vaciló. En aquellos breves instantes, algo había cambiado. Ahora se habrían incorporado ya; acaso estarían vistiéndose y riendo. Se sintió desconcertada al pensarlo, y dudó. Estaba aún iracunda, pero la. cólera se había replegado a su interior. ¿Podía ella entrar fríamente ahora en aquel camarote y hacerles una escena, habiendo otras personas allí cerca? Un muchachito la empujó un poco, excusándose mientras amarraba un cabo.

Con un sofocado grito, que era algo entre el dolor y el odio, se volvió, huyó corriendo, deteniéndose y volviendo a correr, ardiendo en terrible cólera. ¿Cómo podía él haber hecho aquello? Otro grito se ahogó en su garganta.

Sólo cuando llegó a la puerta delantera de su casa se dio cuenta de que aún llevaba las sandalias en la mano, y de que tenía irritadas las plantas de los pies por el ardiente cemento de la acera. Se calzó, y recordó que no tenía llave. Iba a llamar con los nudillos, pero en el mismo momento de levantar la mano, se abrió la puerta, apareciendo Skou.

-¡La alerta vigilancia es nuestra divisa! -dijo, cediéndole paso y cerrando la puerta tras ella.

Marta asintió con la cabeza, sin verle, como tampoco a sus acompañantes. Una alerta vigilancia. era cosa divertida; también debiera haber sido su

Librodot

lema. No quiso hablarle, y se fue rápidamente al cuarto de baño. Seguía ardiendo de cólera, formándole un nudo en la garganta, una cólera impotente al ver que no podía hacer nada. ¡No debía haber huido de allí! Pero, ¿qué otra cosa podrá haber hecho? Con un suspiro de rabia, abrió el grifo de agua fría, metió sus brazos en ella, y se chapuzó la ardiente cara. Ni siquiera podía llorar; tan intensa era su furia. ¿Pero cómo podía él...? ¿Cómo podía?

Se pasó las manos por la cabeza, incapaz de mirarse al espejo. Si él no estaba avergonzado, ella sí. Se pasó violentamente el cepillo por el pelo. Los hombres casados hacían cosas así, lo sabía... muchos de ellos en Dinamarca. Pero Nils no. ¿y por qué no Nils? Ahora lo sabía. ¿Lo habría hecho antes? ¿Qué podía hacer ella ahora? ¿Le deseaba, le quería ella? Sí. ¡*No!* Si pudiese dañarle del mismo modo que él lo había hecho con ella... Su acción era imperdonable.

Su garganta estaba contraída al punto de dolerle, y tenía la sensación de que rompería a llorar en cualquier momento, cosa que no quería en modo alguno. ¿Por qué *diablos* había de llorar por aquello? Pero sí que había lo bastante como para indignarse.

Se apartó rápidamente, para no ver su imagen reflejada en el espejo, y al hacerlo reparó en un cuadernito dé notas colgando del cubo de la lavandería. Lo cogió y, al abrirlo automáticamente, preguntándose qué hacer con él, vio que sus páginas estaban cubiertas de claras hileras de cálculos expresados más con símbolos que con números. Lo cerró rápidamente y fue con él a su habitación, cerrando la puerta y apretándola con la espalda, con el cuadernito estrechamente sujeto contra el pecho.

Si puede decirse que a la emoción reemplaza el orden lógico del pensArniento racional, ésta fue a buen seguro una de las veces que lo hizo. Baxter le había apenas molestado últimamente, pero en realidad no pensaba en él. Ni en América o Dinamarca, o en lealtad o patriotismo. Pensaba en Nils y en lo que había visto y, quizá, aunque no se diera cuenta de ello, en que deseaba hacerle tanto daño como él se lo había hecho a ella.

y era muy fácil hacérselo. Providencialmente se le había presentado la ocasión. Cerró con llave la puerta, fue a su escritorio, y sacó la máquina fotográfica de un cajón del mismo. Precisamente la había cargado el día anterior, preparándola para la vuelta al hogar de Nils, a fin de tener un permanente recuerdo en color de aquellas vacaciones. En la alfombrilla de la cama se posaba un haz de sol que entraba por la ventana. Colocó el cuadernito de notas sobre la alfombrita, abrió su primera página, y se sentó en el borde de la cama. Miró por el visor de la máquina, ajustó ésta a un metro, la distancia más corta a la que podía tomar una fotografía sin que resultase borrosa, y viendo que la imagen de las páginas era nítida, dispuso automáticamente la exposición.

Clic.

Corrió la película y se inclinó para volver la página, repitiendo la operación.

Cuando acabó la última página del cuadernito, quedaban algunas por tomar aún en el carrete y, para aprovecharlo al máximo, fotografió también las cubiertas anterior y posterior. Lo tomó luego, metió la cámara en su sitio, y abrió la puerta, saliendo y encontrándose con Arnie que subía las escaleras..

-Marta -dijo parpadeando en la oscuridad tras el resplandor del exterior-. Me desperté de pronto, y me di cuenta de que había extraviado mi cuadernito de notas.

Ella se echó hacia atrás ligeramente, con su mano y el cuaderno estrechamente apretados.

-¡Aquí está! -dijo.

El sonrió. -¡Qué estupendo que lo haya encontrado! -Se lo estaba llevando a su habitación -dijo ella con voz que sonaba estridente y artificial, de lo cual no pareció él darse cuenta.

-Y también que fuese usted quien lo encontrara -dijo. De haber sido Skou, probablemente me hubiese enviado al instante a la Luna. Gracias. Tendré buen cuidado de que no me suceda la mismo otra vez. Siento haberme quedado dormido... ¡Vaya huésped! Pero me encuentro mucho mejor tras el descanso. Ha sido un día maravilloso.

Ella asintió ligeramente con la cabeza, al entrar él en su habitación.

19

El Jaguar corría rápidamente a lo largo de la. costa norte, pero sin sobrepasar la velocidad indicada. Nils conducía con una mano, mientras intentaba encontrar algo de música en la radio.

-Hemos salido algo tarde -dijo-. ¿Tienes que detenerte en Helsingor?

-Sí, tengo que ir a Correos. Sólo un minuto -dijo Marta.

-¿Es tan importante? -Localizó una emisora sueca en la que sonaba música campesina, esmaltada de los clásicos alaridos.

-He de enviar a revelar una película. -¿Qué tiene de malo ese establecimiento al lado del ultramarinos, en Rungsted?

-Son demasiado lentos. Este es uno especial de Copenhague. Si crees que llegarás tarde por mí, déjame junto al *ferry* y puedes seguir solo.

El le lanzó una rápida mirada de soslayo, pero ella tenía la vista fija adelante, y la cara inexpresiva.

-¡Vamos! Estoy de vacaciones... y desde luego te esperaré. Es sólo que no deseo que perdamos el lanzArniento, o ascenso, o como se quiera llamarlo. Te gustará. Los remolcadores lo llevarán fuera y lo meterán en la nave. El impulsor lo colocarán en la Luna.

Tuvieron que esperar a que una locomotora de vapor arrastrase una hilera de vagones sacados del *ferry.*

-Fíjate en esa locomotora -dijo Nils-. Soltando vapor y aceite de cada juntura... y arrastrando aún trenes del *ferry.* ¿Sabes qué edad tiene? -Marta no lo sabía, al parecer, ni tampoco mostró demasiado interés en la respuesta-. Te lo diré. Se halla inscrita en la placa de un lado del ténder. Fue construida en 1892, y todavía trabaja. Los daneses no tiramos nada mientras funciona. Somos un pueblo muy práctico.

-¿En oposición a nosotros los americanos, que fabricamos coches y otros artefactos para estropearlos en seguida y desecharlos?

No respondió él, sino que al pasar ante la estación torció a Correos, tras la terminal. Aparcó, y salió ella llevando su paquetito. Película... Se preguntó cuanto tiempo habría estado en la cámara. Pues desde que comenzaron sus vacaciones, ella no había sacado ninguna foto en todo el tiempo. ¿Qué podía estar preocupándola, pues tanto le gustaba sacarlas en sus permisos? No pudiendo atinar la razón, reparó en un puesto próximo de salchichas con

mostaza, que le produjo una especie de tirón en el estómago. Fue pues a él, y pidió dos con salsa de tomate, cebolla cruda y mostaza-, diciendo luego que suprimiesen la cebolla, pues recordó que tendrían que estar en el lanzArniento con políticos y otros peces gordos. No recordaba este puesto de salchichas, pero tenían también cerveza, y pidió una botella de Tuborgoro, fría, para refrescarse el estómago.

¿Qué era lo que le pasaba a Marta? No es que no respondiese el acto amoroso, pero mostraba cierta frialdad y un insólito despegue de su cuerpo en el lecho matrimonial. Quizá era debido a la tensión en que la tenían sus viajes lunares, al sabotaje y todo eso. Nunca se podía saber con las mujeres... Eran unas criaturas muy extrañas. Dadas a antojos y humores. La vio salir de Correos, y acabó apresuradamente la cerveza.

Nils no había tenido nunca un momento de duda o sospecha sobre su esposa. Ni siquiera ahora, después de aquella tarde de domingo en su encuentro con Inger.

20 -*Marte*

Era casi mediodía, de forma que allí, en el ecuador, en pleno verano, la temperatura había subido a casi treinta grados bajo cero. La colina, que era en realidad un flanco de un gran cráter circular, se alzaba abruptamente del llano. Un menguado sol reverberaba en el helado paisaje de un cielo negro, en el que se veía el claro destello de las estrellas más brillantes. Sólo en el horizonte era lo bastante densa la atmósfera como para trazar una tenue línea de azul sobre el firmamento. El aire estaba inmóvil, sumido en un silencio intemporal, tan enrarecido, casi puro dióxido de carbono, que apenas era aire. Y muy, muy frío.

Los dos hombres que trepaban por el pronunciado declive de la ladera de aquella especie de cerro, caminaban con mucho esfuerzo a pesar de la más baja gravedad. Su vestimenta, sumamente aislada y eléctricamente calentada, obstaculizaba sus movimientos; sus estuches de baterías y botellas de oxígeno les doblegaban con su peso. Cuando alcanzaron la cresta, se detuvieron, agradecidos, para descansar. Sus facciones estaban ocultas por cobertores especiales y anteojos.

-Es... toda una escalada -dijo Arnie, jadeando. En el rostro cubierto de Nils no podía notarse ninguna expresión, pero el tono de su voz fue preocupado. -Espero que no habrá sido demasiado. Quizá no debiera haberlo traído...

-Estoy bien. Un poco corto de respiración. Y bajo de forma. Ha pasado ya mucho tiempo desde que hice algo así. Pero merece realmente la pena; es una vista sencillamente magnífica.

El silente paisaje los redujo también al silencio. Frío, oscuro, extraño, un planeta que no había muerto porque no había nacido. La pequeña base establecida abajo era como un bienvenido rayo de luz en una ventana, un manto de calor en el frío eterno de Marte. Arnie miró en derredor y luego se apartó rápidamente a un lado, haciendo señas a Nils de que hiciera lo propio.

¿Sucede algo? -No, nada en absoluto. Es sólo que estamos situados entre el Sol y esta *Col de Marte.* Está comenzando a cerrarse. Cree que es noche de nuevo.

Los brazos de unos treinta centímetros y extendidos como los de una estrella de mar, de aquella planta-animal, estaban semicerrados, revelando la áspera y grisácea parte posterior. Cuando se cerraban por completo, formaban una bola, aislada contra aquel ambiente increíblemente riguroso, conservando apretadamente la minúscula cantidad de calor y energía que la planta-animal habían obtenido, en espera de que volviese de nuevo el sol y cuando reaparecía, los brazos se desplegaban revelando las relucientes plaquitas negras de su parte inferior, que captaban y almacenaban la radiación del lejanísimo Sol. Aquella excrecencia era la única forma de vida descubierta en Marte y, aunque su apelativo de «Col de Marte» era ya el título oficial, era mirada con respeto, si no con temor, por todos ellos. Era la única criatura marciana, el único ser u objeto animado. Ambos hombres se apartaron pues, a fin de no privada de la luz del Sol.

-Me recuerda a algunas de las plantas del desierto de Israel -dijo Arnie.

-¿Echa de menos Israel?

-Sí, desde luego. No necesitaba preguntármelo. -La voz era un cuchicheo lejano, debido a la enrarecida atmósfera, a pesar de que hablaba en voz alta.

-Ya me lo imaginaba. Conozco una serie de países que en su mayoría parecen mucho más interesantes que Dinamarca. Yo podría vivir en cualquiera de ellos, supongo, pero seguiría prefiriendo Dinamarca. No me gustaría abandonarlo. A veces, me admira cómo usted, por un principio lo hizo con su país. Dudo que yo lo hubiese hecho. No hubiese tenido suficientes agallas. -Apuntó con la mano. Mire, allí está, justamente como le dije. Puede ver la superficie entera desde aquí. Los nuevos edificios en construcción y la zona de aterrizaje dispuesta más allá de la Galatea. Cuando sea necesario, más edificios serán construidos a lo largo de la parte este. Va a ser una colonia entera... una ciudad algún día. El ferrocarril irá de allí a las montañas donde se encuentran las minas.

-Un proyecto muy optimista. Pero, no hay ninguna razón para que no funcione de esa manera. -Sin embargo, Arnie estaba pensando en lo que había dicho sobre Israel. Era un tópico que le molestaba como un diente dañado, y no podía zafarse de él. Pero raramente lo mencionaba a nadie-. ¿Qué quiere usted decir con eso de que tuve agallas? Yo hice sólo lo que tenía que hacer. ¿Piensa usted que estuvo mal... que yo debía lealtad a Israel por encima de toda la humanidad?.

-¡Cielos, no! -respondió el corpulento piloto, logrando poner un acento de simpatía en el cuchicheo de su voz-. Yo estoy de su parte, no lo olvide nunca. Lo que realmente quiero decir es que admiro lo que hizo, no vendiéndose. Si lo que dice es verdad, el quedarse hubiese sido una gran traición. La misma que han estado realizando los científicos desde que fuera inventada la palabra ciencia. Bombas, gases asfixiantes y muerte por el bien de la patria. Esa es la traición directa. Inventar la bomba atómica... y gemir luego sobre la forma en que ha sido usada, pero sin plantar cara y la traición indirecta; con los ojos tapados: estoy trabajando en gases nerviosos, guerra bacteriológica, bombas más poderosas, pero nunca serán usados. El mundo es demasiado grande para poder evitar cometer cualquier traición. La Dow Chemical hace napalm para asar a la gente. Pero no puedo de dejar de comprar productos Dow, porque ello no supondría ninguna diferencia. Sudáfrica tiene el mejor estado policía del mundo y un país lleno de negros legalmente esclavos. Pero sigo comprando sus naranjas... ¿qué otra cosa puedo hacer? Puede reprocharse de cómo yo siento, Arnie.

-¿Qué demonios quiere usted decir realmente? -Golpeó el suelo con los pies para ahuyentar el frío que se filtraba por las suelas de las botas.

-Quiero decir que usted hizo lo que yo no hubiese tenido agallas para hacer. Usted se aferró a sus convicciones, sin importarle lo que personalmente perdiera. Ha habido, en Dinamarca toda clase de boicoteo contra la Dow y Sudáfrica, pero yo los ignoré, o me reí de ellos. ¿Qué podía *yo* hacer? Yo volaba y vivía bien; me divertía. Pero usted se metió en mi piel, me enseñó algo diferente.

-¡Basta! -dijo Arnie, con tono entre extrañado y ofendido-. No se da usted cuenta de lo que está diciendo. Yo cometí un acto infame al traicionar a mi país y a la confianza que depositaba en mí, al privarle de los resultados de mi investigación, que en derecho le pertenecía. Me puse al margen de la ley. Una científico se debe a su juramento, y yo violé el mío.

-No comprendo.

-Estoy seguro que no. Su opinión es personal, irreflexiva, más parcial aún que la mía. Yo admito mi crimen. Sin embargo, usted carga a los científicos con todos los pecados del mundo. Habla usted de bombas atómicas. Pero, ¿y las plantas de energía atómica y las medicinas radiactivas? Los culpa de inventar explosivos, pero no menciona. a los plásticos que proceden de los mismos fundamentos químicos. Cita la guerra bacteriológica, mas no los medicamentos que extirpan el virus y que provienen de la misma investigación. Puede usted. intentar censurarlos, pero no culpar a la ciencia ya los científicos de los males del mundo. Nosotros los físicos podemos haber construido la bomba atómica, pero fue el gobierno quien la financió, y los políticos elegidos quienes decidieron lanzarla. Y el pueblo en general parece haber aprobado tal decisión. Los científicos no hacen la guerra... es el *pueblo* quien la hace. Si trata usted de culpar a los científicos de la situación del mundo, sólo está utilizándolos como cabezas de turco. Es mucho más fácil culpar a otra persona que admitir la propia culpa. Son bastantes los sudafricanos que disfrutan siendo propietarios de esclavos, pues de lo contrario su gobierno no permanecería en el poder. Recuerde lo que dijo Maquiavelo sobre el hecho de que un príncipe no podía gobernar frente a la activa oposición del pueblo. Los nazis no exterminaron a los judíos... fue el pueblo alemán quien lo hizo. El pueblo tiene la responsabilidad de sus hazañas, pero no le gusta el peso de ella. Y así, prefiere culpar a otros. Dice que los científicos, que inventan bombas y aviones y armas, son responsables del estado actual del mundo. Pero el pueblo, la gente que eligió a los políticos autores de las guerras, es irreprochable... ¿cree usted realmente que lo es?

A Nils le chocó el súbito enojo. -No quería decir eso. Sólo dije que admiraba...

-No admire a un hombre que ha traicionado la confianza puesta en él por su país. Hasta si mi decisión fuese justa, he cometido una acción imperdonable.

-Si siente de ese modo, ¿por qué abandonó Israel y todo, y se vino a Dinamarca? Sé que nació y se crió en Dinamarca. ¿Fue ésta la razón?

El silencio marciano se tendió durante largos segundos antes de que Arnie hablase de nuevo.

-Quizá. O acaso debido a la fe... o a la esperanza. O tal vez porque soy judío. En Israel, era israelí. Pero, en cualquier otra parte del mundo soy judío. Excepto en Dinamarca. No hay judíos en Dinamarca... sólo daneses de

diversas creencias religiosas. Usted tenía sólo tres o cuatro años de edad cuando los nazis marcharon a través de Europa, por lo que ello sólo es historia para usted, otro capítulo en gruesos libros. Son monstruos... demonios, debido a que podían desatar la maldad en otros corazones tanto como en los suyos propios. La gente, el pueblo de los países que conquistaban, les *ayudaban* a proveer de material humano las cámaras de gas. La policía francesa hacía redadas de judíos para ellos. Los ucranianos alimentaban alegremente los hornos crematorios. Los polacos se precipitaban a ver asados a sus vecinos judíos, sólo para ser luego víctimas del mismo trágico sino por su lealtad a su patria. Cada país invadido ayudaba a los alemanes. Todos los países, excepto uno. En Dinamarca, la policía se disgustó horrorizada al oír de la purga en puertas. Comunicaban la noticia a los demás, que se horrorizaban igualmente. Los taxistas recorrían las calles con listines telefónicos, buscando a personas de nombres judíos, para prevenirlas. Igualmente lo hacían los «boy- scouts». Todos los hospitales del país abrieron sus puertas a los judíos para esconderlos. En pocos días, a cualquier judío se le sacaba clandestinamente del país. ¿Sabe usted por qué hicieron eso los daneses?

-¡Desde luego! -respondió Nils, apretando sus poderosos puños-. Porque se trataba de seres humanos, daneses y no es corriente esa forma de actuar.

-Eso es... usted ha respondido a su propia pregunta. Yo tuve que escoger, se me presentaba una alternativa, y elegí. Me atrevo a decir que tuve razón. - Arnie comenzó a andar cerro abajo, y se detuvo un momento. Yo fui uno de los judíos pasados clandestinamente a Suecia. Quizá estoy pagando una deuda.

Y ambos fueron descendiendo la pendiente, uno al lado del otro, en dirección a la luz y el calor de la base.

21 - *Copenhague*

-No merece la pena tomar nuestros dos coches -dijo Marta por el teléfono. Podemos arreglarnos muy bien con uno... Sí, Ove... ¿Está preparada Ulla...? Bien. Estaré ahí dentro de una hora, creo... Sí, eso nos daría mucho tiempo. Tenemos asientos en la sección reservada y todo lo demás, así que no debería haber ninguna dificultad. Acaban de tocar el timbre de la puerta... ¿Todo de acuerdo? Hasta luego, pues.

Colgó y fue a ponerse el batín, cuando sonó de nuevo el timbre. No le quedaba por hacer sino maquillarse un poco y vestirse, pero no iba a abrir la puerta en combinación...

-la, nu kommen ieg -dijo en voz alta, tras ponerse el batín, y apresurándose por el vestíbulo. Al abrir la. puerta, casi volvió a cerrarla al ver a un buhonero con sus artículos. Dijo también en danés-: Gracias, no necesito nada.

-Será mejor que me deje entrar -respondió el hombre. Tengo que hablar con usted.

Le dejó perpleja y sobresaltada que aquel hombre le respondiera en inglés, y le recorrió con la vista el usado traje, y gorro y la cara, de ojos de azul pálido, cercados de rojo, y parpadeantes.

-¡Mr. Baxter! No le reconocí de buenas a primeras... -Sin sus gafas de montura de carey oscuro parecía un hombre totalmente distinto.

-No puedo quedarme en la puerta así -dijo él, con enojo-. Déjeme entrar. -Hizo ademán de hacerlo y ella se apartó aun lado, cerrando luego la puerta.

-He estado intentando entrar en contacto con usted

-I. sr, voy en seguida. -dijo él, dejando en el suelo el fardo de escobillas, peines, cepillos, plumeros y demás artículos similares-. Supongo que recibiría usted las cartas, los mensajes.

-No quise volver a verle a usted. He hecho lo que deseaba, tiene la película. Así que deje de molestarme más. -Se volvió y puso la mano en el pestillo de la puerta.

-¡No haga eso! -vociferó él, lanzando un plumero que tenía en la mano contra la pared. Hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta, y encontró sus gafas, poniéndoselas, lo cual pareció calmarle-. Las películas no tienen ningún valor.

-¿Quiere decir que no salieron? Estoy segura de que tomé bien las fotos.

-No es a la parte técnica fotográfica a la que me refiero. El cuadernito, las acuaciones... no tenían nada que ver con el efecto *Daleth.* Se refieren todas ellas al generador de fusión Rasmussen, y no en absoluto a lo que deseamos.

Marta intentó no sonreír... pero, como fuese, estaba contenta. Había hecho lo que le pidieron, y había cancelado el asunto. No era su culpa que los apuntes del cuadernillo no sirviesen.

-Bien, ¿no tiene bastante con el generador de fusión ¿Es que no es importante también?

-No se trata de una cuestión de valor comercial -respondió Baxter fríamente, restaurados en parte sus acostumbrados modales-. En todo caso, el aparato de fusión está patentado, y podemos obtener los derechos. En lo que usted y yo estamos interesados es en la seguridad nacional, nada menos que en eso.

Ella le miró con fijeza y se ajustó más los extremos del batín.

-No hay nada más que pueda yo hacer por usted. Todo se encuentra ahora en la Luna, ya lo sabe. Arnie se ha marchado también...

-Le diré lo que puede hacer, y no queda mucho tiempo. ¿Cree usted que hubiese yo salido disfrazado con éstos cachivaches si no se tratase de una cuestión vital?

-Verdad es que está usted bastante cómico -dijo ella, pugnando por no reír.

Baxter se lanzó una mirada de intenso odio, y le costó unos momentos dominarse. -Escúcheme bien -dijo. Usted va a acudir hoya la ceremonia, y subirá luego ala nave. Allí hay cosas que necesitamos conocer. Deseo que usted...

-No haré nada por usted. Puede marcharse ya. Marta volvió a tender la mano al pestillo de la puerta, pero se sintió asida del brazo por los dedos de él, semejantes a garras de acero. Dio una boqueada de dolor cuando le arrastró hacia sí, hablándole casi con la cara pegada a la suya. «Su aliento huele a Sen-Sen -pensó-. No sabía que lo siguieran haciendo». Le dolía tanto el brazo, que estuvo a punto de gritar.

-Óigame bien, usted va a hacer lo que yo le diga. Si desea otra razón que la de la lealtad a su país... recuerde sólo que tengo un rollo de película de su cámara, con sus huellas dactilares, y tomas del piso de su habitación. A los daneses les gustaría verlo, ¿no cree?

La sonrisa de él le hizo pensar a Marta en el rictus que se supone se traza en la cara de las personas cuando morían de angustia. Se zafó el brazo de la

mano que lo asía, y dio un paso atrás. Sería inútil por completo decir a aquel hombre lo que pensaba de él.

-¿Qué desea que haga? -preguntó finalmente. mirando al suelo al decirlo.

-Así está mejor. Usted es una gran aficionada a la fotografía, así que tome este broche. Sujételo en su bolso antes de ir.

Ella lo sostuvo en la palma de la mano; era atractivo y hacía juego con la piel de cocodrilo de su bolso. Se componía de una gran piedra central, rodeada de un círculo de chispas de diamante y lo que parecían ser diminutos rubíes, rematándolo un cerco labrado de espirales de oro.

Apunte su bolso y oprima aquí -dijo el, señalando el espiral superior-. Es de amplio ángulo, el objetivo está enfocado, y funcionará con cualquier luz. Se pueden sacar más de cien instantáneas, así que sea generosa. Deseo fotos del puente y de la sala de máquinas, si llega a ella; primeros planos de los controles, y otras imágenes de los pasillos, escaleras, puertas, compartimientos y cámaras intermedias de presión. De todo lo más posible, en fin, Más tarde le mostraré las fotos reveladas, y le pediré me describa a qué corresponden. Así pues, tome buena nota de todo, y de la secuencia del recorrido en su visita al barco.

-No sé nada de esta clase de trabajo. ¿No puede encargarlo a alguna otra persona, por favor? Deben haber cientos que lo puedan hacer mejor...

-Si tuviésemos a alguna otra persona ¿cree que se lo estaríamos pidiendo a *usted?* -La última palabra fue pronunciada con frío desdén, lanzada más bien al inclinarse para recoger su fardo de artículos de limpieza. Agitó un estropajo de cocina en su dirección-. y no vaya a tener esos pequeños accidentes como dejarlo caer o romperlo, y exponer toda la película a la oscuridad y echarnos la culpa. Conozco todos los trucos. No tiene ninguna otra alternativa. Sacará las fotos como le he dicho. Tome esto para usted. -Le tendió un cepillo, sonriendo fríamente, seguro de sí mismo y, abriendo la puerta, se fue.

Marta tomó el objeto y lo arrojó violentamente. Sí, esto era lo que él pensaba. Un cepillo de aseo personal. Al acabar de vestirse, seguía estremeciéndose de ira.

-¡Mirad cuánta gente! -dijo Ove, maniobrando en torno aun autobús lleno de estudiantes que vitoreaban y agitaban banderitas a través de las ventanillas.

-No hay de qué extrañarse -dijo Ulla, quien se sentaba en la parte trasera del coche con Marta-. Este es un día ciertamente maravilloso.

-Y dI tiempo acompaña, claro -dijo Ove; lanzando una ojeada al firmamento-. Lleno de nubes, pero sin lluvia. No luce el Sol... pero no se puede tenerlo todo.

Marta estaba silenciosa, asiendo su bolso con el gran broche de brillantes y oro prendido. Ulla se había fijado en el adorno, y Marta había tenido que improvisar una pequeña mentira.

Hubiese sido imposible acercarse más al terreno ribereño, de no haber tenido una invitación oficial. Se agitaron manos saludándoles al paso a través de las barreras y dirigirse al Palacio Amalienborg, cuya inmensa plaza había sido dividida para el aparcArniento. Desde allí, había un breve trayecto hasta la orilla. El ambiente era también de fiesta en aquel lugar, con una banda de música que tocaba alegres marchas, y banderas y gallardetes ondeando en las tribunas erigidas en el muelle, saludándose con ademanes de cabeza los invitados al ocupar sus puestos.

-Diez minutos -dijo Ove, consultando su reloj-. Haríamos mejor en darnos prisa. A menos que Marta crea que su marido llegará con retraso.

-¡Nils! Todos rieron ante el pensArniento, y Marta con los demás. Durante segundos, se sentiría a sus anchas, siendo acomodada en su asiento, amenos de tres metros del Rey y de la Familia real, sonriendo felizmente a las amistades. Luego, volvería el recuerdo a atenazarla, y asiría con más fuerza su bolso, segura de que la gente estaba mirándolo. La banda atacó las notas de «Rey Christian», el himno real, y hubo un gran rumor al ponerse en pie todos los asistentes. Después fue la pieza «Hay una tierra hermosa», que terminaba con un floreado redoble de tambores. Las últimas notas se apagaron mientras se sentaban, y casi en el mismo instante se oyó un lejano silbido. Todos alzaron la vista; poniendo de pantalla sus manos, intentando ver. El sonido se hizo más profundo, tornándose en una especie de bramido, y una mancha oscura se desprendió de la capa de nubes.

-¡A la hora justa, al segundo! exclamó Ove, excitado.

Con asombrosa rapidez, la mancha aumentó a gigantescas proporciones, tomando forma y pareciendo ir a precipitarse en derechura sobre los asistentes. Hubo bocas abiertas, pasmadas, y hasta un ahogado chillido.

La velocidad aminoró cada vez más, hasta que la gran forma fue cayendo suavemente, como una pluma, sobre las tranquilas aguas. Hubo más pasmadas bocas al apreciarse su verdadero tamaño. El casco blanco y negro era tan grande como el de cualquier buque transoceánico, miles de toneladas de peso bruto. Era algo increíble su presencia en el aire ante ellos. Un inmenso disco, de una longitud considerable, de partes superior e inferior lisas, con la protuberancia encristalada del puente sobresaliendo. No poseía evidentes medios propulsores, ni hacía otro ruido que el del aire recorriendo sus costados.

Un silencio absoluto se cernió entre los espectadores, de forma que se oyeron claramente los chillidos de las gaviotas. La gran nave se detuvo totalmente, quedando suspendida en el aire, a pocos metros del agua. Luego, y con infinita precisión, descendió más, posando su enorme masa tan suavemente en el agua, que sólo levantó un ligerísimo oleaje que besó el muelle, moviéndose hacia él, a la par que se abrían las escotillas de su cubierta y daban paso a marineros arrastrando cabos para el amarraje.

Aplausos y vítores espontáneos a pleno pulmón estallaron entre los espectadores, mientras la banda de música sonaba con tanto entusiasmo que casi apagaba el alboroto humano. Marta gritó con los demás, olvidada de todo en la exaltación del momento.

En tersas letras negras sobre el fondo blanco, podía leerse claramente el nombre de la nave: *Holger Danske.* El nombre de mayor pez en Dinamarca.

Aun antes de que fuesen amarrados los cabos, fue tendida una pasarela, y un pequeño grupo de oficiales la descendió para saludar a los invitados que se adelantaban hacia ellos. Hasta a aquella distancia era visible la elevada estatura de Nils sobre los demás. Saludaron, estrecharon manos, y se encaminaron al centro de la tribuna, pasando Nils tan cerca como para sonreír a Marta, quien agitó una mano.

Luego se procedió a la imposición de condecoraciones, con breves palabras del Rey, y algunos discursos algo más extensos de los políticos. Fue el Primer Ministro quien pronunció la alocución oficial. Removiéndole el viento mechones de su cabello, miró unos momentos a la gran nave que ante él estaba y, al hablar, su voz sonó con sentida sinceridad.

-En la antigua leyenda, Holger Danske duerme, presto a despertar y acudir en ayuda de Dinamarca cuando sea preciso. Durante la guerra, el movimiento de resistencia adoptó el nombre de Holger Danske, y fue empleado con honor. Ahora tenemos una nave con ese nombre, el primero de varios que representarán a Dinamarca de forma no sospechada por nadie.

»Estamos abriendo el sistema solar a la humanidad. Esta realización es tan grande, que resulta casi inimaginable. Me gusta pensar en los mares del espacio como en otro océano a atravesarse, a la manera que los navegantes daneses lo cruzaron en el siglo IX para arribar a nuevas y fantásticas tierras. La ciencia se beneficiará del observatorio, y de los laboratorios criogénicos en construcción en la Luna actualmente. La industria se beneficiará también, porque es una empresa unida de todas las naciones del mundo. Es nuestra más firme esperanza que asimismo abone. a la causa de la paz... porque en el espacio, nuestro mundo es pequeño, velado y lejano. Mirándolo desde allí, es difícil ver sus separados continentes, y son completamente invisibles las fronteras nacionales. Es una evidencia vital de que constituimos un mundo, una humanidad.

»Dinamarca es un país harto pequeño para acometer por sí sólo la empresa de explorar todo un sistema solar... aun si lo deseáremos. Pero no lo deseamos. Buscamos ansiosos la cooperación del mundo entero. Dentro de dos días, la *Holger Danske* zarpará para su primer viaje a Marte con representantes de varias naciones a bordo. Instalaciones científicas están construyéndose allí, y operadores científicos de varios grandes países permanecerán sobre el rojo planeta para comenzar diversos proyectos de investigación. Los representantes políticos regresarán para comunicar a sus conciudadanos cómo será el futuro. El cual se presenta bajo los mejores auspicios y perspectivas. y nosotros, como daneses, nos sentimos orgullosos de haber abonado a realizarlo.

Se sentó, en medio de un clamoroso aplauso, y la banda de música atacó otra pieza de su extenso repertorio. Las cámaras de televisión recorrieron toda la asamblea, mientras se anunciaba que los invitados podían visitar la nave espacial.

-Ya vais a verla -dijo Ove-. La primera nave jamás diseñada para esta función... y no se ha ahorrado gasto alguno. Básicamente es un carguero, pero bien disfrazado. Toda la sección interior la componen bodegas, hallándose a proa los compartimientos operativos. Lo cual deja toda la sección exterior para camarotes, provistos cada cual con una portañola. Lujosa, os lo aseguro. Vámonos, antes de que la Prensa se vuelva pesada.

La entrada ala nave se efectuaba a través de la sala de Aduana empleada cuando el *ferry* de Oslo atracaba normalmente a aquel muelle. y los oficiales de aduanas se hallaban todavía allí... efectuando su habitual tarea. No se permitía llevar a bordo paquetes o maletas, y carteras y bolsos de mano habían de ser revisados. Con la mayor cortesía se rogaba a los hombres que mostrasen el contenido de sus bolsillos ya las mujeres el de sus bolsos. Para el caso de que pudiese haber quejas, en un saloncito aparte se encontraban un almirante y un general, en charla con un ministro y un embajador. La intención era evidentemente disponer de alguien de igual superior rango, para zanjar cualquier caso que se presentara.

No hubo queja alguna, ni por lo tanto se presentó ninguna dificultad. El Primer Ministro vació el primero sus bolsillos, y mostró el contenido de su cartera de bolsillo. Así había sido dispuesto todo, en pro de la cabal

seguridad del *Holger Danske. Al moverse lentamente la cola, Marta Hansen se sintió paralizada de miedo. Sería descubierta, y la ignominia caería sobre ella... De haber habido cualquier lugar en donde meterse, correría a él. Pero, en aquella más bien apretada fila, no tenía más remedio que seguir a los demás. Ulla le estaba diciendo algo, pero sólo le podía responder asintiendo mudamente. Y, de pronto, se encontró ante el mostrador, tras el cual estaba un oficial de aduanas de elevada estatura y serio rostro, que tendió lentamente su mano.*

-Este es un gran día para su esposo, *Fru* Hansen -le dijo-. ¿Me permite? -Apuntó al bolso. Ella lo puso sobre el mostrador.

-¿Quiere hacer el favor de abrirlo? -dijo el oficial. Lo hizo, y el oficial hurgó en su interior.

-Su polvera -añadió él, señalándola. Se la tendió, y él la examinó. El destellante ojo de la cámara oculta le apuntó directamente, y él lo miró, sonriendo.

-Es todo, gracias -dijo, pasando a otro personaje. Los Rasmussen, que le habían precedido, esperaban, y Nils agitaba la mano desde cubierta.

Marta sostenía su bolso, con un dedo posado sobre su nuevo broche, preguntándose qué diría a Nils si se fijaba en él. No necesitaba preocuparse por ello. Normalmente el más calmoso de los hombres, no lo estaba hoy. Tenía las manos enlazadas a la espalda -quizá para tranquilizarlas-, pero sus ojos brillaban de excitación.

-¡Marta, éste es el día! exclamó abrazándola y alzándola en vilo un momento, mientras la besaba con tal pasión que la dejó aturdida.

-¡Santo Dios! exclamó al posar los pies en el suelo. -¿Has visto esta barcaza gigante? ¿No es un sueño?

No ha habido cosa igual desde que comenzó el mundo. Podríamos llevar al *Calamar Volante* como bote salvavidas, te aseguro. y lo mejor es que no se trata de una renovación o restauración, sino de una nave especialmente diseñada para el sólo uso del impulsor *Daleth.* Mi puente está en el borde de ataque, para el movimiento lateral, igual que en un avión, aunque tiene plena visibilidad tanto arriba como abajo, para la aceleración y deceleración. Ven, que voy a enseñártelo. Todo, excepto la sala de máquinas que está cerrada mientras haya visitantes a bordo, y si tenemos tiempo, te enseñaré mi dormitorio así como mi camarote. -La rodeó con un brazo mientras hablaban-. Marta, después de pilotar esta hermosura, todo cambia; ahora pienso que llevar el mejor avión sería como pedalear un coche de niños.

Mientras iban andando a través de la abierta cámara espacial intermedia, su dedo tocó el espiral de oro del broche de su bolso, y sintió como se oprimía. Ligeramente.

Y se odió.

22 - *La Holger Danske*

-¿No están aún todos a bordo? -preguntó Arnie, mirando al muelle desde el puente de mando. Dos hombres salían del despacho de la Aduana, sujetándose las alas de los sombreros contra el viento del Báltico. Les seguían mozos con sus maletas.

-Aún no, pero deben estar ya terminando -contestó Nils-. Voy a comprobarlo con el sobrecargo. Marcó el número del mismo, y se encendió la luz de la pequeña pantalla telefónica.

-¿Señor? -¿Cómo va el recuento? El sobrecargo consultó su lista, acotada con un lápiz. -Seis pasajeros más y queda al completo.

-Gracias. -Desconectó-. No está del todo mal, considerando el examen completo, hasta los dientes postizos. No faltaban más que los rayos x. Supongo que estarán oyendo muchas quejas. Los capitanes de barco no aparecen nunca entre los pasajeros hasta después del primer día de navegación. Pienso hacer quizá lo mismo.

-¿Supongo que con el computador no tendrá que preocuparse de la hora exacta de despegue?

-Por esa parte no hay nada que objetar.-Palmoteó él gris estuche del computador junto a su puesto de pilotaje-. Comunico a este aparato cuando queremos despegar y da la respuesta casi antes de que estemos listos. Mientras permanecemos atracados, está conectado por línea terrestre directa con Moscú. Tras el despegue, nuestro conmutador enlaza con los suyos, y hay unas comprobaciones constantes y correcciones de rumbo y velocidad.

Contemplaron otras llegadas apresuradas de última hora. -¿Les molestó a los americanos que empleásemos el computador soviético?

-Supongo que sí, pero no podían quejarse, porque no hay conexiones de línea sencillas con los suyos. En compensación, usamos sólo trajes espaciales USA. Hechos a propósito, estoy seguro. ¿Cómo estaba Ove cuando lo vio? Arnie se encogió de hombros.. -En cama todavía, tosiendo como un becerro y con fiebre. Le despedí desde la puerta, pues no me dejó entrar, para no contagiarme, y nos deseó buena suerte. Una gripe tremenda.

-Me alegro que ocupase usted su puesto... aunque siento que tuviésemos que pedírselo. En cuanto se extirpen todos los microbios, no necesitamos ya más físicos en la sala de máquinas.

-No me importa. De hecho, me alegro. La investigación y la enseñanza van a estar muy dominadas después de algunos de estos vuelos. Como el del *Calamar Volante* a la Luna...

-¡Con el teléfono soldado al casco! ¡Dios, esos sí que eran días...! Mire hasta donde hemos llegado. -Extendió la mano en tomo al amplio puente ya los uniformados tripulantes. El operador de radio comunicándose con el control de la orilla, el navegante, el segundo piloto, el operador instrumental, el encargado del computador... Era una vista impresionante. Sonó el teléfono y lo tendió.

-Todos los pasajeros a bordo, capitán. -Magnífico. Prepararse para el despegue dentro de diez minutos.

Arnie pasó a la sala de máquinas, y en realidad halló poco que hacer. Los componentes de la dotación eran respetuosos, pero conocían muy bien su trabajo.;El impulsor *Daleth* había sido automatizado hasta el punto de que lo manejaba el computador, estando por lo tanto casi de sobra la atención humana. Lo mismo era con el generador de fusión. Arnie mandó que le llevasen algo de comer Estaba sin embargo invitado al banquete de la primera noche, y desearía evitarlo, por la muy buena razón de que aborrecía esa clase de cosas, si bien le satisfacía el ocupar el puesto de Ove enfermo, aunque realmente sin disfrutar por ello. El laboratorio y la base *Mane* le interesaban mucho más; la nueva línea de investigación que había comenzado, y las clases que daba a los técnicos sobre la teoría del *Daleth.* y además, estaban los pasajeros. Tenía la lista de ellos, y no necesitaba mucha sinceridad admitir que éste era el motivo real de que permaneciese encerrado en la sección operadora. No había encontrado ni amigos ni asociados entre

los científicos inscritos; todos eran, en su mayor parte, gente de segunda categoría. No de segunda categoría exactamente, ello no era justo, sino principiantes... ayudantes de personas importantes. Como si las universidades del mundo desconfiaran y se mostrasen reacias a enviar a sus grandes cerebros a aquella empresa considerada poco ortodoxa. Bueno, pues no importaba. Los jóvenes podían hacer observaciones y tomar notas y obtener enseñanzas y experiencias tan bien como los viejos, y los nuevos hechos y cifras que se llevasen consigo, harían que los otros reclamaran un puesto en la misión siguiente. Dar un comienzo a la cuestión era lo que importaba.

En cuanto a los otros, los políticos, no sabía nada de ellos. Había muy pocos nombres que antes oyera. Pero bien es verdad que él no era el más atento de los observadores políticos. Probablemente se trataba de subalternos al fin y al cabo, probando por decirlo así la temperatura del agua de este primer viaje, para que sus superiores pudiesen luego zambullirse.

Pero sabía de la importancia de uno de ellos, y por ese motivo permanecía apartado de la sección de pasajeros. ¿Hacía bien? El general Avri Gev estaba a bordo y, tarde o temprano, habría de tropezarse con él. Consultó su reloj. ¿Por qué no ahora? Todos habrían comido y bebido bien, y quizá cogería a Avri de buen talante... aunque ello no era posible ni pensarlo siquiera. Pero, el viaje a Marte llevaría menos de dos días, y no iba a permanecer todo el tiempo escondido allá abajo.

Después de una comprobación con los técnicos y ver que todo iba perfectamente, dejó encargado que le llamasen si se presentaban problemas, yendo luego a su camarote a arreglarse un poco, para salir después al pasillo hermético que conducía a la sección de pasajeros.

-Magnífico vuelo, señor -le dijo el oficial de policía, saludando. Era un antiguo soldado, un sargento trasladado evidentemente del Ejército con todos sus galones y condecoraciones, y encargado de la vigilancia. Miró á la pantalla de televisión que mostraba el pasillo vacío más allá, y oprimió el botón que abría la puerta. Había puertas herméticas en toda la *Holger Danske,* pero ésta era la única que no podía abrirse de ambos lados. Arnie saludó y la atravesó, topándose con el general Gev en el primer recodo.

-Estaba esperando que saliera usted -dijo Gev-. De no haberlo hecho, le hubiese pasado recado.

-Buenas tardes, Avri. -¿Quiere venir a mi camarote? Tengo un excelente whisky escocés. Deseo que lo pruebe...

-No soy lo que se dice un bebedor... -Venga de todos modos. *Mr.* Sakana me lo regaló. Arnie se le quedó mirando, intentando leer algo en aquellas facciones impasibles y curtidas. Habían estado hablando en inglés. No había nadie llamado *Mr.* Sakana. Era una palabra hebrea que significaba «peligro».

-Bueno, si insiste... Avri abrió camino, cediendo luego el paso a Arme para que entrase en su camarote, y cerrando la puerta tras él.

-¿Sucede algo? -preguntó Arnie. -Espere un momento. La hospitalidad primero. Siéntese por favor en esa butaca.

Como todos los camarotes, éste era lujoso. La portañola, con su cubierta de metal automáticamente retirada tras el paso a través del cinturón Van Allen, dejaba ver las estrellas. El suelo estaba cubierto con una alfombra de artesanía persa, las paredes empaneladas y decoradas con grabados de Sikker Hansen, y el mobiliario era escandinavo moderno.

-Y televisión en color en cada camarote -dijo Gev, apuntando a la pantalla grande, en la que aparecía una escena bélica de la nueva película *De Atlanta al Mar.* Saco del mueble-bar una botella.

-Todo muy práctico y elegante, y con el aditamento de entretenidos programas -dijo Arnie-. ¿Me ha traído usted aquí para hablar sobre decoración de interiores?

-No, en verdad. Ande, pruebe esto. Glin Grant, cebada pura sin mezcla y elaborada especialmente; doce años. Me entró su afición cuando serví con los ingleses. Hay algo que no va en esta nave. *Lehayim.*

-¿Qué quiere decir? -respondió Arnie vaso en mano, desconcertado.

-Ande, pruébelo. Mil porciento mejor que el horrible *silvovitz* que acostumbra a tomar... Pues quiero decir sólo eso que he dicho. Hay por lo menos dos hombres, entre la delegación del Este, que he reconocido. Son asesinos, agentes conocidos, criminales.

-¿Está seguro?

-Desde luego. ¿Ha olvidado usted que me encargo de la seguridad interior de nuestro país? He leído todos los informes de la interpol.

-¿Qué pueden estar haciendo aquí? -Abstraído, tomó un trago demasiado grande y rompió a toser.

-Sórbalo. Como la leche materna. No sé lo que están haciendo, pero bien puede suponerlo. Andan detrás del impulsor *Daleth.*

-¡Eso es imposible!

-¿Lo es? -Gev consiguió adoptar una expresión cínicamente divertida y compungida al mismo tiempo-. ¿Puedo preguntarle qué clase de precauciones de seguridad han sido tomadas? -Arnie quedó silencioso, y Gev rió-. No me lo diga pues. No le reprocho el estar receloso. Pero yo no formo un ejército muy bueno conmigo sólo, y el otro israelí a bordo es ese biólogo de hombros caídos. Puede ser el genio que suponen, pero desde luego no es un luchador.

-Usted no se mostró tan amistoso la última vez que hablamos.

-y por muy buenas razones, como sabe. Pero los tiempos han cambiado, e Israel hace lo mejor que puede con lo que tiene. No disponemos de su impulsor *Daleth* que por lo menos tiene un buen nombre hebreo, pero los daneses se están mostrando mucho más acomodaticios de lo que esperábamos. Admiten que gran parte de la teoría *Daleth* fue desarrollada en Israel, y debido a ello nos están dando la prioridad de la explotación científica y comercial. Hasta vamos a tener nuestra propia base en la Luna. Por ahora no hay pues nada de qué quejarse. Deseamos aún el impulsor *Daleth* pero de momento no intentamos matar a nadie para conseguirlo. Deseo hablar con el capitán Hansen.

Arnie se mordió el labio, y luego acabó el resto del whisky sin darse cuenta siquiera. -Quédese aquí -dijo finálmente-. Le diré lo que ha visto usted. El le llamará.

-No tarde mucho, Arnie -dijo Gev, con el rostro muy serio.

Nils había pronunciado un breve discurso en el banquete y retirándose luego al puente pretextando las obligaciones de su cargo. Se hallaba ahora sentado con una pierna sobre un brazo de su butaca, y giró en redondo cuando Arnie le contó lo que había dicho Gev.

-¡Imposible!

-Quizá. Pero le creo.

-¿No podría ser una añagaza suya para entrar en el puente?

-No lo sé. Lo dudo. Es un:hombre de honor... y le creo.

-Espero que tenga usted razón... y que él se equivoque. Pero no puedo pasar por alto esa denuncia. Haré que venga, pero con el policía tras él todo el tiempo. -Se volvió al teléfono.

El general Gev se presentó en seguida, con el sargento a dos pasos tras él, empuñando su pistola automática, sosteniéndola en la cintura, donde no pudieran arrebatársela, y presto a utilizarla.

-¿Podría ver su lista de pasajeros? -preguntó Gev. La repasó cuidadosamente-. Son éste y éste -dijo, subrayando sus nombres-. Utilizan seudónimos, pero son ellos. Se requiere a uno por sabotaje y al otro como presunto autor de un atentado con bomba. Unos tipos de lo más indeseables.

-Resulta difícil creerlo -dijo Nils-. Son representantes acreditados de esos países...

-Que hacen exactamente lo que la Madre Rusia les dice que hagan. Por favor, no sea ingenuo, capitán Hansen. Un satélite sólo significa eso. Comprado y pagado para ello, y dispuesto a bailar al son que tocan...

Zumbó el teléfono, y Nils lo conectó automáticamente con el codo.

La aterrorizada cara de un hombre apareció en la pantalla, corriéndole por la mejilla un abundante reguero de brillante sangre.

-¡Socorro! -gritó.

Luego hubo un fuerte ruido y la pantalla quedó vacía.

23

-¿Qué compartimiento era ése? -vociferó Nils, tendiendo la mano al disco telefónico-. ¿Reconoció alguien a ese hombre?

Gev se adelantó y le detuvo cuando estuvo a punto de marcar; el sargento alzó su arma y apretó el cañón contra la espalda de Gev.

-Espere -dijo éste-. Piense.. Ya sabe usted lo que hay. Ello basta por el momento. Alerte primero a sus defensas... Localice luego la zona amenazada. Vi puertas herméticas en toda la nave. ¿Pueden ser cerradas desde aquí?

-Sí... -Ciérrelas pues. Vaya poco a poco, sea lo que sea que esté sucediendo.

Nils vaciló un instante. -Es una buena idea, señor -dijo el sargento. Nils asintió. -Cierre todas las puertas interiores ordenó al oficial de instrumentación, quien retiró una cubierta protectora de plástico y manipuló una serie de conmutadores.

-Esas puertas pueden volver a abrirse en el acto -dijo el sargento.

-Los controles locales pueden anularse en caso de emergencia -dijo el oficial de instrumentación.

-Esta es una emergencia -le dijo Nils. Hágalo. Gev fue al mamparo junto a la puerta, apartándose de ellos. El sargento bajó su arma.

-No quisiera ingerirme en su mando, capitán -dijo Gev-. Sólo es que tengo cierta experiencia en estas cosas.

-Me alegra tenerle aquí -respondió Nils. Podemos tener que utilizar esa experiencia-. Marcó el número de la sala de máquinas, y la llamada fue respondida al instante por uno de los técnicos.

-Un mal funcionArniento, señor. Las puertas de salida están cerradas y no pueden moverse.

.-Es una emergencia. Pasa algo a bordo; aún no sabemos qué. Permanezcan apartados de las puertas, que no entre nadie... y comuníqueme si sucede algo.

-Creo que reconocí a ese hombre -dijo el operador de radio, vacilante-. Es un cocinero, o alguien que tiene que ver con la cocina.

-Bien. -Nils marcó el número de la cocina, no recibiendo respuesta-. Ahí están, en efecto. Pero, ¿qué diablos quieren de la cocina?

-Armas, quizá -dijo Gev-. Debe haber en ella muchos instrumentos cortantes. O quizás otra cosa... ¿podría ver un plano de la nave?

Nils se volvió a Arnie. -Dígamelo en seguida. ¿Está este hombre a nuestro lado?

Arnie asintió lentamente. -Creo que ahora lo está. -Bien. Sargento, vuelva a su puesto. Neergaard, deme el plano.

Lo desenrollaron sobre la mesa y Gev dio un papirotazo en un punto con el dedo. -Aquí, ¿qué significa *kokken?*

-Cocina.

-Tiene sentido. Mire. Puede accederse a ella desde el comedor, a diferencia de cualquier otra sección de servicio de la nave. y vea... le separa un mamparo interior de la sala de máquinas. La cual supongo es ésta. Nils asintió.

-Entonces, no irán por las puertas, sino que intentarán atravesar el mamparo. ¿Tiene usted algún medio para llegar rápidamente a la sala de máquinas? ¿Para reforzar a su personal, caso de que...?

Sonó el teléfono y el oficial maquinista apareció en la pantalla. -Capitán, un soplete, o algo por el estilo, está abriendo un agujero en el mamparo. ¿Qué hacemos?

-¿Qué dijo? -preguntó Gev, captando el tono preocupado de la voz del hombre, pero no entendiendo el danés. Arnie se lo explicó rápidamente, y Gev le tocó en un brazo. Dígales que pongan un banco o Una mesa contra el mamparo en ese lugar y que amontonen sobre él todo el material pesado que tengan. Que defiendan la entrada todo lo posible.

Nils pareció abrumado después de haber dado las Órdenes. Posiblemente, no podrán detener la irrupción.

-¿Refuerzos?

En la sonrisa de Nils no hubo humor alguno. -Sólo tenemos un arma a bordo, la que lleva el sargento.

-Mándelo si es posible a la sala de máquinas. A menos que pueda usted contraatacar por la cocina.

-Tendré que preguntarle si se ofrece voluntario, pues es casi un suicidio.

Cuando Nils explicó al sargento lo que estaba sucediendo, respondió: -Desde luego que me encargo de ello. Podría servir, si es que no están muy armados. Tengo otro cargador, pero no creo que haya mucha oportunidad a que me den tiempo a utilizarlo también. Puedo entrar por la puerta de la gambuza de popa. Se abre lo bastante quedamente, y les sorprendería.

Puso aun lado su gorra, y se volvió al general Gev, palmoteando las condecoraciones de su pecho. En vez de hablar en danés, lo hizo en inglés ahora, con acusado acento arrabalero:

-Vi que miraba usted esto, General. Tiene razón, estuve en Palestina, en el Ejército británico, luchando contra los hunos. Pero, cuando empezaron luego a salir sus barcos de refugiados, deserté y volví a Dinamarca. Aquello no era lo mío.

-Lo creo, sargento. Gracias por decírmelo. Se abrieron una tras otra las puertas, de forma que pudiera atravesarlas.

-Debería estar ya allí -dijo Nils-. Llamó ala sala de máquinas.

El técnico estaba excitado. -Capitán... sonaron como disparos. Los oímos a través del mamparo, una serie tremenda de ellos. y ha cesado el intento de apertura.

-Bien -dijo Gev, cuando le tradujeron estas últimas noticias-. Pueden no haber cesado, pero se ve que han sido detenidos momentáneamente.

-El sargento no ha vuelto -dijo Nils.

-Ni esperaba hacerlo -respondió Gev, sin expresión alguna en su rostro; la emoción en la batalla era un lujo que no se podía permitir-. Ahora debe ser lanzado un segundo contraataque. Más hombres, voluntarios a ser posible. Ármelos con lo que sea. Tenemos un momento de respiro y debemos aprovecharlo. Yo los conduciré, si me lo permite...

-El teléfono, Capitán -dijo el operador de radio-. Es uno de la delegación americana.

-No puedo entretenerme ahora.

-Dice que sabe del ataque y que desea prestar ayuda. Nils tomó el teléfono y apareció en la pantalla la imagen de un hombre con gafas de gruesa montura y de facciones ensombrecidas.

-Entiendo que los rojos están atacando, capitán Hansen. Puedo ofrecerle alguna ayuda. Vamos hacia el puente.

-¿Quién es usted? ¿Cómo sabe eso?

-Me llamo Baxter. Soy oficial de seguridad. Fui enviado a este viaje para el caso de que algo así sucediera. Tengo conmigo varios hombres armados, y vamos hacia ahí.

-Dijo usted hombres *armados.* No se permitían armas a bordo.

-Armados para su defensa, Capitán. y usted nos necesita ahora.

-Pues no los necesito. Quédense donde están. Enviaré a alguien a recoger sus armas.

-Vamos al puente ahora. Nuestro país ya ha entrado en guerra antes, no lo olvide. y la NATO...

¡Al diablo la NATO y usted! Si se mueven hacia este puente, no son ustedes diferentes de los demás.

.-Ha habido *quislings* antes, capitán Hansen -replicó Baxter, seriamente-. Su gobierno apreciará lo que hacemos, aun cuando usted no lo hace. -Cortó la comunicación.

Gev estaba ya corriendo hacia la salida que daba a la sección de pasajeros. -Está cerrada -gritó. ¿Hay alguna manera de que podamos reforzar esta puerta?

Los *ottos,* conducidos por Nils, estaban cerca, detrás de él, y en aquel mismo momento vieron espantados en el monitor de la televisión, a un grupo de hombres, cinco, diez, aparecer por el recodo del pasillo corriendo hacia la puerta. Baxter iba al frente, y tras él uno de los delegados de Formosa, algunos sudamericanos, y un vietnamita. Uno de ellos alzó la pata rota de una silla y la arrojó a la cámara del televisor, desapareciendo la imagen en el monitor.

-Esto va a estar que arde -dijo tranquilamente Gev, mirando a la puerta-. Tendremos que luchar en dos frentes... y ni siquiera estamos equipados para hacerlo en uno.

-Capitán -bramó desde su puesto el operador de radio. La sala de máquinas informa que han vuelto a la tarea de abrir la brecha.

De pronto se produjo el. estampido de una ensordecedora explosión en el pasillo por el que avanzaba Baxter con sus hombres, y la puerta ante la que estaban Nils y los suyos se arqueó, hacia ellos, se retorció, y salió una gran nube de humo que los echó hacia atrás, aturdidos. Luego, la puerta fue sacudida y se movió hacia adentro, apareciendo en su abertura un hombre con un arma desconocida.

Gev dio un brinco con las manos extendidas, y asió por la muñeca al hombre, retorciéndosela de forma que el. arma apuntó al techo. Se oyó un disparo, una especie de chapoteo casi insonoro. Gev dio un golpe en la nuca del hombre, con el canto de la mano, derribándole inerte. Examinó un instante el mecanismo del arma, la dirigió a la espalda del caído, y disparó hasta vaciar la carga.

Esto contuvo a los atacantes un momento. Luego empujaron más la puerta, abriendo mayor espacio, y dos hombres salieron, pisando el cadáver. Nils asestó un puñetazo en la cara a uno de ellos, lanzándolo violentamente contra la abertura por donde habían salido.

Pero fueron abrumados por el número y por el armamento. El general Gev no cayó hasta ser herido por tres balas cuando menos. No dispararon contra Nils, pero le asieron entre tres hombres, inmovilizándole, mientras otro le aporreaba sin compasión. Arnie no sabía pelear, aunque lo intentó con muy poco éxito. Atrás quedaron los muertos y heridos cuando dos defensores restantes fueron arrastrados al puente, donde el operador de radio, que era el único que allí permanecía, estaba comunicando por radio.

-¡Cállese! -le vociferó Baxter, levantando su arma-. ¿A quién está hablando?

El operador, intensamente pálido, asió el micrófono. -Es nuestra base en la Luna. Han enlazado la llamada con Copenhague. Les he dicho lo que sucedía. Los otros han irrumpido en la sala de máquinas, tomándola.

Baxter caviló un largo momento, y bajando luego su arma, sonrió. -Ha hecho usted bien. Continúe su informe. Dígales que han recibido ustedes ayuda. Los comunistas no se saldrán con la suya. Ahora, póngame en comunicación con la sala de máquinas.

El operador señaló silenciosamente a la pantalla del teléfono, donde apareció un rostro impasible. Baxter pareció también carente de expresión emotiva cuando se puso al teléfono.

-Es usted un traidor, Schmidt -dijo. En cuanto le vi supe que era miembro de la delegación de Alemania del Este. No fue muy acertado por su parte - Baxter se volvió a Nils, que había sido colocado en una butaca-. Conozco a ese hombre, capitán. Un informador pagado. Es bueno para usted que esté yo aquí.

El general Gey, tendido en el suelo, contra el mamparo, escuchaba silenciosamente, sin percatarse al parecer de su pierna empapada en sangre, que seguía manando. También había sido herido en el brazo derecho, y tenía la mano metida en la abierta camisa. Las gafas de Arnie habían quedado destrozadas al caer, y pestañeaba miopemente, intentando comprender lo que estaba sucediendo.

Baxter parecía asqueado ante la imagen de Schmidt. -No me gusta tratar con traidores.

-Todos tenemos que hacer pequeños sacrificios -replicó Schmidt, con acerba ironía.

Baxter enrojeció de cólera, pero, pasando por alto las palabras, dijo: -Parece que hay tablas. Tenemos en nuestro poder el puente y los controles.

-Mientras que yo y mis hombres disponemos de las máquinas y del impulsor. Mis fuerzas no son tan numerosas como debieran serlo... pero estamos bien armados. Me parece que le sería a usted imposible derrotamos. No querrá sacarnos de aquí... Así pues, ¿qué intenta hacer, Baxter?

-¿Está con usted el Dr. Nikitin?

-Desde luego. ¿Por qué, si no, cree que estamos aquí?

Baxter cortó la comunicación y se volvió a Nils. -Esto es muy grave, capitán.

-¿De qué está hablando? -La niebla comenzaba a despejarse en la aporreada cabeza de Nils-. ¿Quién es Nikitin?

-Uno de sus mejores físicos -dijo Arnie-. Con los diagramas y la disposición del circuito, debería conocer ya los principios básicos del impulsor *Daleth.*

-Exactamente -dijo Baxter, guardando su arma-. Tienen la sala de máquinas, pero no pueden tomar el puente, por lo que no está todo perdido. Informe a sus superiores ordenó al operador-. Hay tablas por el momento... pero, de no haber estado nosotros aquí, hubiesen tomado toda la nave. Ya ve, Capitán, se equivocó usted con nosotros.

-¿Cómo consiguieron las armas? -preguntó Ni]s-. ¿Ese explosivo?

-¿Qué importancia tiene eso? Revólveres que parecen plumas estilográficas, municiones tragadas, explosivos de plástico en tubos de pasta dentífrica. Lo corriente. No tiene importancia.

-Sí para mí -dijo Nils, enderezándose-. ¿y qué se propone hacer ahora, *M.* Baxter?

-Es difícil decirlo. Vendar a su gente, primero. Intentar cerrar un trato con ese agente doble Kraut. Ya pensaremos algo. Supongo que tendremos que volver. Hay que impedir más matanza. Ellos conocen ya el impulsor, de manera que el pájaro voló ya. No ha de haber secretos entre aliados, ¿eh? Su gente de Copenhague comprenderá. Imagino que América lo tratará a través de la NATO, pero esa no es ya zona de mi responsabilidad. Yo sólo soy el hombre sobre el terreno. Pero, usted puede estar seguro de una cosa. -Se irguió-. No va a haber ninguna laguna *Daleth.* Los rusos no van a ir a la cabeza de nosotros con esto.

Nils se puso en pie lenta y dolorosamente, y se dejó caer en su butaca ante los controles. -¿A quién está usted hablando?- preguntó al operador de radio.

-Hay línea a Copenhague. Uno de los ayudantes del ministro. Es medianoche allí, y los demás estaban dormidos cuando llamó. Se va a informar al Rey y al Primer Ministro.

-Temo que no podamos esperarlos. -Habló en inglés, de forma que Baxter pudiese entenderle. Se volvió a él-. Quisiera explicar lo que ha sucedido.

-Claro, desde luego. Desearán saberlo. Todavía en inglés, lenta y detenidamente, Nils recalcó las recientes incidencias. Tras larga demora, mientras llegaba la señal a la Tierra y llegaba la respuesta, el hombre del otro extremo habló en danés, y Nils respondió en el mismo idioma. Cuando terminó, se tendió en el puente un tenso silencio, que rompió Baxter preguntando:

-¿y bien? ¿Qué era todo eso? ¿Qué es lo que dijeron?

-Se mostraron de acuerdo conmigo -respondió Nils-. La situación es desesperada.

-Bien pensado. -Convinimos en lo que debía hacerse. Nos lo agradecieron.

-¿De qué *diablos* está hablando? A Nils se le había acabado ya la paciencia y el formalismo, y escupió las palabras con un estallido de la cólera contenida que la ardía.

-Estoy hablando sobre pararle a usted los pies, hombrecillo. Violencia, muerte, matanza... eso es todo lo que usted sabe. Yo no veo una onza de diferencia entre usted y sus criaturas pagadas, y ese cerdo que ocupa ahora la sala de máquinas. En nombre de lo bueno, hacen ustedes lo malo. Por orgullo nacional quieren destruir a la humanidad. ¿Cuándo admitirán que *todos* los hombres son hermanos... y encuentren algún medio de cesar el fratricidio? Sólo un país tiene las suficientes bombas atómicas como para destruir cuatro veces el mundo. ¿Por qué pues quiere añadir la destrucción adicional del efecto *Daleth?*

-Los rusos... -Son lo mismo que ustedes. Desde donde estoy, aquí en el espacio, apunto de morir, no puedo apreciar la diferencia.

-¿Morir? -Baxter sacó de nuevo su arma, asustado. -Sí. ¿Es que cree usted que les entregaríamos el impulsor *Daleth* sin más ni más? Intentamos conservarlo apartado de ustedes sin recurrir a medios extremos, pero nos han obligado a emplearlos. Hay por lo menos cinco toneladas de explosivos distribuidos por la estructura de esta nave. Una señal de radio desde la Tierra bastará para que...

Una serie de repetidas notas musicales brotaba del altavoz, y Baxter chilló ronca y desgarradoramente, disparando a los controles, hiriendo al operador, y vaciando su arma en los paneles de instrumentos.

-Una señal de radio que no puede ser interrumpida desde aquí.

Nils se volvió a Arnie, que estaba inmóvil y en calma, le tomó la mano, y comenzó a decirle algo. El general Gev reía inconteniblemente, con homéricas carcajadas, disfrutando lo indecible con la trampa tendida, y que era como un fallo cósmico de una justicia ineludible. Baxter seguía chillando, enloquecido...

Con una enorme explosión flamígera, todo terminó.

24 -*La base lunar*

Para Marta Hansen, los sucesos tenían una cualidad sonámbula que los hacía soportables. Todo había comenzado cuando le llamó Ove por teléfono aquella noche alas 4,15 de la madrugada, siendo su recuerdo más claro de la llamada la posición de sus manos ardientes en la oscuridad mientras que la voz de él zumbaba en su oído.

4,15. Los números debían significar algo importante, porque seguían inscritos y como repitiéndose en ondas circunvalatorias en su mente. ¿Era la hora en que su mundo había terminado? No, se encontraba aún bien viva. Pero Nils estaba fuera, en uno de sus vuelos. Siempre había vuelto de ellos antes de éste...

En aquel punto se deslizaban sus pensArnientos hasta detenerse en el número: 4,15. La gente que le había llamado, hasta el Primer Ministro en persona, y la Familia Real... 4,15. Había intentado ser amable con todos.

Seguramente lo fue. Pues había aprendido las mejores formas sociales de cortesía en el colegio, aunque no fuese otra cosa.

Debiera haber atendido más a aquel viaje a la Luna. Pero aún entonces había prevalecido su estupor. Habían efectuado el vuelo en una de las nuevas naves lunares, aerobuses espaciales los llamaban. Era muy parecido a volar en un reactor, sólo que con mucho más sitio disponible. Una larga cabina con hileras de butacas, bocadillos y bebidas. Con azafata también. Una rubia alta y esbelta, que parecía estar siempre al lado en la mayor parte del trayecto, y que hasta le había hablado un poco. Con el cantarín acento sueco que gustaba a los hombres. Pero melancólica ahora, como todos los pasajeros. ¿Cuándo había visto una sonrisa últimamente?

La ceremonia fúnebre había parecido vacía. Allá estaba el mausoleo, en el suelo sin atmósfera, enfrente de la ventana, y ornado con una gran bandera; un cornetín había lanzado una notas plañideras que penetraban en los oídos. Pero nadie sería enterrado allí. Una explosión, le habían dicho. Muertos instantáneamente, sin dolor: y tan lejos... Días después.-Ove Rasmussen le había contado todo lo sucedido que motivara la explosión. Sonaba a locura. La gente no se hacía mutuamente tales cosas... Pero lo hicieron. Nils era de la clase de hombre que también podía hacer lo que hizo. No era un suicidio... no podía imaginarse a Nils suicidándose. Era un sacrificio, una victoria por lo que sabía que era justo. No le habría concedido mucha importancia. Pero, muriendo, le había enseñado a ella cosas sobre el hombre que, en vida de él, nunca había reparado.

-¿Un sorbito de jerez? -dijo Ulla, inclinándose hacia Marta con una copa en la mano. La ceremonia había terminado. Estaban en una sala de la base. Volverían pronto a Dinamarca.

-Sí, por favor. Gracias.

Marta tomó un sorbo, e intentó prestar atención a los demás. Sabía que no lo había hecho últimamente, y también que ellos habían sido indulgentes con su retraimiento. No le gustaba eso. Era como si le tuviesen compasión. Bebió otro sorbo, y miró en derredor. Sentado a la mesa con ellos estaba un oficial de elevada graduación del Ejército, y alguien cuyo nombre olvidó, del Ministerio para el Espacio.

-No volverá a suceder -dijo con tono de enfado Ove-. Tratamos a los demás países como si fuesen civilizados, y no monstruos... ¿de qué?...de estupidez nacional, ese es el único término para ello. Armas de matute, asesinos alquilados, subversión, piratería en el espacio. Casi increíble. No tendrán una segunda oportunidad. Es a ellos a quienes mataremos, si se empeñan.

-Bien, bravo -dijo el oficial del Ejército.

-Las nuevas naves *Daleth* serán construidas con una completa división interna. La tripulación a un lado, y los pasajeros al otro, con un mamparo intermedio. Tendremos una compañía de soldados a bordo, si es necesario. Armados con metralletas, gases...

-No vayamos demasiado lejos...

-Sí, desde luego. Pero ya sabe lo que quiero decir. No puede suceder eso de nuevo.

-No dejarán de intentarlo -adujo el representante del Ministerio-. Probablemente conseguirán algún día que les cedamos el impulsor, si es que antes no dan con su funcionArniento.

-Eso es -dijo Ove-. Pero, por nuestra parte retrasaremos el día lo más posible. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

El silencio fue la única respuesta. ¿Qué otra cosa *podían* hacer?

-Dispénseme -dijo Marta; poniéndose en pie los hombres. Ella sabía donde encontrar al oficial comandante de la base, el cual era muy complaciente.

-Desde luego, *Mrs.* Hansen -le dijo. No hay motivo alguno para rehusar esa solicitud. Cuidaremos, claro está, de enviarle todas las pertenencias del capitán Hansen. Pero si desea usted llevarse algo ahora...

-No, no corre tanta prisa. Pero sí quisiera ver el aposento que ocupaba cuando estaba aquí. Apenas le vi a él durante todo este último año.

-Muy comprensible... Si me lo permite, le acompañaré yo mismo allí.

Era una pequeña habitación, no lujosa, en una de las primeras secciones que habían sido construidas. Su acompañante le dejó a solas. Las paredes mostraban aún bajo su capa de pintura el grano del cemento. La cama era metálica y dura, y funcionales los armarios. La única nota de lujo era una ventana que daba al llano lunar, y que era en realidad una unión de dos portañolas soldadas para aumentar su espesor. Miró a través de ella a las próximas extensiones sin aire, ya las colinas que se destacaban perfiladas y claras más allá, y se imaginó a Nils haciendo lo propío. Sus uniformes estaban colgados pulcramente en su armario, y se imaginó a su marido vestido con uno de ellos... ¡cómo le echaba de menos! Asomaron nuevas lágrimas a sus ojos, y las enjugó con el pañuelo. Había sido un error ir allí... él estaba ya muerto y desaparecido, y nunca más volvería ya. Era hora de marcharse. Al volverse para hacerlo, se fijó en el retrato en color, enmarcado, de ella en traje de baño y sonriente, sobre el pequeño escritorio. No deseaba mirarlo. Estaba allí porque él la había querido, lo sabía, y siempre debió haberlo sabido. A pesar de todo.

Marta tendió la mano para meter el retrato en su bolso, pero abrió un cajón y lo introdujo en él. Al hacerlo, su mano rozó algo duro, y sacó un folleto encuadernado. Su título en danés, decía traducido *Conservación y Operación Básica de las Unidades Impulsoras Daleth Modelo IV.* Lo hojeó. Estaba repleto de diagramas, dibujos, términos técnicos daneses y ecuaciones.

El debió haberlo estado estudiando, pues siempre tenía que conocer todos los detalles de los aparatos que pilotaba. y con las nuevas naves no sería diferente.

Hombres habían muerto para obtener lo que tenía en sus manos, y otros para impedirlo.

Iba a volverlo al cajón, pero vaciló y lo hojeó de nuevo. Baxter había muerto, según le habían dicho, abordo de la nave. Había un sucesor suyo en la Embajada, que intentaba también entrar en contacto con ella; tenía su nombre escrito en alguna parte. Podría darles el folleto aquel, y que le dejasen en paz de una vez por todas.

Marta metió el folleto en su bolso, cerrándolo. No abultaba nada. Cerró también el cajón del escritorio, miró por última vez en derredor, y abandonó la habitación.

Al unirse a los demás, algunos se disponían a marcharse. Recorrió con la vista la sala de recepción, buscando un rostro conocido. Lo halló en una persona que estaba en pie junto a la pared extrema, mirando por el amplio ventanal. Se acercó.

-*Herr* Skou... -dijo.

El se volvió al instante. -Ah, *Mrs.* Hansen. Ya le vi a usted, pero no tuve la oportunidad de hablarle. De todo, de todo...

Tenía una expresión obsesionada en el rostro, como si se reprochase en cierto modo de lo que había sucedido.

-Tenga dijo ella, abriendo su bolso y tendiéndole el librito. Lo encontré entre las cosas de mi marido. Pensé que no desearía usted que anduviese dando vueltas por ahí...

-¡Santo Dios, no! -exclamó él, con una expresión indefinible al leer el título. Gracias, mil gracias, esto es de lo más valioso... Nunca se piensa... Un ejemplar numerado... creíamos que estaba a bordo de la *Holger Danske.* -Se irguió, e hizo una breve pero profunda reverencia-. Le repito mi más expresivo agradecimiento, *Fru* Hansen. No creo que se de usted misma cuenta del gran servicio... de la gran ayuda que nos ha prestado.

Ella sonrió. -Sí que lo se, *Herr* Skou. Mi marido y muchos otros murieron por preservar lo que se encuentra en este librito. ¿Podía yo hacer menos? y hay otra cosa. Hasta ahora, no creo, me diese cuenta de lo serviciales que han sido usted y todos conmigo.

Era ya la hora del regreso ala Tierra.

25 - *Rungsted Kyst*

Frenó en seco al doblar para meterse en la calzada, con un chirrido de neumáticos al resbalar antes de detenerse el coche. Ove Rasmussen saltó sobre la portezuela sin abrirla, y subió de dos trancos los peldaños de la escalinata delantera de la casa, apretando con fuerza el timbre, pero, sin esperar, asió el picaporte y empujó, abriéndose la puerta sin más, pues no estaba cerrada con llave.

-Marta, ¿dónde estás? -gritó-. ¿Estás aquí? Cerró la puerta y escuchó. Sólo se oía el tic-tac del reloj. Luego percibió ahogados sollozos provenientes de la sala de estar. Marta estaba allí, tendida de bruces en el diván, con los hombros agitados por un desesperado e incontenible llanto.

-Ulla me llamó, pues estuve toda la noche en el laboratorio -dijo Ove-. Me dijo que estabas muy afectada cuando habló contigo por teléfono y que ella. también iba a volverse histérica. Vine en seguida. ¿Qué sucede?

Al tropezar su vista con la primera página que estaba en el suelo, supo él la respuesta. Se inclinó, lo recogió, y contempló la fotografía que ocupaba casi toda la página. Mostraba a un vehículo de forma ovoide, aproximadamente del tamaño de un coche pequeño, y flotando a unos cuatro metros de las cabezas de una boquiabierta muchedumbre. Una sonriente muchacha saludaba con la mano desde la pequeña carlinga, y en la parte delantera del vehículo, entre los faros, podía verse claramente la palabra *Honda.* El aparato no presentaba a la vista ningún medio de propulsión. El encabezArniento del periódico rezaba: LOS JAPONESES PRESENTAN EL VEHICULO ANTIGRAVITATORIO, y más abajo: PRETENDEN QUE EL NUEVO PRINCIPIO REVOLUCIONARA EL TRANSPORTE.

Marta se estaba ahora incorporando, secándose los ojos con un mojado pañuelo. Tenía la cara enrojecida, y enmarañado el cabello.

-Tomé un somnífero -dijo con voz que era un sofocado balbuceo. Doce horas. No oí la radio, nada. Mientras tomaba el desayuno cogí el periódico. y en él... -Se le quebró la voz y sólo pudo señalarlo.

Ove asintió cansinamente, y se dejó caer en un sofá.

-¿Es verdad eso? -preguntó ella-. ¿Tienen los japoneses el impulsor *Daleth?* y al asentir él de nuevo, Marta se llevó las manos a la cara, se

arañó, y chilló: -¡Todo en vano! ¡Todos muertos para nada! ¡Los japoneses conocían ya el efecto *Daleth.. lo* robaron! ¡Nils y todos los demás... muertos para nada!

-Cálmate -dijo Ove, inclinándose hacia delante para sostenerla por los hombros, y sintiendo estremecer su cuerpo al gritar angustiada-. Las lágrimas -añadió- no pueden volver a traerle, ni a ninguno de los demás.

-Toda esa seguridad... para nada... el secreto escapado...

-La seguridad los mató a todos -dijo Ove, con voz tan sombría y helada como una medianoche de invierno-. Una estúpida inutilidad.

La amargura de sus palabras hizo lo que no pudo la simpatía; alcanzó a Marta, y la desconcertó. -¿Qué estás diciendo? -preguntó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

-Sólo eso -Ove miró al periódico con ciego odio, y lo tiró al suelo. No tenemos ningún secreto eterno, sino únicamente una primacía sobre los demás en su posesión. Arnie y yo intentamos llamar seguridad a eso, pero no quisieron escucharnos jamás. Al parecer, sólo Nils y sus superiores sabían de las cargas destructoras en la nave. De haberlo sabido Arnie o yo, hubiésemos creado un ambiente público contrario, y nos hubiésemos negado a volar en el. Todo es una criminal inutilidad, una estupidez criminal.

-¿Qué significa eso? -preguntó Martha, asustada por aquellas palabras.

-Sólo eso. Únicamente los políticos y los agentes de seguridad creen en secretos con S mayúscula. y tal vez también la gente que lee novelas de espionaje sobre imaginarios secretos robados. Pero, la madre naturaleza no tiene secretos. Todo se encuentra en ella donde se pueden ver. A veces, la respuesta es compleja, el hallazgo complicado, o se tiene que mirar en el lugar debido antes de encontrar lo que se busca. Arnie lo sabía, y una de las razones por las que trajo a Dinamarca su descubrimiento fue que aquí podía desarrollarse más rápidamente porque disponemos del necesario potencial industrial pesado para construir las naves *Daleth.* Pero era sólo cuestión de tiempo el que algún otro lo alcanzara. Una vez supieran que *había* un efecto *Daleth,* sabían exactamente lo que estaban buscando. Teníamos sin embargo algo en nuestro favor. Cierto número de físicos de todo el mundo estaban enterados de que Arnie investigaba sobre la gravedad. Tenían correspondencia con él, y leían sus artículos en las revistas especializadas. Lo que no sabían era que su tratArniento básico de la cuestión era erróneo. El descubrió este hecho, pero no tuvo tiempo de publicar los resultados. El real descubrimiento del efecto *Daleth* se produjo a través de los registros telemétricos del destello solar. Las lecturas de los datos fueron distribuidas a los países cooperadores, y era sólo cuestión de tiempo el que se llegara a establecer la relación. Nosotros nos adelantamos en casi dos años obteniendo la primacía que precisábamos.

-Entonces las matanzas, los espías... -Todo en vano. El secreto de la seguridad es no dejar nunca a la mano derecha saber lo que está haciendo la izquierda. Una agencia u organismo secreto intenta robar el secreto, mientras otros laboratorios secretos tratan de desarrollarlo. y una vez que esas agencias se ponen en movimiento, es difícil detener la gestión. Sería irónico si no fuese trágico. He oído finalmente toda la historia... estuve toda la noche con los agentes de seguridad, informándome detalladamente de la misma. ¿Sabes cuantos países tenían ya una primacía sobre la naturaleza del efecto *Daleth* cuando fue destruida la nave? Te lo diré. *Cinco.* Los japoneses creyeron ser los primeros, e intentaron obtener patentes

internacionales. Sus solicitudes fueron desechadas por cuatro países, porque ya habían sido efectuadas otras en los mismos y retenidas bajo la seguridad del gobierno. Alemania y la India fueron dos de esos países.

-¿y los otros dos? -Jadeó las palabras, como si los conociera ya.

-Los Estados Unidos y la Unión Soviética. *-¡No!*

-Lo siento. Me duele tanto decirlo como a ti oírlo. Tu marido, Arnie, mis amigos y colegas murieron en esa explosión. En vano. *Porque los países que la causaron conocían ya la respuesta.* Pero, puesto que la información era del máximo secreto, no podían comunicarla a otras agencias y hombres sobre el terreno. Yo no se lo reprocho más a ellos que a nuestra propia seguridad que instaló primero los explosivos en la nave. Ni tampoco lo censuró a cualquier otro país implicado en el embrollo. Es sólo una paranoia institucionalizada. Todos los de la seguridad son iguales, empleando los mismos métodos, a causa de sus propias inseguridades y temores. Pueden ser patriotas sinceros, pero su enfermiza deformación profesional hace que demuestren su patriotismo de ese modo. Esta clase de personas no comprenderá nunca que en la época de barcos de vapor se construían barcos de vapor, y aeroplanos en la de aeroplanos.

-No te comprendo. -Sintió nuevos deseos de llorar, pero se le habían secado ya las fuentes lacrimales.

-La historia se repite siempre. Los japoneses *oyeron* del radar americano durante la Segunda Guerra Mundial, y se pusieron a trabajar en él. Desarrollaron el magnetrón y otras partes vitales casi tan pronto como lo hicieron los americanos. Sólo querellas internas y la falta de facilidades de producción impidieron que lo pusieran en condiciones operativas. Fue la época del radar, y ahora...ahora es la época del *Daleth.*

Hubo un largo silencio. Una nube ocultó el Sol, y la habitación se ensombreció. Marta finalmente preguntó:

-¿que todo en vano? ¿Sus muertes? ¿Completamente inútil su pérdida?

-No -Ove vaciló e intentó sonreír, mas no pudo. Por lo menos, espero que la pérdida no haya sido absoluta. Hombres de diversos países murieron en esa explosión. Ello podría suponer un revulsivo para que penetrase algún sentido común en la cabeza de la gente, del pueblo, y acaso también en las de los políticos. Una decidida toma de conciencia, en fin, para hacer lo debido, lo conveniente, lo justo. Sin recelos, resquemores, ni disputas. Sin convertir el efecto *Daleth* en un arma más fantásticamente destructiva. Su empleo correcto podría convertir al mundo en un paraíso. Los japoneses hasta nos han superado... han eliminado la fuente separada de potencia. Investigaron la conservación de la energía, y descubrieron que podían emplear el efecto *Daleth* en su propia potenciación. Así pues, ahora vivimos en los suburbios de la misma ciudad mundial. Acostumbrarse a ello costará algo. Pero el mundo, todos nosotros, debemos unirnos y afrontar el hecho. Cualquier persona o país que intente emplear ese poder para el perjuicio o para la guerra, debe ser detenida al instante, para el bien mayor de todos... Si se considera así la cuestión, las muertes habidas no lo fueron en vano. Si aprendemos algo de su sacrificio, hasta pudiera ser que hubiese merecido la pena el mismo.

-¿Podremos aprender? -preguntó Marta-. ¿Lograremos construir la clase de mundo que todos decimos desear, pero que no somos capaces de alcanzar?

-Vamos a intentarlo -dijo él, tomándole las manos-. Aunque acaso nos toque morir en el empeño.

Rió ella, pero sin humor.

-Un mundo, o ninguno. Me parece haber oído eso antes.

Pasó la nube y brilló de nuevo el Sol, pero dentro de la casa, en la habitación donde ambos estaban sentados, había una oscuridad que no se alumbraría.

FIN

Librodot